

JEROME CHARYN

# LA EDUCACION DE PATRICK SILVER

(The Education of Patrick Silver)



Perteneciente a la sensacional saga de  
**OJOS AZULES Y MARILYN LA INDOMITA**

En 1973 Jerome Charyn, quien había rebasado los treinta y cinco años y escrito siete novelas, se sintió atraído por las posibilidades del género negro y de

circunscrito a la descripción de actividades policiales. Las dos primeras novelas de la trilogía (y el cuarteto) bajo de

Lectulandia

El inspector neoyorquino Isaac Sidel ha llegado a este mundo para perseguir a los Guzmán, una tribu de chulos peruanos que opera fuera del Bronx a través de una cabina de teléfono en la calle 8 de Manhattan.

Su objetivo en estos momentos es encontrar al singular Jerónimo, *El Nene*, uno de los hermanos Guzmán, que actúa bajo la protección de un expolicía llamado Patrick Silver —un chiflado guardaespaldas irlandés que vive en el sótano de una sinagoga y va descalzo hasta en invierno— contratado para el caso por *Papa Guzmán*.

Una vez más, Jerome Charyn hace gala de su estilo para contar endemoniadas historias, sobre sagas de pillos y policías apasionados, que difícilmente los lectores puedan abandonar a medio camino.

**Lectulandia**

Jerome Charyn

# **La educación de Patrick Silver**

**Isaac Sidel - 3**

ePub r1.0

Ledo 14.05.14

Título original: *The Education of Patrick Silver*

Jerome Charyn, 1976

Traducción: Pablo Álvarez

Editor digital: Ledo

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# PRIMERA PARTE

# 1

Patrick Silver dejó a El Bebé en el vestíbulo del Hotel Plaza. El Bebé, que tenía cuarenta y cuatro años, se sentó en un sofá tapizado y metió los nudillos en el regazo. Se llamaba Jerónimo. Un muchacho con canas alrededor de las orejas, de los Guzmán de Boston Road; su educación se interrumpió en primero de básica. Vivía casi todo el día en una tienda de dulces, vigilado por su padre y sus muchos hermanos. Pero los Guzmán estaban en guerra con la policía. No podían proteger a El Bebé. Y tuvieron que poner a Jerónimo en manos de Patrick Silver. Patrick era su cuidador temporal.

Jerónimo tenía moras en la cabeza. La alfombra bajo los pies y los candelabros en torno a su silla, le hacían pensar en la granja de los Guzmán en el lago Sheldrake. Era época de moras, y Jerónimo tenía ganas de hundir los dedos entre las zarzas y beber jugo de moras. Pero allí estaba, a cien kilómetros del lago Sheldrake, esperando a Patrick Silver en un hotel con alfombras de lana de color óxido en el suelo.

Patrick Silver subió en el ascensor del Plaza vestido con una astrosa camisa de fútbol. El ascensorista se sintió incómodo junto a aquel gigante que apestaba a cerveza dublinesa. Silver tenía una complexión rubicunda. Había ido al Plaza sin zapatos. Sólo en calcetines negros levantaba un metro noventa y cinco del suelo.

Patrick avanzó por los pasillos del tercer piso. Las camareras apartaban los carritos de las sábanas a su paso. Para las doncellas, un hombre sin zapatos era un anatema, y siguieron el avance de los calcetines de Patrick con la nariz hundida en los carritos. Retomaron sus tareas tan pronto Patrick llamó a una puerta. Masculló tres palabras:

—Me envía Zorro.

Entró en una habitación inesperadamente pequeña en un hotel donde los ascensores tenían paredes doradas y una moqueta capaz de engullir los pies de cualquiera. Una chica estaba de pie tras la puerta, enfundada en un jersey propiedad en otro tiempo de Jerónimo; le colgaba holgado sobre los hombros, pero no conseguía disimular la forma de sus senos. Patrick no tenía un conflicto de lealtades. A él le pagaban por proteger a los Guzmán y sus intereses. Con todo, no era hombre que ignorase la marca de unos pezones bajo un jersey viejo.

La chica sonrió al ver los calcetines de Patrick. Había oído hablar del estafalario guardaespaldas que vivía en el sótano de una sinagoga y llevaba siempre puesta una camisa de fútbol y una funda de pistola sin pistola. Le gustaron los rasguños de su cara, el pelo blanco de sus nudillos, su nariz imperfecta. Ella era Odile Leonhardy, la reina adolescente de la pornografía, y admiraba a los hombres de nupias grandes. Se había mudado a la parte alta de la ciudad y había alquilado una habitación en el Plaza para entrar en el mundo del cine de verdad.

—¿Dónde has dejado la *yarmulke*, Patrick Silver?

—La llevo en el bolsillo —dijo él.

—¿Y por qué no te la pones?

—Me la pongo para rezar, señorita. O cuando me entran escalofríos.

—¿Qué le ha pasado a El Bebé?

—Está abajo.

—¿Es prudente dejarle solo?

—Ningún policía se atreverá a detenerlo en el Hotel Plaza, señorita. Si lo sabré yo, que fui trece años detective.

—No me llames «señorita». Me llamo Odile. ¿No te dijo Zorro que me trajeras a Jerónimo?

La muchacha le estaba confundiendo.

—No. Zorro ha ido a Atlantic City. Me pidió que la visitara y le dijera que estará fuera una temporada.

—¿Qué pinta él en Atlantic City? Zorro odia el océano. ¿Alguna vez le has visto quitarse la camisa?

—No ha ido a nadar. Tiene algunos negocios en Nueva Jersey.

—Que le cunda. Y ahora haz tu trabajo, Patrick Silver, y tráeme a Jerónimo.

¿Pensaba acaso jugar a las palmas con Jerónimo? No era asunto suyo. Volvió esquivando los carros de las camareras y sacó a Jerónimo del vestíbulo. ¿Qué poder tenía Zorro sobre la muchacha? Ella desabrochó el cinturón de Jerónimo y gruñó a Silver:

—Espera fuera.

Patrick se estaba adentrando en la madurez (dentro de otros ocho años cumpliría los cincuenta). Los Guzmán le habían convertido en un mamporrero irlandés: era el tipo que llevaba a Jerónimo a la cama de Odile.

Patrick tuvo que escuchar música de putas: no podía alejarse de la puerta. Odile murmuró «Jerónimo, Jerónimo», y El Bebé empezó a jadear. Por lo que Patrick pudo interpretar, no eran gritos de queja.

Los jadeos dejaron de atravesar las paredes. Jerónimo no podía llevar dentro más de tres minutos. Tenía el cinturón abrochado cuando Odile le sacó al pasillo. Ella tenía en el jersey las mismas arrugas que antes.

—Dile a Zorro que Odile le desea suerte en Atlantic City.

—Lo haré, señorita.

Patrick cogió la mano de El Bebé y la sostuvo durante su caminata por los pasillos. Las palmas de Jerónimo estaban húmedas. Daba grandes bandazos con la cabeza al caminar: los hombros se le encorvaban a cada zancada, y le silbaba el pecho mientras arrastraba a Silver hacia la cabina del ascensor.

Jerónimo agotaba a su custodio irlandés. A Patrick le faltaba el aire. Los dos

muchachos ancianos se metieron en el ascensor. Los pasajeros los miraron. Tanto Patrick como Jerónimo tenían enormes mechones de cabellos grisáceos; sus ropas gruesas olían a invierno; el gigante de la camisa de fútbol no creía en los zapatos.

Salieron del ascensor cogidos de la mano, El Bebé aferrado al pulgar de Patrick. Condujo a su custodio más allá de la marquesina del Plaza, hacia la humedad de julio.

Había putas en la terminal, putas y espías, con el relieve de las armas asomando bajo sus jerseys de colores, antenas de la policía que les trepaban por la espalda y periódicos hechos una pelota en los sostenes; debajo de las espesas pelucas se escondían los «ángeles» rubios de la Oficina del Comisionado Primero. Era la gente de Isaac Sidel. Su jefe había perdido la guerra con la familia Guzmán, una tribu de proxenetas y extorsionistas del Bronx, judíos marranos de Boston Road. Papá Guzmán y sus cinco hijos: Alejandro, Topal, Jorge, César y Jerónimo, habían enfurecido al jefe al cruzar el puente de la Tercera Avenida para dirigir un mercado de putas en el centro de Manhattan. Isaac *el Valiente* no había sido capaz de capturar a César, conocido en el Bronx como Zorro, ni a su caterva de prostitutas infantiles. El jefe había decidido entonces excluirse a sí mismo de la Oficina del Comisionado, se sumergió en el Bronx, y reapareció como hombre para todo de Papá Guzmán en Boston Road. Pero la proximidad de los Guzmán le trajo pocas ventajas. Emergió del Bronx con la solitaria, una lengua ennegrecida y ninguna detención. Los «ángeles» rubios vengarían la derrota de su jefe. Rastrearón la Autoridad Portuaria en busca de una pista de Zorro y sus hermanos. Iban dispuestos a romperle el cuello a Alejandro, a sumergirle el cerebro a Topal en un retrete, a clavar dos monedas en los ojos de Zorro.

Pero no vieron nada. Zorro se escabulló entre los jerseys vestido con calzones de seda. Llevaba la cara embadurnada con la mina derretida de un lapicero marrón y cargaba con una maleta de rafia como las de los chicanos que todos los veranos eran introducidos ilegalmente en Nueva Jersey para la cosecha del boniato. Le acompañaba su hermano Jorge. La mina derretida había dejado algunas virutas bajo las orejas de Jorge.

Los hermanos subieron a un autobús con antiquísimos asientos de mimbre. Zorro llevaba para su hermano un plátano del Bronx y una maleta llena de manzanas del huerto de Papá. Las manzanas estaban ligeramente magulladas. Los Guzmán las habían recolectado poco antes de que los amigos de Isaac del FBI se colaran en el terreno con un soplete y acabaran con la granja de Papá.

Los dos soportaban los pinchazos del mimbre en el trasero por amor a Papá. Iban a visitar a un recaudador llamado Isidoro, un pariente lejano de Papá.

El recaudador le debía su vida a Papá. Vivía muerto de hambre en una chabola de



Bogotá cuando Papá lo rescató y lo plantó en una tienda de dulces del Bronx. La tienda tenía vidas múltiples: era el cuartel general de los Guzmán, su hospital, su dormitorio y su local de apuestas. De no haber aparecido Isaac, Isidoro habría vivido feliz, comiendo chocolate amargo y perdiendo pelo en la tienda. Incapaz de corromper a ninguno de los chicos de Papá, Isaac empezó a rondar a Isidoro. Aterrorizó al pobre *bogotano*<sup>[1]</sup> y le explicó lo que la policía de Manhattan hacía con los recaudadores.

—Te van a llenar la lengua de agujeros si no estoy yo para ayudarte, Isidoro. Aquí no tienes futuro.

Con ésa y otras zalamerías se ganó a Isidoro. El recaudador se convirtió en espía de Isaac. Sus revelaciones fueron escasas: no le vendía al jefe más que retazos inconexos de información. Después de que Isaac abandonase la tienda de dulces, el recaudador se dio el piro a Atlantic City. La desaparición de Isidoro e Isaac dio a Papá mucho que pensar. Empezó a imaginar la verdadera relación entre su pariente e Isaac *el Mierda*.

Los hermanos llegaron a la antigua terminal de autobuses de Arctic Avenue. Jorge sentía punzadas de hambre. Se agarró la tripa y empezó a lanzar patéticos quejidos, mientras buscaba alrededor inexistentes vendedores de dulces. Zorro no llevaba más plátanos en el bolsillo, pero tenía que acallar a Jorge: los gañidos de un hombre con un cuello de dos palmos y medio atraerían la atención sobre ambos y desvelarían la presencia de los Guzmán en Atlantic City.

—No llores, Jorge. En la playa habrá dulces.

Continuaron por Arkansas Avenue hasta llegar a la pasarela, y se detuvieron en una tienda de bagatelas de la Hadassah para comprarle a Jorge un sombrero que resguardase sus ojos del sol. Pasaron ante una hilera de hoteles venidos a menos cerca de Pacific Avenue, vieron los porches desvencijados, las entradas con escalinatas y a los ancianos tras las ventanas. La cúpula enmohecida del hotel Claridge destellaba en South Indiana Avenue. El olor de las cremas de bronceado se abatió sobre los hermanos en el instante en que pusieron un pie en la playa. Sin la protección que ofrecía Arkansas Avenue, tuvieron que aspirar el viento tórrido.

La curvatura del paseo marítimo entarimado puso a Zorro de mal humor. Poco podía avanzar sobre una madera que al abombarse se alejaba de sus pies. Llevó a Jorge a una confitería. Jorge sonrió al ver una cinta transportadora que llevaba los cacahuets tostados del escaparate a un horno en el fondo de la tienda. Un muñeco de vivaces manos mezclaba la masa en un cuenco de cobre tras los cacahuets. La pelambrea del muñeco le recordó a su hermano mayor.

—Jerónimo —masculló, olvidándose de su tripa por un instante. No quería caramelos de nata, ni negros, ni blancos, verdes o amarillos. Zorro tuvo que comprarle monedas ácidas de caramelo, peces de goma y almendras garrapiñadas.

Treparon por la pasarela alabeada, esquivando los tranvías cargados de pasajeros con sombreritos de paja que sorbían botellines de ron y se reían de los colores de Zorro. «¡Síguenos, carita pintada!». Con gusto Jorge hubiera zarandeado los tranvías para meter a todos los sombreritos bajo la pasarela, de no haber estado allí Zorro para detenerle con el pulgar metido en el pantalón.

—Papá ya te advirtió que no te pelearas con idiotas. Perderemos el rastro de Isidoro. Hermano, recuerda lo que nos hizo Isaac. Intentó matar a Jerónimo. Nos quitó nuestra casa de campo.

Jorge lanzó almendras garrapiñadas a los tranvías. Masculló maldiciones que sólo los marranos podían entender. Habló en un portugués ininteligible. Pero no arrancó los guardabarros de los coches. Se dispuso a seguir a su hermano. La gente les observaba cobijada en las terrazas cubiertas de sus monstruosos hoteles de piedra, que llegaban hasta el borde mismo de la pasarela. El óxido de los tejados de cobre de los hoteles había adquirido un color verde cenagoso. Los muros de piedra de las terrazas se agrietaban bajo la superficie. Jorge siguió los bultos de la pared más cercana.

Las impurezas de la piedra centelleaban al sol, bajo la visera de su gorra. Jorge se habría quedado embelesado con una mano sobre la pared, pero Zorro le apartó de los porches. Un tirón en los pantalones lo metió en un tenducho gitano que apenas era un feo desconchón en la pared. La palabra «frenólogo» estaba escrita encima del tenderete en un bonito color amarillo. A Jorge, que no sabía leer palabras largas, aunque era más listo que Jerónimo, le asustó. Jorge era capaz de planchar una corbata, de pronunciar frases completas y de mear con pulso firme en el centro de una taza de retrete. Al igual que sus hermanos, desconocía la fecha de nacimiento (su padre era muy supersticioso en esas cuestiones), pero era un chico estival, nacido en enero, durante la estación seca en Perú, algo menos de cuarenta años atrás.

Dentro de la cueva de los gitanos, Jorge notó una suave brisa en el cuello. Una mujer embarazada vestida con una camiseta de hombre estaba sentada junto a la entrada. Les dio la bienvenida con un bostezo descomunal que le arrugó la camiseta y dejó al descubierto las estrías de su vientre. Zorro no le interesaba. Le gustaban las cabezas grandes de orejas pequeñas. Jorge tuvo que inclinarse ante la gitana. Ésta le echó el aliento sobre el cuero cabelludo. Sin siquiera palpar a Jorge fue capaz de interpretar la silueta de sus lóbulos y la magnitud de los bultos en su cabeza.

—Este chico ansia mujeres —dijo—. Tenga cuidado con él. Sus rodillas no son fuertes. Va a caerse.

—Vale —dijo Zorro—. Perfecto. Ya me ocuparé de las rodillas de mi hermano.

Dejó caer cinco dólares en la camiseta de la gitana.

—Ahórrate las predicciones, madame Sonia. Nuestra religión no nos permite tener futuro. Somos católicos a la prehistórica. Amamos a Jesús, pero su madre nos

importa más bien poco. Así que no esperes misericordia por nuestra parte. Mi padre echa en falta a su primo. ¿Dónde está Isidoro? Por lo visto, ahora eres su casera.

El bogotano tenía poco seso. La mitad de los corredores y recaudadores de Papá veraneaba frente al paseo entablado, entre Texas Avenue y el muelle de Steeplechase, porque Miami quedaba demasiado lejos. Los corredores habían visto a Isidoro con la bruja embarazada.

—No seas tonta, Sonia. Ya has visto los surcos en el pelo de mi hermano. Quiere volver a casa. ¿Es que no lo ves? Le entran gases en cuanto sale del Bronx. ¿Dónde está Isidoro?

Un chico salió disparado de detrás de la silla de la bruja. Apoyó un pequeño revólver contra la cabeza de Jorge. Zorro pudo ver que tenía los dientes torcidos y que el tambor, recubierto de cinta adhesiva, temblaba contra la oreja de Jorge.

—Es mi hijo —dijo la gitana embarazada—. Sólo me hace caso a mí. Te juro que le volará la cabeza a tu hermano. Largaos de Atlantic City.

Jorge no se acobardó. Una pistola en la oreja no iba a paralizarle. Se tragó uno de los peces de caramelo y asió con dos dedos el cañón de la pistola. El trayecto de la mano de Jorge desconcertó a la bruja; parecía de idiotas acariciar un arma con dos deditos.

Zorro se rascó la mejilla. Los marranos despreciaban las armas de fuego (las pistolas eran para bandidos urbanos, y para polis como Isaac *el Sapo*), pero Zorro conocía la firmeza de la garra de su hermano.

—Tráeme a Isidoro.

El muchacho le hizo una mueca a Zorro e intentó apretar el gatillo; no consiguió que girase el cilindro. Los dos dedos de Jorge bloqueaban el funcionamiento del arma. La bruja se removió en su silla. Los Guzmán tenían que pertenecer a otra categoría de humanos, criaturas de almas hediondas; ¿quién si no comería balas de plomo con la presión de un dedo?

—No le hagan daño a mi chico, señores.

La pistola desapareció bajo la manga de Jorge. La gitana asintió con vehemencia. Sólo alguien que bebiese el orín hirviente de los santos judeocristianos disponía de una magia tan poderosa. Sonia había oído hablar de los marranos que se encomendaban a la protección del Moisés del Sinaí, de Jesús, de Jacob y de los reyes babilonios. Sacó a los hermanos de la cueva y los condujo a la espesa hierba de un terreno privado, apenas una tajada de terreno detrás de Pennsylvania Avenue. No había carricoches en la hierba de la bruja, tan sólo el cartelón de un viejo restaurante, «La percha del tritón», trozos de hojalata que imitaban la forma de una góndola u otra embarcación semejante y se oxidaban en el suelo; la góndola tenía el contorno carcomido y enormes boquetes en el centro.

A Jorge le confundió la góndola entre la hierba. Se habría destrozado los

pantalones intentando saltar sobre una góndola de gigantes orejas dentadas. Zorro tuvo que acompañar a su hermano a saltar sobre el cartelón, rodilla con rodilla. El óxido destrozó los zapatos de Jorge.

La gitana les condujo hasta una casita al fondo del solar. Los hermanos no encontraron nada parecido a una puerta. Tuvieron que colarse por un hueco de la malla del porche para entrar en casa de la gitana. El recaudador no opuso resistencia. Le gritó a Zorro desde la cocina:

—César, ¿qué quieres que te prepare? Echo de menos el té de tu padre. No tengo paciencia para recitar las oraciones sobre la tetera. No soy como Papá.

—Hoy no traigo la lengua seca, Isidoro. Puedo pasarme sin tu té.

El recaudador se movía en pijama por la cocina. El rencor de Zorro había desaparecido: no debería haber sido tan brusco con el primo de su padre. Los Guzmán bebieron un té rojo bien cargado con Isidoro. Jorge se quemó los dedos con el vaso. Isidoro se permitió una sonrisa tímida. Los criptojudíos de España, Portugal, Holanda, Brasil, Perú y el Bronx sólo disfrutaban el té si estaba hirviendo; la quemazón en la garganta les confirmaba que seguían vivos.

Con el té en el cuerpo, la ira de Zorro disminuyó. Había cuestiones de dinero que discutir.

—Isidoro, Papá te debe ciento setenta dólares. Lo leí en sus cuentas. ¿Cómo hay que pagarlo? ¿A la gitana y a su hijo?

—La mitad —dijo el recaudador—. La mitad a madame Sonia y la otra mitad al orfanato de la avenida Stebbins.

—Isidoro, ya sabes lo bobos que son los que lo llevan. Tu donación acabará en el bolsillo de algún médico ricachón.

Los ojos hinchados del recaudador acallaron los razonamientos de Zorro. Garabateó con un lápiz una suma en el puño de la camisa, que era donde los Guzmán hacían casi todas sus cuentas.

—Ochenta y cinco dólares para los huérfanos de la avenida Stebbins —anunció Zorro. Luego, él y Jorge abrazaron a Isidoro; los tres se balancearon cerca de la estufa de la gitana. Los hermanos no habían perdido su afecto por el bogotano.

Siguieron abrazados mientras Jorge sorbía por la nariz y el recaudador se interesaba por Jerónimo.

—El Bebé está en buenas manos. Papá le ha contratado un guardaespaldas. Un macaco irlandés.

Zorro casi podía oler a Isaac en el pijama del recaudador. Deshizo el abrazo.

—Isidoro, no tendrías que haber hecho manitas con Isaac. ¿Por qué no ligaste con otro poli?

Jorge encajó un codo debajo del cuello del recaudador. Isidoro no forcejeó contra el pecho de Jorge. Sus ojos no se inyectaron de sangre. Las venas de sus mejillas no

se hincharon en lentos y horribles racimos azulados. Los huesos bajo sus orejas crujieron una vez y el recaudador murió.

Un camión llegaría entrada la tarde. Los Guzmán no eran dados a sacrilegios. Papá ya había dispuesto medidas para su primo. No tendría que descansar bajo el suelo de Jersey. El camión le llevaría hasta el cementerio de los Guzmán en Bronxville, y allí una compañía de plañideras se rasgaría las vestiduras en honor de Isidoro, y llorarían hasta que el cielo ennegreciese.

Los hermanos salieron de la casita por el mismo agujero de la malla, cruzaron la góndola herrumbrosa y salieron de la cueva de la gitana. Se encerraron en un retrete del muelle de Steeplechase. Zorro vació en el suelo su maleta. Manzanas, dos pañoletas, faldas, una blusa, zapatos de tacón. Jorge salió del muelle con las pañoletas en la cabeza y las manzanas en la blusa. Así pensaba Zorro ocultarle de vuelta a la tienda de dulces de su padre. Isaac *el Mierda* tenía polis apostados por todo Boston Road. Sólo los negros, los niños y las chicas con pañoletas estaban a salvo.

Jorge iba enfurruñado bajo los pañuelos, la blusa y las faldas. Se bajó las manzanas a la cintura. Caminaba tambaleándose por el paseo entarimado. Zorro no podría llegar a la Arkansas Avenue sin comprarle antes más peces de caramelo a su hermano.

## 2

—Las botellas oscuras, Sammy, hazme el favor. En el barreño de siempre. Tengo tanta sed que me podría cargar un hipopótamo.

Patrick Silver bebía sus Guinness templadas. Llegaban de Dublín en botellines que almacenaban religiosamente tras el mostrador. Reyes de Munster no podía fallar a su mejor cliente. Era un bar irlandés de Horatio Street; la Guinness no se agotaba nunca.

A Silver le hacían falta sus veinte tragos. Llegaba a Reyes de Munster agotado por las tribulaciones de la sinagoga. El camarero tenía una jarra esperándole después de la plegaria vespertina. Era tarea de Patrick reunir un *minyan* (un grupo de diez judíos honrados) para su *shul*. Tenía una curiosa habilidad para reclutar judíos. Se apostaba en los escalones de la sinagoga y preguntaba alegremente a cualquiera que pasase, niño, adulto o anciano:

—¿Es usted judío, caballero?

A poco que titubeasen estaban perdidos. Patrick estiraba el cuerpo desde las escaleras, los agarraba del brazo y los arrastraba al interior. Podía cargar con dos hombres o tres muchachos en un solo viaje. Tener a Jerónimo le facilitaba las cosas. Le ponía un manto de oraciones sobre la cabeza y lo incluía en la *minyan*. Los maullidos de Jerónimo no alteraban la ensordecedora música de la *minyan*. Si le faltaba un judío, Patrick tenía su libro de oraciones. Lo envolvía en su manto, pronunciaba una bendición y el libro se convertía en el décimo hombre.

Pero el esfuerzo de tantas *minyans* empezaba a pasar factura a Patrick, que tenía que ocuparse de la sinagoga y de El Bebé. Por eso se sentaba en Reyes de Munster en su taburete preferido, alejado de la ventana y de las mierdas de perro de Horatio Street, que tan rápido viajaban en julio; era peligroso para un irlandés salir a la calle. «Salud», le dijo a Sam, el camarero, antes de echar un trago de la jarra.

Silver acunaba sus botellas. No le creció un bigote de cerveza hasta que se hubo servido la quinta botella. Reyes de Munster no era un bar para glotones. Patrick le daba sorbitos a la cerveza, y con la lengua rebañaba la espuma amarga. Abominaba de la cerveza americana, agua rubia de meados que bien podría haber sido producida en tubería. Silver era un niño de Guinness, había nacido con una botella negra en la boca. Su padre, que fabricaba lápices en Limerick hasta que un cura loco expulsó a todos los judíos, le había llevado a Reyes de Munster cuando sólo contaba un mes y le había sentado en la barra. Así aprendió Patrick a gatear, sobre una abollada plancha de hierro galvanizada con whisky y cerveza dublinesa. No tuvo que meter la naricilla en la cerveza de nadie. Bebió Guinness directamente de la barra, templadita y con un cierto sabor a zinc.

Hacia la duodécima botella, Patrick tenía bigotes en tres lados de la cara. Empezó

a canturrear una de las canciones de su padre, una de brujas, gigantes, sapos de Limerick y la quema de Wolfe Tone Street. Borracho hasta las cejas, con la Guinness saliéndole por las orejas, vio un malvado Chrysler pasar frente a la ventana hasta tres veces. Patrick se escupió en la palma de la mano para espantar a cualquier ángel vengador que estuviese revoloteando por Horado Street. Conocía al dueño del coche, y a su principal pasajero. Le dijo adiós a Sammy, se subió los pantalones y salió a trompicones del bar.

Era peligroso torcer por Abingdon Square calzando sólo unos calcetines. Pero Patrick no podía llevar zapatos. Cualquier tira de cuero sobre los pies le causaba unas ampollas monstruosas. En su etapa de poli, había estado a merced de sus superiores: el comisionado no quería agentes descalzos en su departamento. Todos los días, Patrick tenía que forrar sus zapatos con bolas de algodón en la taquilla. Caminó sobre algodón durante trece años, aullando de dolor con cada nueva ampolla. Los médicos de Bellevue no habían oído hablar nunca de un policía con pies tan sensibles. Patrick evitaba a los pedicuros y sus milagrosos polvos para los pies. Cuando tenía que perseguir a un ladrón avanzaba a dolorosos saltitos.

Ahora tenía que tener cuidado con las mierdas de perro. Cerca de los bancos del parque, en Abingdon Square, bajó la cabeza, receloso de las zonas grises entre farolas. Al atardecer era algo miope. No se fijó en el tipo calvo del parque hasta que éste le susurró:

—Silver, ven aquí.

Patrick gruñó.

—Ya me imaginaba que eras tú el del coche del comisionado primero. ¿Por qué coño me andas siguiendo?

El hombre del banco era Isaac, Isaac *el Valiente*, que había perdido sus sonrosados mofletes en el Bronx. Y casi toda su apostura. Tenía cortes en la frente que no desaparecían en la oscuridad. La mandíbula surgía torcida de los pliegues de su cuello. Algún Guzmán debía de haberle recolocado los dientes a Isaac.

—No está bien que nos hagas el vacío, Patrick. Ned, el comisionado, fue para ti como una madre. El te crió en la central. Deberías visitarle antes de que se muera.

—Si algún día me acercase por la comisaría central, me pondríais los grilletos y me arrancaríais los dedos de los pies.

—Tendríamos que arrancarte la cabeza... ¿Dónde está Jerónimo?

Patrick empezó a desfallecer en sus calcetines negros. Se sabía todas las artimañas del comisionado primero. Isaac no le había asaltado en el parque sólo para hablar. Aquélla era gente inteligente. Los «niños» de Isaac debían de estar husmeando por ahí, angelicales detectives a los que les sobraba vergüenza para saquear un viejo *shul*. Patrick tenía que volver corriendo a casa, antes de que los ángeles secuestrasen a Jerónimo. Pero la Guinness le había dado un porrazo tras las

orejas. No podía avanzar con las piernas embarulladas.

—Te he preguntado dónde está Jerónimo.

—Isaac, encanto —dijo Patrick con su mejor acento irlandés, un deje preservado en una sinagoga de Bethune Street por una banda cada vez más reducida de «judeznos» que llevaban sesenta y nueve años sin pisar Irlanda—. El chico está dormido. Hoy hemos tenido un festín. Pastel de chocolate de la tienda de su padre. Después de una comilona le gusta echar la siesta.

—¿Tiene sangre en los dedos?

—¿Por qué?

—Porque ha estado jugando por los tejados.

En los tejados de Charles Street había aparecido un muchacho con el cuello desgarrado. Alguien le había pintarrajeado ojos, orejas y nariz de rojo oscuro. Las patrullas de homicidios de Manhattan Sur rastreaban el distrito en busca de posibles asesinos de niños.

—Isaac, le has estado dando a la botella. El chico nunca pasa de los entresuelos. No es capaz de acercarse a una ventana, o a una escalera de incendios. Lo sé perfectamente. Llevamos juntos un mes. Estoy siempre con él.

Isaac salió de las sombras. No le quedaba en la cara ni un rizo. Donde antes estaban sus patillas había ahora algún que otro pelajo. Parecía desvalido sin sus mechones. Pero aún sabía intimidar a un hombre.

—No me extraña que Jerónimo viva contigo. Sois la pareja perfecta, tú y El Bebé. Patrick, eres el detective más idiota de la historia de la humanidad. El comisionado primero era tu salvavidas. Sin sus atenciones hace años que te habrías ahogado. Si puedes responder por Jerónimo a cada instante, ¿dónde está ahora?

Por la nariz de Patrick borbotearon efluvios negros; le estaba resoplando aire y Guinness al padre Isaac.

—¿No te acabo de decir que está dormido?

Se las arregló para alejarse, para salir del parque y de Abingdon Square. Sus piernas le soportaban. Las rodillas aguantaban. Podía pasar por alto los silbidos de Isaac. «¡Búscate unos zapatos, hijo de puta!». Superó la cuneta y subió a la acera de Bethune Street. «Como no me entregues a Jerónimo te llenaré la cerveza de matarratas. Te saldrá humo de los pulmones. Que no te vea por mis calles, Silver». No tenía ni que pensar en cómo apoyar los pies. Los irlandeses siempre pisaban bien. Patrick no podía fallar. Aporreó la puerta del *shul* y se golpeó en la cabeza con una de las barras de la marquesina.

—Jesús —masculló, con un chichón en la cabeza. Se refugió bajo la cubierta mientras buscaba su llave. Borracho hasta las cejas, no estaba en condiciones de enfrentarse a una cerradura.

—Dios de Esaú —dijo—, ven a mí.



Maldijo a Jacob y a Rebeca, que le robaron la primogenitura a Esaú. Esaú era un hombre velludo, como Patrick Silver y Jerónimo. Pero Patrick no tenía primogenitura que perder. Su padre le había legado un manto de borlas deshilachadas y la obligación de cuidar de una sinagoga para expósitos judíos.

La llave giró en la mano de Patrick y la sinagoga se abrió. Se acercó tambaleándose a su habitación, temeroso de no ver a Jerónimo. Oyó ronquidos al otro lado de la pared. Dio gracias al Dios de Esaú por cuidar de los hombres peludos. Abrió la puerta. Jerónimo estaba en la cama de Patrick, debajo de una manta de verano. La manta se levantaba con el empuje de sus ronquidos. El Bebé babeaba en sueños; parte de la manta estaba húmeda. A Patrick le daba igual. Ya había dormido otras veces en la baba de El Bebé.

### 3

Isaac *el Valiente* bebió su trago de aceite de ricino y fue al cagadero. Era parte de la rutina de los miércoles por la mañana. El cagadero formaba parte del hospital presbiteriano. Isaac tenía que donar especímenes para el laboratorio de enfermedades tropicales. Una vez a la semana, los expertos examinaban sus deposiciones. El jefe tenía una lombriz en la tripa, vengativa e inteligente, de dos metros y medio de largo, armada con ganchos y ventosas.

La lombriz de Isaac era la joya de las enfermedades tropicales. Médicos y técnicos no recordaban que otra lombriz hubiese crecido tanto en un hombre. Le inyectaban tintes a Isaac para obtener fluoroscopias del parásito.

—Inspector Sidel, ¿seguro que no ha estado en Sudamérica? No estamos en 1905. Ya nadie pilla la solitaria en Manhattan.

El jefe empezó a temer las visitas al cagadero. Salió del hospital debilitado por el aceite de ricino. Pero no tuvo que arrastrarse hasta la central como un oso herido. Su chófer le conduciría al centro.

El sargento detective Brodsky esperaba frente al hospital al volante del enorme Chrysler de Isaac. No conseguía acostumbrarse a la nueva apariencia del jefe. Isaac había entrado en el Bronx con las patillas pobladas. Salió con la nariz llena de ceniza y los tirantes de tafilete hechos una porquería; sobre los corchetes se había acumulado capa tras capa de chocolate blanco. Tenía los dientes marrones. Sus cabellos tenían el aire desordenado de un pollo al que acaban de desplumar. El jefe estaba gris. Los seis Guzmán de la tienda de dulces le habían chupado hasta el tuétano. No podía haber sido un invierno fácil para Isaac. Papá Guzmán no toleraba hibernaciones en Boston Road.

El jefe trastabilló hasta el Chrysler.

—Brodsky, han matado a un chiquillo en Charles Street. Lo bajaron de los tejados. Tenía la cara pringada de rojo. ¿Te suena de algo?

Brodsky intentaba controlar los escalofríos del cuello. Isaac le había sobresaltado. Brodsky podía vivir con sus gruñidos, pero no había esperado frases completas del osazo.

—No puede ser el loco del pintalabios, Isaac. ¿No le encerró El Vaquero? Ése está en las Tumbas. Era un modisto portorriqueño.

—Cubano —dijo el jefe—. Y no hacía vestidos. Eran muñecas.

El oso calló de nuevo. Brodsky manejaba el volante con un pulgar. Sintió el aire detrás de las orejas.

—¿Tú crees en El Vaquero cuando dice que ese pirado está entre rejas?

Barney Rosenblatt *el Vaquero*, jefe de detectives de la ciudad de Nueva York y presidente de las Manos de Esaú (una hermandad de policías judíos), era el gran rival

de Isaac en la comisaría central. El Vaquero podría haber aplastado a cualquier otro inspector de policía, pero Isaac trabajaba para el poli más poderoso de Estados Unidos, el comisionado primero Ned O’Roarke. El comisionado tenía un tumor en la garganta. Se suponía que no debía seguir vivo. El Vaquero no podía fiarse de los estragos de las enfermedades. Mientras el comisionado Ned siguiese en su puesto, el jefe de detectives tendría que bailarle el agua a Isaac *el Valiente*.

—¿Por qué iba El Vaquero a mentirnos, Isaac?

—Porque es un gilipollas.

El chófer se quedó cortado. ¿Cómo rebatir la lógica de un oso?

—Un gilipollas —murmuró—. Desde luego.

Y enfiló la rampa privada del comisionado primero.

Isaac tuvo que abrirse paso entre una legión de oficinistas. La central se estaba trasladando desde Centre Street. El consistorio había erigido una gigantesca fortaleza de ladrillo rojo para el Departamento de Policía cerca del edificio del Ayuntamiento. Los polis disponían así de una plaza propia y de un edificio inexpugnable para ladrones, revolucionarios y cascotes. Incluso con los Guzmán clavados en la cabeza, el traslado descorazonó a Isaac. Él no quería cubículos con aire acondicionado, ni un archivo capaz de dar con la talla de los calcetines azules y apestosos de cualquier criminal. No había banco de datos que pudiese atrapar a Papá Guzmán, ni explicar por qué Jerónimo llevaba puestas sus orejeras en junio, julio y agosto.

Isaac hizo que uno de sus ángeles llamase a las Tumbas. El ángel le comunicó:

—Isaac, han perdido la ficha de Ernesto, el loco del pintalabios. No saben dónde está.

—Que busquen. Si no localizan al cubano en cinco horas le voy a morder el culo al responsable. Tú diles eso.

No era el primer prisionero que desaparecía de las Tumbas. Al cabo de unos días aparecería un funcionario de prisiones con pruebas de que un cocodrilo se había tragado al loco del pintalabios. Habría dibujos de Ernesto entre las fauces del cocodrilo y un bolsillo rescatado de los pantalones masticados del pobre loco. Isaac fue a visitar al comisionado.

Cuatro sargentos patrullaban la antesala del despacho. Isaac los había apostado allí. Arredaban a los periodistas de sucesos, a los oficinistas fisgones y a cuantos capitanes que creyeran que podían mejorar su situación con unas cuantas genuflexiones ante un comisionado irlandés agonizante.

El comisionado primero estaba sentado en un rincón con una manta sobre las rodillas. Sus ojos verdes estaban salpicados de pintas de color amarillo mate. El tratamiento de cobalto le había quemado las cuerdas vocales y le hacía hablar en un ronco susurro. Sus ojos amarillentos inducían a error. O’Roarke no desvariaba, por muy consumido que estuviese. Dirigía la comisaría central desde su sillita y

supervisaba el lento éxodo desde Centre Street.

No alzó las cejas al ver a Isaac. Sus muñecas se ocultaron bajo la manta.

—¿Dónde está Patrick Silver?

Patrick había sido en otros tiempos el favorito de Ned O’Roarke. Ambos eran hombres de Limerick, adoradores del río Shannon. El toque de judaísmo de Patrick no molestaba al comisionado. Los judíos irlandeses, más allá del prepucio, tenían parches de tejido católico. El problema estuvo en que el café irlandés y la Guinness enloquecieron a Patrick. Acribilló a demasiados rateros de tres al cuarto. Entraba en la guarida de los proxenetas blandiendo su cuarenta y cinco con Guinness chorreándole por los ojos. El comisionado tuvo que retirarle el arma. Silver pasó a ser oficinista, miembro de la brigada de las pistolas de goma. Se largó de la oficina del comisionado primero, y renunció a su pensión.

—Patrick está en su sinagoga, comisionado. Dormido. Le he enviado unos cuantos mensajes. Con sus saludos y los míos. Todos recibidos. Mis detectives tienen aún más mensajes. Ellos reanimarán a la bella durmiente.

Isaac dejó la sala privada de O’Roarke con un retortijón en las tripas. Podía ser la lombriz. O un ramalazo de celos. A los irlandeses siempre les había gustado hacerse mimos entre ellos.

En el pasillo había hienas. Herbert Pimloe ponía mala cara junto a Rosenblatt *el Vaquero* ante el despacho del comisionado. Pimloe estaba a las órdenes de Isaac. Era el segundo lugarteniente de O’Roarke. Pero se había pegado a El Vaquero. En cuanto el comisionado desfalleciese en su sillón, se lanzarían sobre el cráneo de Isaac y le arrancarían a tiras la piel de la cara.

—¿Qué pasó en Charles Street, Vaquero? Cuéntame lo del chico mutilado.

El Vaquero jugueteó con los remaches de su pistolera y fingió no oír al jefe. Isaac se plantó frente a Pimloe.

—¿Había pintalabios en la mejilla del crío? La historia me suena de antes.

—Herbert —dijo El Vaquero, y se inclinó hacia Isaac para tomar el brazo de Pimloe—, son los rastas, ¿no crees? En esta época del año les da por los asesinatos rituales.

La comisaría central tenía un miedo cerval de los rastafaris, una comunidad de negros jamaicanos que adoraba al emperador Haile Selassie y cuyos miembros se enmarañaban los cabellos en largos nudos para que se asemejasen a la melena de un león. Los rastafaris se habían establecido en Brooklyn y el Bronx, y estaban muy ocupados combatiendo en ambos barrios y asesinándose entre sí.

—Vaquero, ésta es otra secta. Los rastas no llevarían a un niño de nueve años a un tejado. Es el loco del pintalabios o uno de sus hermanos.

—Ya —dijo El Vaquero—. Jerónimo. Quizá debería enviar a los de homicidios a por El Bebé de Papá. ¿Quién sabe? Quizá todos los Guzmán sean locos del

pintalabios.

—No te rías. No tendrías un niño muerto si los Guzmán se hubiesen quedado en Perú.

—Isaac, estoy harto de tus teorías sobre Jerónimo. El chico es un memo de pelo blanco. Que tú odies a los Guzmán no quiere decir que el loco sea uno de ellos. El loco está en las Tumbas, yo mismo le metí allí.

—Ahí te equivocas, Vaquero. Ernesto ha desaparecido. Alguien ha sacado al fabricante de muñecas de las Tumbas.

Isaac no envió a nadie a por su chófer. Cruzó Bowery a pie. Nadie le saludó desde las peluquerías, ni desde las tiendas de dulces. Hubo un tiempo en que Isaac era el único obispo del East Side judío y portorriqueño. Los dependientes salían corriendo de sus tiendas para besar la mano del obispo. La aprobación de Isaac equivalía a la prosperidad. Las viejas doñas de Eldridge Street podían pasear con el bolso colgado de los pulgares. Tenían al gran Isaac para recuperar cuantos artículos pudieran robarles. Pero Isaac había perdido el contacto con las caseras, con los tenderos y pensionistas de su diócesis. Los Guzmán le habían picoteado las patillas y se habían zampado la carne tierna de su cabeza. Isaac deambulaba por el East Side como un oso descalabrado.

Se detuvo en un restaurante para empapuzarse con cinco cuencos de sopa de guisantes. Isaac tenía que alimentar a su lombriz. La devoción de Isaac por los guisantes no impresionó a los camareros. Esperaban a que el oso acabase y bajase del taburete. Isaac podía corromper cualquier sitio con el sudor que le colgaba de la nariz.

El jefe tenía en mente algo más que los guisantes. Buscaba a Ida, su novia, que era cajera en el café de Ludlow Street. No consiguió encontrarla tras la caja registradora, ni cerca del cubo de la mantequilla, los salamis vegetarianos ni la estufa, donde a Ida le encantaba enrollar las tortitas cuadradas para los *blini* y los *blinchiki* especialidad de la casa. Isaac indagó desde su taburete. Los camareros se encogieron de hombros.

—Por Dios te lo juro, Isaac, desapareció un día. No creas que no te fue fiel. Estuvo meses buscándote tras la ventana.

—Myron —dijo Isaac, con un dedo clavado en la camisa del camarero—. Sin esa chica te habrías arruinado. Los *blintzes* se agrietarían si ella se fuera. Así que dime, ¿dónde está Ida?

—En casa —dijo el camarero—. Preparando el ajuar.

—¿Qué ajuar? —dijo Isaac, con el labio inferior colgando.

—Tiene un pretendiente... Está aquí. En el restaurante.

Myron señaló a un tipo con manguitos de plástico que comía champiñones ayudándose con el pulgar.

—Ése es Luxenberg... nuestro contable.

Isaac cruzó la calle y llamó a la puerta de Ida. Ella casi se atraganta al reconocer al jefe. Ida no tenía mala fe. Ofreció té y bizcochos al hombre que la había abandonado. No iba a estropear la ocasión con grititos y escenas. ¿Cuántas veces vuelve un hombre de entre los muertos?

—De verdad, Isaac, ¿qué son nueve meses entre amigos? Aunque ¿no podrías haberme enviado una postal desde el Bronx?

—Asunto policial —dijo Isaac, con la boca llena de bizcocho—. Ni mi hija lo sabía, Ida. Me vi atado de pies y manos. Los Guzmán me sumergieron en chocolate frío. Me llenaron el pelo de arañas. Me pasaron la solitaria.

—Isaac, ¿quiénes son esos Guzmán que hacen cosas tan horribles?

Ida le vio lamer la miel de su cucharilla. Los Guzmán, quienesquiera que fuesen, no le habían despojado de sus costumbres. Al jefe le encantaba olisquear la miel.

—Estoy prometida, Isaac.

—Me lo han dicho en el restaurante. Luxenberg. Un contable con manguitos de plástico. ¿Se los pone también para mear, Ida?

Ida entró en la cocina. El jefe la siguió. Empezó a quitarle la ropa. No rasgó la blusa de Ida. Fue cuidadoso con todos los botones. Apoyó la falda y las bragas de Ida sobre la mesa de la cocina sin arañarle las piernas. Él no necesitaba sábanas. Le iba bien revolcarse sobre el linóleo de Ida. Ella tosió cuando Isaac lamió el canal entre sus pechos. Notó la cálida nariz del oso en su barriga. Ida comprendió. Iba husmeando en busca de su jarra de miel. Él dio una sacudida y apartó la cabeza. El jefe se olvidó de desvestirse. Sus pantalones cayeron. Reptó hacia Ida.

El oso se sentía fatal. Copuló con el cráneo apoyado contra la pared. Sólo un retrasado mental podría dejar de ver los motivos de Ida. Le tenía miedo al jefe. Tenía surcos profundos alrededor de la boca. Puso los ojos en blanco al colocarse debajo de Isaac: las pupilas se hundieron dentro de la cabeza.

Isaac se mordió la lengua. Los médicos le habían avisado de las incomodidades indefinidas que una lombriz podía causarle. Isaac maldijo a los médicos y sus fluoroscopias. La lombriz se lo estaba comiendo vivo. Su cabeza acorazada pellizcaba y rasgaba sus tripas. Dios era testigo de que podía notar cómo la muy puta se retorció. La lombriz se había conchabado con Ida para torturar al jefe. Salió de ella sujetándose los pantalones. Ya conocía los trucos de las cajeras. La chica había apegado con él para hacerle olvidar los manguitos de plástico de su pretendiente. Ida le había dado al oso su propia miel para que no volviese a Ludlow Street y la emprendiese con Luxenberg y el restaurante.

Isaac salió de la cocina. Llevaba la marca del linóleo de Ida en las rodillas. Atravesó Bowery a toda prisa, con el alma enfangada. El jefe había perdido sus antiguas fuentes de tranquilidad. La diócesis ya no existía.

Herbert Pimloe era un poli con insignia de Pi Beta Kappa. Años atrás había soñado con Oliver Cromwell y Thomas Hobbes en Harvard Yard, envuelto en un abrigo empapado y un miserable gorro de lana. Pimloe rechazó los mundanos horizontes de un título de Harvard. Despreciaba a todos los abogados y demás burócratas que se pirraban por oler el aliento de un embajador y por ingresar en el cuerpo diplomático. Pimloe se convirtió en policía de Nueva York.

Se casó con una chica de Chappaqua. Se mudó a Brighton Beach. Tuvo tres hijos, que heredaron el malhumor y el cerebro de Pimloe y vivían obsesionados por la silueta y el color dorado de la insignia de Pi Beta Kappa. Pimloe patrullaba por las calles de Brooklyn en un simple coche patrulla. En comisaría no se le llenaba la boca con ociosas muestras de su sabiduría. Pero no conseguía escapar de Harvard Yard. Un joven inspector de la Oficina del comisionado primero le sacó de Brooklyn. Aquel inspector era Isaac Sidel. Isaac quería a un patricio en la lista del comisionado, un muchacho con una insignia dorada.

Pimloe subía las huellas digitales del sótano. Les llevaba bocadillos a los comisionados irlandeses.

—Harvard, búscame unos cordones. Tráeme tinta para la pluma. Harvard, ¿dónde coño te metes?

Llegó a ser el segundo de a bordo, quien barría detrás de Isaac, quien se abalanzaba sobre los agentes cuyas orejas empezaban a enmohecerse. Comisarías al completo temían a Isaac. Nadie era capaz de calcular cuál sería su siguiente paso. A su lugarteniente le faltaba ese factor sorpresa. Le conocían en todas las comisarías, era mucho más visible que el jefe; Pimloe era el típico tipo al que uno odiaba.

Salió adelante tirando de codos y de recuerdos de Thomas Hobbes. Se pegó al rival de Isaac, Rosenblatt *el Vaquero*. Con ayuda de El Vaquero se arrastraría al lado de Isaac para sentarse en el sillón del comisionado primero.

Isaac era un hombre marcado. Una pelea con los Guzmán lo había dejado lisiado. Ya no podía heredar el sillón de O’Roarke. Los comisionados irlandeses nunca confiarían en un policía que se lanzaba al Bronx detrás de una tribu de proxenetas y prestamistas marranos de tres al cuarto.

Pimloe esperaba bajo el árbol acordado de Central Park (cerca de la laguna sur) y soñaba con el sillón del comisionado. Le esperaban tiempos difíciles. En Centre Street había veinte inspectores con mejores curriculum que el suyo. El Vaquero tendría que llevarle en volandas sobre sus cabezas.

Mientras, Pimloe esperaba junto a su árbol. Tenía una cita con Odile Leonhardy, la reina retirada del porno. Odile se negaba a llevarle a su habitación en el hotel Plaza. Decía que un poli espantaría a los productores de cine. Estaba ansiosa por meterse en el mundo del celuloide. Por eso había escogido un lugar que no la pusiese

en peligro; era un árbol de tronco hendido desde donde Pimloe podía ver el Plaza sin comprometerla. Quería que el poli se muriese de ganas.

Los muros grisáceos del Plaza adquirirían un suave tono rosado a finales de julio. A Pimloe ese color le hacía pensar en las entrañas congeladas de una pescadería, en la sangre de la carne. Al lugarteniente se le veía abatido. Pimloe tenía celos de los productores que se codeaban con Odile. Era capaz de ver a aquellos hombres desnudos, convirtiendo a Odile en una nueva Merle Oberon, mientras ella se sentaba en la rodilla peluda de cualquiera.

—Herbert.

Pimloe vio un retazo de cielo a través de las hojas, y un tacón más ancho que la espalda de cualquier pato del estanque sur. El tacón colgaba justo encima de la nariz de Pimloe. Odile se había acomodado en la bifurcación de una gruesa rama. Pimloe no tuvo que atisbar por encima del tacón de sus zapatos de plataforma. La chica llevaba puesto un vestido completamente transparente.

—¿No podríamos acercarnos al Plaza? —le rogó Pimloe bajo las ramas del árbol. Sentía un hambre horrible de Odile—. ¿Cuánto pueden costar unos minutos?

El poli podría haberla amedrentado; podía restregarle sus títulos en la nariz. Herbert Pimloe iba a ser el nuevo comisionado primero tan pronto como O’Roarke se cayese del sillón.

—Te compraré un vestido en Bloomingdale’s —le gritó Pimloe al árbol—. Baja.

—No.

—Pues dime qué quieres.

—*Pommes frites*.

Pimloe empezó a tiritar; Odile le iba a arrastrar al Café Argenteuil de la Calle 52, y una vez allí empezaría a empapuzarse de patatas fritas a dos dólares la rodaja. Pimloe estaba dispuesto a saquear Bloomingdale’s para cargar de vestidos a Odile. Cualquier material ajustado a aquel cuerpo le complacía. ¡Pero no estaba dispuesto a caer en la miseria por unas patatas fritas!

—Odile, los cafés están *demodés*. Es demasiado pronto para comer patatas. ¿Qué me dices de un whisky? He traído la petaca.

Le ofreció un trago a Odile. El aroma del whisky trepó por el árbol. Odile no quiso rendirse a una mísera botellita plateada que se ennegrecía, poco a poco, con la grasa de los pulgares de un policía.

Las rodillas de Pimloe chocaron con un crujido amargo. Sus hombros se hundieron. Se derramó whisky sobre los pantalones.

—De acuerdo —dijo—. *Pommes frites*.

Hubo un temblor en el árbol. Unas nalgas veladas se deslizaron desde de la rama. Pimloe oyó un silbido en las hojas. Odile estaba en el suelo. Con sus plataformas resultaba más alta que el poli.



Era la dama milagrosa de Central Park, una criatura de largas piernas sin el menor rastro de ropa interior; los ermitaños y facinerosos apostados en torno al lago abandonaron sus escondrijos para contemplar a Odile. El balanceo de las piernas, nacido en aquellas gloriosas caderas, llevó a más de uno a atragantarse con la lengua. Tenía el paso de un avestruz. Con el vaivén implacable de sus rodillas se abría camino por el parque.

Pimloe saboreaba ya las ligaduras de la columna de Odile. Las hendiduras de su región lumbar desprendían un olor salado. Tendría que escabullirse de Brighton Beach para casarse con Odile. Pimloe conseguiría sobreponerse a la ira de los comisionados irlandeses. Esperaría a que le hubiesen coronado. Entonces tendrían que hincar la rodilla ante el comisionado Pimloe. El comisionado primero podía permitirse cuantas esposas le apeteciesen.

El taxista llevaba en el asiento de atrás a dos espantajos: un niño de cabellos grises y un irlandés enorme cuyos calcetines apestaban. Los había recogido en Abingdon Square, porque el día se presentaba malo y no podía permitirse escoger a sus pasajeros. Se estremeció al oír que el gigante mencionaba Boston Road.

—Perdone, pero no creo que sepa encontrar Boston Road ni en cien años.

—Nosotros le enseñaremos cómo se llega —masculló Patrick Silver, con los nudillos apoyados en los pies.

Por la camisa de fútbol de Patrick asomaba un trozo de cuero rayado, pero el taxista no conseguía ver el bulto de una pistola. ¿Qué clase de irlandés lleva puesta una pistolera vacía? ¿Un matón de Boston Road? ¿O un poli fascinado por el cuero? El taxista conocía todas las comisarías desde Chinatown hasta High Bridge, pero nunca se había cruzado con polis tan desaliñados como aquéllos, muchachos encanecidos con trajes de la caridad. El pequeño no paraba de meterse caramelos en la boca. El taxista se encogió en su asiento para amortiguar el crujido de los caramelos al explotar.

Patrick se decidió por el puente de la avenida Willis. El taxista empezó a rezongar. El agua negra bajo el taxi se le antojaba sangre recocida. En su opinión, el Harlem nunca sería un río genuino: era la cloaca del Bronx, y la corriente de orines calientes arrastraba sangre y basura hacia el mar. Un río de pis hirviente y dos imbéciles con canas en las sienes le habían alejado de Manhattan.

Dejaron atrás los terrenos abandonados de una terminal de carga en el lado del Bronx. Estaban en Mott Haven, en el extremo de una antigua zona industrial salpicada de almacenes y dotada de una vía incierta de ferrocarril que parecía agotarse al lado mismo del agua; algunas piezas de la vía parecían a punto de despeñarse por el borde del barrio. Los almacenes se recostaban contra el puente como enormes dientes prehistóricos.

El taxista se sintió mucho más a salvo transitando por los huesos de Southern Boulevard, atravesando calle tras calle de escombros. El Bronx entero podía desvanecerse ante sus ojos. ¿Qué más le daba a él?

Cerca de Boston Road florecían las pequeñas bodegas de paredes de lata. El taxista vio una multitud de coches verdes. Sonrió al reconocer el matiz institucional del verde: nadie excepto un poli tapadito con una manta conduciría un paquebote verde. ¿No serían los imbéciles que llevaba en el taxi parte del mismo equipo?

—Jesús, decidme, ¿a quién estáis espiando? ¿A unos camellos, a los negratas, a los del vudú?

El irlandés le hizo frenar frente a una miserable tienda de dulces. Era una caja de cerillas, construida con desechos de hojalata y madera, incrustada en la pared de un

edificio entre escaleras de incendios; en cada tramo faltaban varios peldaños.

De la tienda salió un anciano vestido con el guardapolvo tradicional de los mercachifles. Su cuerpo grueso estaba totalmente despeinado. Las cejas trepaban salvajes por su cabeza. El pelo de nudillos y muñecas hubiera sido la envidia de cualquier peletero. El taxista no podía creerse que aquel viejo fuese el causante de todo el trajín de coches policiales en Boston Road.

—Ahueca —dijo el irlandés, al tiempo que metía un billete de veinte en el bolsillo del taxista. El taxista asintió con la cabeza. Estaba en un barrio inexistente, frente a una tienda de dulces que se levantaba entre ruinas, rodeado de un ejército de policías al volante de grandes paquebotes verdes. Saludó con la mano al niño, Jerónimo, ansioso por ponerse fuera del alcance de las balas.

—Gracias —consiguió croarle a Patrick Silver—, gracias.

Papá Guzmán esperó a que partiese el taxi para abrazar a Jerónimo. Había estado deseando tocar al muchacho, acariciar las orejas al mayor de sus hijos, pero no quiso abalanzarse sobre Jerónimo en presencia de extraños. Los Guzmán eran una raza sensible. Papá podía tolerar al gigantón irlandés. Silver trabajaba para él. Y el olor de Silver no era traicionero. Papá juzgaba a uno con la nariz. Con un olisqueo era capaz de identificar a cualquier criatura mentirosa y pecadora.

Condujo a Jerónimo al interior de la tienda, lejos de la polución de Boston Road. Jerónimo empezó a gimotear reclamando a sus hermanos. Dos de ellos, Topal y Alejandro, salieron en pijama de la habitación posterior, que albergaba varias literas y una cuna (para Jerónimo) y servía de dormitorio y estación de paso para los primos del Perú y para rateros de Ecuador y Miami acogidos por generosidad de Papá. Los dos chicos desaparecieron con sus pijamas bajo el abrazo de Jerónimo, pero éste no dejaba de gimotear. Les lamió la frente con una lengua pastosa al tiempo que su rostro se mojaba con lágrimas prodigiosas, redondas como calderilla. La energía que ponía El Bebé en sus berridos habría bastado para sacar a sus antepasados del infierno. Faltaban César y Jorge. Jerónimo llamó a su hermano pequeño.

—Zor-rr-r-o.

Papá no podía ayudar a su bebé. Él mismo había enviado a Zorro al exilio. Era por culpa de Isaac. El jefe se había sacado de la manga una cretina de doce añitos de edad que juró ante tres asistentes del fiscal del distrito y un juez de Manhattan que César Guzmán, alias *Zorro*, la había cazado al bajar de un autobús de la Autoridad Portuaria, la había sodomizado y la había vendido para que ejerciese la prostitución. Papá era consciente de la falsedad de la acusación. Ningún marrano sodomizaría jamás a vaca, chica o caballo alguno. Los papeles para el arresto de Zorro estaban listos. Y ahora los escuadrones asesinos de Isaac se habían apostado en Boston Road con citaciones en el bolsillo. Zorro perdería el cuero cabelludo si se acercaba por Boston Road.

Jerónimo se agachó para buscar a César y a Jorge tras las máquinas de Papá. Pasó el puño por los expositores de tebeos, repletos de material escolar, cajitas de san Valentín y pornografía. Papá tenía diapositivas que explicaban la historia de los secuestros en Egipto, el intercambio de esposas entre los esquimales, el concubinato en Cerdeña, los burdeles en Perú. A Jerónimo no le gustaban las mujeres de cartón que le miraban desde un paisaje acanalado. Arrugó sus cabezas con el puño.

—Zor-rr-r-o.

Papá le ofreció un batido de chocolate, regaliz rosa y un mazapán algo pasado. Jerónimo despreció la comida. Sólo después de arrancar el papel de las paredes de Papá, y de meter la nariz bajo las camas para comprobar que Zorro no estaba a su alcance, consintió en sentarse a comer. Se zampó un tocho de *halvah*, chocolate blanco que sólo un martillo podía romper, medio kilo de delicias turcas y el batido que le preparó Papá con medio litro de jarabe y dos jarras largas de leche.

Nada de cuanto comió o bebió ayudó a El Bebé a dormir. Se sentía inquieto en la tienda de dulces. Papá lo había dado fuera. Ahora vivía en el sótano de una sinagoga con Patrick Silver. Dio vueltas por el dormitorio, con la tripa entre las manos, pero fue incapaz de acomodarse en su antigua cuna. Él dormía las siestas en la cama de Silver.

El deambular nervioso de El Bebé entristeció a Papá. Cruzó algunas palabras con Silver para apartar de su mente la incomodidad de Jerónimo en la tienda.

—¿Anda la poli por tu sinagoga, irlandés?

—En absoluto. Moses, Jerónimo está a salvo conmigo.

Papá hundió un dedo en el guardapolvo.

—Isaac tiene sus espías. ¿Puede haber colado alguno entre los feligreses?

—No te preocupes, Moses. Hace cuarenta años que no vemos una cara nueva en el *shul*. Además, no se pueden esconder pistolas bajo el manto de las plegarias.

—Llévatelo a casa, irlandés —dijo Papá, mirando de reojo a El Bebé—. Ya no está a gusto con los de aquí. Ninguno de mis chicos había estado antes en una sinagoga.

—¿Quieres que le traiga la semana que viene?

—No —dijo Papá—. Los niños de Isaac se acercan demasiado. En un par de días tendré los coches verdes encima del mostrador.

Silver comprendía el rencor de Papá hacia los coches verdes. Hasta la llegada de los «niños» de Isaac a Boston Road, la tienda de dulces de Papá había sido el principal centro de apuestas del este del Bronx. Pero Boston Road estaba muerto. Los corredores de Papá habían tenido que comerse sus papeletas. Los coches verdes los seguían a todas partes. No podían aceptar ni los cinco centavos de apuesta del charcutero de Charlotte Street sin que se interpusieran los coches. Los detectives les chillaban y aporreaban el escaparate de la charcutería. Los corredores volvieron ante

Papá con tics nerviosos en los ojos. Papá tuvo que despedirlos.

—Chepe, toma cincuenta. No alardees. Tienes una tía en Nueva Jersey, ¿verdad? Ve a visitarla un tiempo. Ya te diré cuándo puedes volver.

El padre Isaac había convertido la tienda de dulces en una tumba para los Guzmán. Jorge era el único que entraba y salía. Papá le prendía la lista de la compra a la camisa con un alfiler (Jorge era incapaz de recordar los nombres de los distintos cereales de desayuno) y le enviaba a la bodega del otro lado de la calle. Los polis tenían miedo a Jorge. Era un chico capaz de sacar a un policía de su coche y quitarle la ropa a sacudidas. Jorge tenía el abrazo de una pitón. No era justo. Los niños de Isaac llevaban en el coche un arsenal completo. Palos y porras se desintegraban contra el cráneo de Jorge. Las escopetas no eran apropiadas. Un detective tenía límites. No se le podía volar la cabeza a nadie por las buenas en pleno Boston Road.

Papá despidió a El Bebé con una nueva provisión de caramelos.

—Jerónimo, hazle caso al irlandés. Ahora él es tu padre. No te olvides de limpiarte la boca. Si te portas mal, los judíos te cortarán el pelo.

El Bebé dio un beso a sus hermanos y se fue con Patrick Silver.

Patrick no era una persona apocada. Los coches policiales que pasaban zumbando junto a sus pies no conseguían que subiese asustado a la acera. Un sargento detective se burló de Patrick y El Bebé desde el primer coche.

—Silver, deja de limpiarle el culo a Papá. Danos al subnormal y ya no tendrás que trabajar más para los Guzmán. Te prometo que recuperarás el arma y la placa.

Patrick palmeó el parachoques del sargento.

—Es vuestro, pero no solo. El chico viene conmigo.

Abrió la portezuela del coche y entró con Jerónimo, arrinconando al sargento en el asiento. El sargento rompió su incomodidad con una sonrisa.

—Silver, podría llevarte directo a la central con la sirena puesta. Isaac sabrá qué hacer con el subnormal.

—Isaac y yo tenemos el mismo rabino. Se llama O’Roarke. El comisionado primero cuida de mí. Somos del mismo clan. Nuestras familias proceden del reino de Limerick. Como se te ocurra silbarme en la cara, O’Roarke te partirá los dedos. Vamos a Bethune Street, muchas gracias. Date prisa; llegaré tarde a la plegaria de la tarde.

Papá no estaba ciego. Vio a El Bebé sentado en el coche de la policía. No le preocupó. La afinidad de Silver con la policía le beneficiaba. Un matón cualquiera no habría podido proteger la vida de Jerónimo. A Papá no le quedaba más remedio. Era o la sinagoga o la tienda de dulces, y Papá no se fiaba de sí mismo. Él había tragado mierda de llama en Perú, había bebido sangre de cabra para evitar la inanición, pero Jerónimo no hubiera podido sobrevivir en Boston Road. Isaac le hubiese detenido en

la tienda de dulces. Papá hubiera sido incapaz de mantener a aquel hijo de puta alejado de la cuna de El Bebé, por más policías que consiguiesen matar los Guzmann.

Isaac había llegado al mundo para atormentar a los Guzmann. Eso creía Papá. Según la ley marrana, todo hombre tiene un demonio personal. Isaac era el demonio de Papá. ¿Qué otra explicación había para un poli que tiraba la placa por la ventana para poder meterse en la tienda de dulces, contando historias de expulsiones de la policía de Manhattan, y luego excavar en la carne de Papá, debajo del corazón? Moses podría haberle dado la espalda. Pero siguió los instintos de sus ancestros, los criptojudíos de Portugal, chambelanes y monjes que nunca hubieran perdido de vista a un demonio. Era mejor abrazarse a Isaac y olisquear el color de su orina, pálida, azulada, amarillenta.

Papá debería haberle dicho un par de cosas al oído a Jorge: él sabía cómo chafarle la tráquea a un demonio. Pero Papá andaba con tiento con la policía. Años atrás había matado a uno y había tenido que huir de Perú. Quería que Isaac sufriese una muerte más natural. Durante un siglo y medio, los Guzmann habían sido sofisticados envenenadores. Pero Papá no tuvo que cultivar ninguna toxina para Isaac. Sentó a Isaac a su mesa, y le dio de comer cerdo, tripas y morcillas. Ningún demonio podía sobrevivir a la comida de los Guzmann. Papá y sus chicos llevaban suficiente ácido en su interior como para purificar unas morcillas agusanadas (la familia vivió de lo que encontraba en los cubos de basura durante el primer año de Papá en Estados Unidos).

La piel de Isaac empezó a cambiar. Su sudor era verde oscuro. Por las mañanas, en sus orejas las secreciones eran repugnantes. El jefe se moría a cachitos. Se le caían las uñas. Sus pobladas patillas, la envidia de Manhattan, clarearon hasta convertirse en unos escasos pelajos macilentos. Deambulaba por Boston Street siempre mareado, pero Papá no consiguió que sucumbiese. Escapó de los Guzmann al salir de la tienda y regresó a Manhattan.

Y Papá llevaba sufriendo desde entonces. Perdió la hegemonía en el Bronx. De poco le sirvió untar a los policías del barrio. Los coches verdes no eran de allí. Isaac movía los ganglios de la comisaría central como los hilos de una marioneta. Podía tirar de los Guzmann desde Centre Street. Papá cerró la tienda de dulces en mayo y se retiró al lago Sheldrake, donde tenía una pequeña granja con algunos huertos y un pozo. Pero los ganglios podían sacudir las zarzas. La mano de Isaac llegó hasta el lago. Hizo que el FBI incendiase la granja de Papá. Los muy cabrones habrían secuestrado a Jerónimo, si él no le hubiera ocultado en el pozo.

Ahora confiaba en Patrick Silver. Papá no tenía a nadie más. Si Patrick le fallaba, el diablo Isaac enterraría a El Bebé en cal debajo del sótano de la comisaría. Los marranos no podían descansar en una tumba profana. Por eso Papá mantenía un cementerio en Bronxville. El Bebé pasaría mil años aullando sin tierra marrana sobre

los ojos. ¿Podía un padre ignorar gritos semejantes? Papá tendría entonces que lanzarse como un golem sobre Manhattan y abatir policías hasta que Isaac desenterrase a su chico. Le daba escalofríos pensar en las consecuencias. Manhattan quedaría bañada en sangre de poli. Frente a la muerte de sus hijos, Papá no tendría piedad.

Una chica de cuello grueso que llevaba una pañoleta en la cabeza entró con paso inseguro en la tienda; un ciego la acompañaba aferrado a su brazo. El ciego tenía las mejillas amarillas, unas frágiles gafas sobre la nariz y un bastón blanco que era más largo y delgado que una caña de pescador. La chica de la pañoleta se deshizo de su ropa. Apareció Jorge.

Papá abrazó a su hijo mediano. Tiró las pañoletas, la falda, la blusa los zapatos y las manzanas (que habían servido de tetas) en un cubo que había bajo la fuente de gaseosa. Miró ceñudo al ciego.

—Zorro, ya sabes lo mucho que te admira Isaac. ¿A qué has venido?

Zorro se apartó las gafas de la nariz y se deshizo del bastón blanco.

—Quería sentarme con mis hermanos.

Había traído peces de caramelo para Topal y Alejandro, y también confites morados de Atlantic City.

Papá no era capaz de controlar a su benjamín. El Zorro de Boston Road debía de haberse reído de los coches verdes al acercarse a la tienda de dulces de su padre.

—Por dos minutos no has coincidido con Jerónimo —dijo Papá.

—Le he visto —dijo Zorro—. No esperarías que me plantase ante el coche de Isaac y le saludase. ¿Qué tal está Patrick Silver?

—¿Por qué no vas a su iglesia, en Bethune Street? Podrás preguntárselo tú mismo.

Zorro rechinó los dientes.

—No me fío de ese capullo irlandés. Ha salido de la tripa de Isaac. Igual que Coen.

—Coen nunca nos hizo daño. ¿Y dónde meteríamos a El Bebé si no tuviésemos al irlandés?

—Jerónimo podría quedarse conmigo.

—Fantástico —dijo Papá—. Y dormiré en una cabina de teléfonos con su hermano. Vivirá de los mocos de las putas. Le lavarás los pañuelos con la lluvia. Genial. Genial de verdad.

Toda la leche malteada que había bebido Zorro en su infancia debía de haberle encogido las orejas. Aún le guardaba rencor a Manfred Coen. Coen estaba muerto. Ambos, Manfred y Zorro, se habían criado en la tienda de dulces. Eran compañeros de clase. Hacían los deberes con las mejillas manchadas de helado. Daban de comer a las palomas de Boston Road. Despiojaban juntos a Jerónimo. Pero Coen empezó a

trabajar para Isaac, se convirtió en un poli de ojos azules, y perdió la vida en un accidente impensable. Una bala le acertó en la garganta al final de una partida de pimpón. Patrick había cazado delincuentes junto a Coen. Fue uno de los muchos compañeros de Coen, hasta que el comisionado de policía le retiró el arma.

—Zorro, el irlandés quiere a Jerónimo. No te metas con él. ¿Dónde está el primo Isidoro?

—A salvo, Papá. Nuestros amigos se llevaron a Isidoro de Atlantic City.

—¿Le buscaste plañideras? No quiero que mi primo quede sin bendecir.

Zorro volvía a ser un ciego. Se puso las gafas y recuperó el bastón blanco.

—Papá, ¿tú crees que yo le haría ese feo a Isidoro? Le di más bendiciones de las que merece. Me costó cien dólares encontrar un chantre que quisiese rezar por él.

El Zorro besó a Jorge, Alejandro y Topal, masculló una despedida e hizo ademán de dejar la tienda de dulces, tanteando con su bastón.

—Zorro, ten cuidado —dijo Papá—. Las gafas oscuras no valen una mierda. Los coches de la policía también atropellan a los ciegos.

Zorro no saludó. Se encorvó, olisqueó el aire y se adentró en las cloacas de Boston Road.



La congregación de Limerick tiene su sede en Bethune Street, entre una lavandería china y un hospital para gatos y perros. Nadie recuerda su verdadero nombre. En los bares y locales de comidas preparadas en torno a Abingdon Square se la conoce como la sinagoga irlandesa, o el *shul* de Patrick Silver. Es un edificio ruinoso de arenisca roja: las ventanas, de vidrios tintados, están tapadas por cartones, y la marquesina, que en 1930 resultaba lujosa, hoy es un feo trapo.

Éste es un *shul* sufriente. Subsiste sin presidente ni junta directiva (los ancianos de la sinagoga, una desarrapada tropa de solterones y viudos, no tienen fuerzas para dirigir nada). No mantiene contactos con congregación alguna en el mundo. No comulga con el principal rabino de Dublín, ni con las viejas sinagogas de Cork. Ningún consejo rabínico de Estados Unidos mantiene relaciones con la sinagoga irlandesa de Bethune Street. No tiene cofradía de mujeres que organice actividades de caridad en Greenwich Village, ni nadie que busque los pedacitos de vidrio de colores que faltan en las ventanas. No puede permitirse las tarifas de un chantre: nadie acude para dirigir el canto por los muertos.

Bethune Street tiene un rabino, Hughie Prince, un hombre de labios prietos que nunca tomó los hábitos. Pregúntenle dónde estudió. Hughie no salió de ninguna escuela rabínica.

Los ancianos lo escogieron porque era el único de todos ellos que entendía alguna que otra palabra de la Mishna y la Gemara. Hughie llevó el Talmud a la sinagoga irlandesa, y limita sus declaraciones a cinco o seis frases a la semana referentes a las leyes de dispersión tal y como se aplicaron a los judíos de Limerick. Se gana la vida como cortador de vidrios, y sólo se le encuentra en la sinagoga por la mañana y al final de la tarde. Hughie pasa casi todo el tiempo fuera, reparando ventanas; si alguien espera algo de religión de él, tiene que recorrer Hudson Street gritando «¡Rabino Hughie Prince!». Patrick Silver dirige el *shul*. Es el «ministrante» sin sueldo. Impide que irlandeses embrutecidos meen en la sala de estudio. Da de comer a los pobres (Patrick siempre tiene un bocadillo para los mendigos judíos y gentiles en la minúscula cocina del *shul*). Dirime disputas entre los feligreses dando capirotaños en la oreja izquierda a ambas partes. Sale a la calle a captar individuos para el rabino Prince (sin los *minyans* de Patrick, el *shul* se olvidaría de rezar). Navega por la sinagoga con una escoba a modo de cachiporra, y con ella aplasta los mosquitos de las paredes, saca a palos a las ratas de los agujeros húmedos del sótano y remacha cualquier clavo endemoniado de los bancos del templo que pudiese rasgar los pantalones de los viudos desprevenidos; tantea el techo desigual de la sinagoga en busca de puntos débiles, para evitar que se derrumbe sobre Hughie y los textos sagrados, desaloja la porquería de la parte interior de la marquesina, espanta a los

ladrones y cobradores, y en ocasiones incluso barre el suelo.

Incluso cuando tenía pistola, Patrick vivía en el *shul*. Transitaba entre Bethune Street y la Oficina del comisionado primero con la camisa llena de botellas de Guinness. Destina la mayor parte de su sueldo al *shul*. La congregación de Limerick tenía un enorme riesgo de incendio. Los inspectores y alguaciles del ayuntamiento recibían mensualmente su «diezmo» del *shul* y hacían la vista gorda ante las grietas de las paredes.

Y entonces Patrick perdió su pistola. Pocos días después de que dejara la policía se presentaron allí varios inspectores con linternas que se quejaron del fango del sótano y los nidos de ratas de las tuberías. Patrick necesitaba una nueva fuente de ingresos. No tenía nada que vender excepto músculos. Ningún blanco quiso contratarle. Las familias mafiosas de Atlantic Avenue y Mulberry Street recelaban de Patrick Silver. No les entraba en la cabeza el pedigrí de un irlandés judío. Suponían que algún comisionado de los importantes le tenía aún en nómina.

Patrick tuvo que meterse en Harlem y trabajar como guardaespaldas de unos prestamistas negros. A los negros les gustó la idea de contar con un gigante que llevaba una *yarmulke* en el bolsillo. La camisa de fútbol de Patrick pronto fue algo familiar en St. Nicholas Avenue. Los prestamistas le cogieron cariño. Le pusieron en contacto con un *shul* abisinio cercano al parque de Mt. Morris. Todos los feligreses eran considerados rabinos. Patrick leyó la Tora junto con los rabinos negros de Mt. Morris y discutió con ellos las leyes de Moisés. Aquellos rabinos tenían su propio libro del Génesis. Jacob era blanco, decían los rabinos. Pero Moisés y Esaú eran abisinios.

—Rabino Silver, tú eres tan negro como cualquiera de nosotros.

Patrick no podía asentir ni contradecirles. ¿No había irlandeses que decían que san Munchin, el primer obispo de Limerick, había llegado de África junto con una colonia de leprosos judíos?

El puesto de Patrick en Harlem no duró mucho. Los prestamistas negros tuvieron que despedirle. Los polis del centro mandaron un mensaje muy claro a la Séptima Avenida. Empezaron a sacar de la calle a los prestamistas.

—Mierda —le dijeron a Patrick—. Hay alguien que te la tiene jurada. Ya no nos podemos permitir tus servicios, irlandés.

Los prestamistas no dejaron compuesto y sin trabajo a Patrick. Se lo pasaron a los Guzmán.

Así fue como Patrick heredó a Jerónimo. Pero la dote del chico incluía unas cuantas pegas. La mañana siguiente al regreso de Patrick de Boston Road, una patrulla de «niños» de Isaac cayó sobre el *shul*. Nueve agentes de ojos azules entraron en el cuarto de Patrick y le encontraron durmiendo con El Bebé (en el sótano no cabía más que una cama). Patrick echó mano de su escobón con las vergüenzas al aire. Se

negaba a vestir pijama en el *shul*. Jerónimo se quedó entre las mantas, el rostro húmedo por el esfuerzo de un sueño de catorce horas (había estado soñando con su hermano Zorro). Todos los policías tenían una *Police Special* en la mano. Se mantuvieron a distancia del enorme escobón de Patrick. El portavoz, un teniente de bigote rubio, rebuznó:

—San Patricio, no hemos venido a hacerte daño. Te juro por Dios que venimos en son de paz. El comisionado está en el hospital. Le dio una hemorragia en plena noche. No le he visto, pero me han dicho que le salía sangre del cuello. Ahora está con el sacerdote. El cura le está aplicando los óleos al pobre Ned mientras le inyectan sangre nueva. Isaac no quiere que se muera sin echarle un vistazo a tu jeta. Así que no nos lo pongas difícil, san Patricio. Te vamos a llevar al hospital por las buenas o por las malas.

Patrick apoyó la barbilla en la escoba.

—Isaac debe de estar acojonado, si ha tenido que enviarme nueve perros.

—Es conservador —dijo el bigote (teniente Scanlan), sin perder de vista a Jerónimo—. Sabe lo feroz que puede llegar a ser un santo irlandés. Isaac tiene fe en los números. Le pareció que nueve bastarían para convencerte. San Patricio, ¿nos vas a obligar a destrozarte el templito?

—Apartad las pistolas. Apestan a metal. Y cerrad los ojos. Jerónimo y yo tenemos que vestirnos.

Los «niños» de Isaac no guardaron las pistolas en sus fundas, ni cerraron los ojos; observaron las pelotas de Jerónimo cuando saltó de la cama. El Bebé se embutió en unos calzoncillos que le llegaban a las rodillas. Prefería los jerseys a las camisas, y el fondillo de los pantalones se le había encogido. Sacó unas orejeras del bolsillo y pasó la tira de metal alrededor de un codo. Patrick tuvo que atarle los zapatos.

Los polis no pudieron contener una risita al ver a los dos hombres encanecidos y se aprestaron a sacarlos de la sinagoga.

—No tan deprisa —gruño Patrick—. Esto no es un parque de atracciones. Scanlan, tendrás que prestarme a unos cuantos de tus guaperas. Durante media hora serán judíos. Isaac no se opondrá. No pienso irme hasta que no tenga diez asistentes vivos.

Se abrió paso entre los detectives y se apostó frente a la puerta. En los pasillos había seis ancianos. Eran la salvaguarda de la congregación; deambulaban siempre por Bethune Street, y eran el centro de los *minyans* de Patrick. Aquellos amigos del fallecido padre de Patrick, llevaban sus mantos en bolsitas de terciopelo. Patrick llamó a gritos por el pasillo:

—¿Dónde está Hughie?

Los ancianos se encogieron de hombros.

—Estará cagando por ahí, o cortando vidrio.

Pero Hughie apareció. Tenía la espalda torcida de tanto inclinarse sobre el vidrio, y los dedos mellados por sus instrumentos de corte. Prefería no vestir el gorro tradicional de piel (con coletas) que identificaba a los rabinos y eruditos del este de Europa. Y tampoco tenía una *yarmulke* bordada en oro que le distinguiese de los demás mortales. Llegó con una gorra sencilla, deshilachada, permanentemente hundida en la coronilla; sobre la visera llevaba unas gafas que le protegían los ojos de las esquirlas de vidrio. Hughie no quiso quitarse las gafas dentro del *shul*. No veía contradicción alguna entre la Tora y su oficio. Según Hughie, no se podía ser a la vez buen rabino y mal cristalero. Cortaba vidrio con los dedos de Benjamín, Jacob y Elías sobre la muñeca.

Hughie se quedó mirando a los detectives y su arsenal.

—Patrick, sácalos de aquí. No pintan nada en una sinagoga.

—No te preocupes, rabino. Yo invité a los muchachos para que recen contigo.

Tres detectives quedaron atrás. Subieron las escaleras junto con Hughie y los seis ancianos del *shul*. Tuvieron que atravesar la cocina, la sala de estudio, los retretes y la sala de invierno (abierta a los mendigos entre noviembre y marzo) antes de llegar a la capilla. Los detectives rieron con suficiencia al ver las condiciones que soportaban aquellos judeznos de Limerick, que tenían que rezar en un estercolero. Era el templo más abominable con el que habían dado jamás. Los bancos estaban apilados en una esquina como una hilera de obispos desarrapados; en las alfombras que partían de los bancos había marcas que se podían haber tragado una *yarmulke* o un ratón. De la galería de las mujeres, que consistía en porches deformados sobre las cabezas de los polis, se habían retirado todos los bancos, puesto que ya no había mujeres que asistiesen a la sinagoga.

La misma capilla estaba en ruinas. El mobiliario no tenía sentido: retazos de seda sobre un arcón roto, una plataforma de barandilla endeble, una silla clavada en la pared. Le preguntaron a Hughie por la extraña inclinación de la silla.

—Rabino, ¿qué hacéis, tirar a los pecadores desde esa silla?

—Es el asiento de Elías. Está mirando al norte, hacia Jerusalén, Bagdad y el mar de Irlanda. Ése es el camino que sigue Elías cuando vuela sobre la Tierra. Cuando descienda de nuevo desde los cielos se sentará entre nosotros.

A los tres «niños» de Isaac les parecía inaudita la credulidad de los judíos irlandeses, asnos salidos de Limerick (Scanlan, su jefe, provenía de la bahía de Donegal). Desde siempre, Limerick había sido el hogar de los idiotas de Irlanda.

Los judíos empezaron a distribuir mantos de oración, y cada detective se vio obligado a hundir la cabeza en una enorme sábana de rayas anchas y borlas primitivas que eran simples tiras de tela anudadas. Se llamó a los detectives a la peana de las plegarias (la plataforma miserable en el centro del *shul*) junto a Hughie y los seis ancianos. Se quedaron en el peldaño inferior, prisioneros del *minyán* de Patrick. Los

sonidos que oyeron les helaron las sábanas que llevaban en la cabeza. El *minyán* mugía y gemía como un hato de vacas enfermas. Los detectives hubieran preferido rezar entre rastafaris o cualquier otra secta de lunáticos antes que caer en las fauces de un manto de plegarias.

La sinagoga irlandesa estaba sólo a tres manzanas del hospital de St. Vincent, pero el teniente tenía que valerse de su flota de coches. No podía conducir a Silver y al memo de Jerónimo por Abingdon Square con una pistola en la espalda. Silver era prácticamente un santo en Bethune Street. Hubieran salido idiotas de los bares dispuestos a rescatarle de las garras de Scanlan, y al final alguna asociación civil le acusaría de haber secuestrado a ministrantes de un templo. Por eso Scanlan quiso apartarlos de las calles.

Estaba harto de los Guzmán. Llevaba desde junio exiliado en el Bronx, subiendo y bajando por Boston Road como un piloto del Mississippi. Allí era fácil hundirse en un bache y desaparecer por las cloacas en descomposición. Un destacamento en el Bronx no bastaba para garantizarle la vida. Se hubiera deshecho con gusto de Jerónimo, un Guzmán menos en Nueva York, pero no podía hacer nada contra El Bebé con Patrick Silver en el coche.

—¿Quieres que paremos a por un helado, san Patricio? Jerónimo no sobrevivirá esta mañana sin su ración de papilla de chocolate.

Silver no quería hablar. Iba sentado con las rodillas apretadas contra la puerta, y pensaba en el comisionado Ned. No era un completo ignorante. Habría sabido llegar a la central desde la sinagoga, y desde Reyes de Munster, para visitar a O’Roarke. No había olvidado el camino. Pero sus piernas no querían llevarle hasta allí. El comisionado primero tenía media planta para él solo. Patrick temía aquellas habitaciones. Le habían acunado durante más de diez años.

Patrick era el poli loco de Centre Street, un chico de Limerick con *yarmulke*, el único judío perteneciente a la Sociedad Shillelagh (una hermandad de detectives irlandeses). Armaba bronca con los Shillelagh, se iba de putas con ellos, se los encontraba en bodas, velatorios y actos sociales, pero Patrick no iba a misa con sus hermanos, ni los seguía en sus retiros. En la central meaba en una botella. Sesteaba con la *yarmulke* echada sobre los ojos. Abandonaba sus misiones y salía a secuestrar víctimas para las oraciones matutinas y vespertinas. Nadie excepto Patrick tenía la llave del *shul*. Ningún comandante podía castigarle por sus faltas. Los comisionados estaban obligados a sonreírle. Patrick Silver tenía el mejor rabino del universo: el comisionado primero O’Roarke.

O’Roarke era primo lejano del sacerdote que en 1906 expulsó a todos los judíos de Limerick. No compartía las ideas sobre el demonio judío de su pariente. Sentía un amor primitivo por los irlandeses que toleraba cualquier fe. Conocía los nombres de

todos los feligreses de Patrick. Mantenía largos diálogos con Hughie Prince a propósito de mesías, golems y anticristos en la sinagoga irlandesa o en el taller de Hughie. Había estado en el templo con los judíos de Limerick. En su escritorio guardaba un casquete. Sentía adoración por Patrick Silver, y procuraba mantenerle alejado del peligro.

El problema era que Patrick era un pésimo diplomático. El *shul* le agotaba y le impedía ver las pequeñas rencillas en la comisaría y las maquinaciones de los comisionados rivales. Sano y lleno de vigor, O’Roarke había conseguido que Patrick esquivase a los distintos jefes irlandeses sin mayores problemas. Cuando el comisionado primero empezó a morir en su sillón, los jefes perdieron la amabilidad con el chico de la *yarmulke*. Le empujaban por los pasillos. Le escondieron la botella de los orines. Patrick no les prestó atención. Siguió juntando sus *minyans* y custodiando el *shul*.

La Guinness fue su perdición. Una tarde pilló una borrachera antológica en Reyes de Munster. Retó a cuatro chicos de Innisfree a una pelea después de que insultasen el río Shannon. Patrick se olvidó de darle su pistola al camarero. Los chicos de Innisfree le arrancaron la pistolera y destrozaron a tiros el mobiliario de Reyes de Munster. No fue posible disimular el tiroteo. Patrick fue convocado ante la junta de armas de la central. Los jefes miembros de la junta le acusaron de ser un borrachuzo incapaz de conservar el arma. Le ofrecieron la opción de renunciar o convertirse en oficinista.

El teniente Scanlan sacó a Patrick de su ensueño con un codazo.

—Ya hemos llegado, san Patricio. Mejor será que lleves a Jerónimo de la mano. En el hospital no dejan entrar a niños sin padre.

Patrick salió del coche, con Jerónimo aferrado a su camisa de fútbol. El Bebé no había estado nunca en un hospital y estaba aterrado. Había hundido el puño en la camisa de Patrick. El tiempo había cambiado. Lloviznaba. Jerónimo trepó las escaleras de St. Vincent’s con la cabeza escondida bajo el brazo de Patrick, de modo que los seis detectives que les empujaban parecían ir en compañía de dos mellizos de mediana edad.

Otro detective los esperaba en lo alto de la escalera. Era más gordo y feo que el resto de la patrulla de ojos azules de Isaac y había salido del hospital para recibir a Patrick Silver.

—Vete a casa, capullo de mierda.

—Pórtate bien —le dijo Patrick a Brodsky, chófer y chico de los recados de Isaac—. Aún corromperás al chico. No está acostumbrado a que los policías digan palabrotas. Duerme en una sinagoga. Reza conmigo.

—Entonces enséñale a rezar por tu vida.

—Brodsky, no te enteras. Isaac ordenó que nos trajesen. Tengo que ver al comisionado Ned.

—Qué lástima, Silver. Como siempre, calculas mal. El gran O’Roarke murió hace media hora.

Patrick trastabilló en los escalones, los calcetines al borde de un nuevo peldaño. El Bebé estuvo a punto de caer. Se aferró con ambas manos a Patrick mientras se le mojaban las orejas.

—¿Murió hace media hora? —masculló Patrick entre dientes—. En ese caso le presentaré mis respetos al cadáver.

—Ni hablar —dijo Brodsky—. Isaac ya no te necesita. Me ordenó echar el cerrojo en cuanto te viera.

—Brodsky, puedo tumbar a puñetazos todas tus puertas. No me tientes. Voy a ver al comisionado.

Brodsky sonrió desde su posición de ventaja en las escaleras.

—Silver, tu protector está en el otro barrio. Así que lárgate. Sin el pobre Ned no durarás mucho con piernas.

Patrick se lanzó a la carga. Podría haber arrollado a Brodsky, y luego cruzado las puertas del hospital, pero su ataque quedó mermado al tener que cargar con Jerónimo. Los seis detectives le agarraron por los pantalones y lo sacaron de las escaleras. Patrick rodó por la acera y Jerónimo cayó sobre su pecho. Scanlan se plantó ante él.

—No te sientes bajo la lluvia, san Patricio.

A Patrick se le escapó un gruñido. No se movió. Poco a poco, Jerónimo resbaló y le liberó el pecho. El Bebé no era tonto. Sabía distinguir lo húmedo de lo seco. Se puso las orejas. Los gruñidos de Patrick se hicieron inteligibles.

—A Isaac le van a comer los huevos.

Luego se incorporó al mismo tiempo que Jerónimo y regresó cojeando al *shul*.

## 6

Durante los cinco días que llevó enterrar al comisionado Ned, la comisaría central cayó en un profundo letargo. Todas las actividades cesaron. Los subinspectores lucieron crespones negros en la chaqueta. Los jefes irlandeses subieron a la parte alta de la ciudad para velar el ataúd del viejo Ned. El jefe de la Policía se parapetó en su despacho y rehusó emitir orden alguna. Nada podía suceder mientras O'Roarke estuviese sin enterrar.

Pimloe estaba pasándolo mal. No podía acceder al sillón de O'Roarke hasta que no concluyese el entierro. Y el viejo Ned empezó a retorcerse en su caja. El cadáver señalaba con el dedo a Rosenblatt, *el Vaquero*, el principal aliado de Pimloe. La Oficina del Comisionado Primero fue la única que no se durmió: los agentes infiltrados de O'Roarke habían recopilado información que demostraba que El Vaquero aceptaba sobornos de una cadena de restaurantes de Brooklyn. Alguien filtró la noticia. El jefe de la Policía tuvo que actuar. Cesó a su jefe de detectives.

El Vaquero gritaba en su despacho:

—Isaac me ha jodido. Ha sido él. Os juro por Dios que no he robado ni un centavo.

Toda su rabia le sirvió de poco. Ya no tenía tres mil detectives bajo su mando. Los jefes irlandeses rehuían la oficina de El Vaquero. Salmodiaban avemarías al pasar frente a su puerta. No podían pensar en Ned sin santiguarse. Tenían escalofríos en la primera semana de agosto. Sus bocas se volvieron grises. Estaban convencidos de que el comisionado Ned tenía al Espíritu Santo de su lado. ¿Cómo si no habría podido un muerto inculpar al jefe de detectives?

No hubo investidura para Herbert Pimloe. Los comisionados no podían ungir a un poli que había medrado junto a un ladrón como *el Vaquero* Rosenblatt. Pimloe les resultaba ahora odioso. Pero el pánico empezaba a apoderarse de los comisionados. La central no podía funcionar sin un comisionado primero. Pasaron revista en busca de candidatos. La única cara que vieron fue la de Isaac. Seguía siendo un hombre marcado, indómito, obsesionado, que cargaba con la maldición de una solitaria y las marcas de la cara, y por eso le ungieron a medias. Su título no se solemnizó. En menos de nada podrían deshacerse de él. Le nombraron comisionado primero interino.

Aquel desaire a su integridad no molestó a Isaac *el Valiente*. Tenía en mente a los Guzmán. Pero no podía expulsar de su despacho a todos cuantos deseaban felicitarle. Polis grandes y pequeños acudían para estrechar la mano del comisionado primero Sidel. Los jefes irlandeses le desearon una larga estancia en el cargo (el comisionado podía hacerles mucho daño). Newgate, del FBI, que idolatraba a Isaac, preveía una etapa de estrecha colaboración entre su departamento y los principales



comisionados. Había sido el hombre del FBI quien, junto con la policía estatal y los agentes del centro, había ayudado a Isaac a barrer a los Guzmán del lago Sheldrake. El propio Newgate había dirigido el ataque contra la granja de Papá, y estuvo a punto de coger a Jerónimo. Isaac estaba en deuda con él. Permitió al agente federal poner su almohada junto al sillón del comisionado primero.

Pimloe fue el último en visitar a Isaac. Desde el día anterior era un policía desaliñado que dormía con los pantalones puestos. Se acercó al sillón del comisionado con cara de fastidio.

—No te preocupes, Isaac. Me pienso ir.

Isaac no quiso dejarle marchar. Le gustaba la idea de que un chico de Harvard le hiciera el trabajo sucio.

—Herbert, te voy a nombrar mi lugarteniente.

Isaac no deseaba el puesto de O’Roarke. No tenía la menor intención de arrasar los pasillos de la central. Pensaba delegar en Pimloe para que él espíase por las comisarías y convirtiese a los raterillos en soplones. Isaac estaba harto de politiqueros policiales. El Bronx le había curado de ambiciones convencionales. Si había aceptado la placa con puntas doradas de comisionado había sido porque constituía una excelente tapadera. El comisionado primero podía zamparse enterita la tienda de dulces de Papá. Isaac no podría reír, ni cagar sin el aceite de ricino, ni abrazar a una mujer hasta que los Guzmán se rindieran.

Un capitán del Servicio de Prisiones llegó trayendo consigo las felicitaciones de la oficina del inspector general. Se llamaba Brummel. Llevaba una pistola de pequeño calibre sobre el pecho.

—¿Qué ha sido de Ernesto Parra, el loco del pintalabios?

El capitán Brummel sacó una gigantesca libreta de hojas sueltas. Se lamió un dedo y empezó a pasar páginas, y extrajo una sección del libro gruesa como una hogaza de pan.

—Brummel, no te he pedido una enciclopedia de la prisión. ¿Dónde está el pirado?

—Se ahorcó hace cuatro meses —dijo el capitán Brummel, jugueteando con las anillas del libro.

—Y lo escondes en un metro de papel.

—Isaac, fue un error, nada más. Un administrativo traspapeló la ficha.

—Ya. Brummel, dale mis recuerdos al inspector general y sal de aquí perdiendo el culo.

Isaac no estaba disgustado. La muerte de Ernesto afianzaba su acusación contra Jerónimo. Ya podía la comisaría central entera gritarle «Isaac, estás acosando a El Bebé». La central se equivocaba. Isaac notaba en los huesos que Jerónimo era el loco. Dondequiera que fuese El Bebé de Papá, morían niños en los tejados. El pobre

Ernesto había sido una víctima de la pasión lujuriosa de El Vaquero por resolver crímenes misteriosos. El fabricante de muñecas apenas hablaba una palabra de inglés. Un equipo de homicidios le extrajo una confesión compuesta de guiños y asentimientos de cabeza. El Vaquero apareció en todas las cadenas locales mostrando las herramientas de Ernesto, un juego bastante mellado de cuchillos Exacto para hacer muñecas. Éstas son las armas homicidas, dijo El Vaquero. Mostró cómo podía emplearse un cuchillo Exacto para rajar a un chiquillo. Isaac estaba por aquel entonces en Boston Road, trabajando para los Guzmán, y no pudo interponerse entre el fabricante de muñecas y El Vaquero. Ernesto murió en las Tumbas.

El comisionado primero interino se escabulló de todos sus admiradores. Salió a pie de la central, sin escolta a su estela. Dos Chevrolets destartados le esperaban frente a Cortlandt Alley. No eran vehículos corrientes del parque móvil de la policía. Formaban parte de la flota personal del comisionado primero. Eran coches que iban y venían por toda la ciudad y que conservaban el mismo feo color verde durante todo el año. Fuese verano o invierno, nunca tenían oportunidad de estar bajo techo.

Isaac pensaba entrar en el Bronx. No llevó a su chófer consigo. Brodsky era cada vez más como una vieja esposa. Su presencia recordaba a Isaac los días en que era el azote de Manhattan. Los Guzmán habían mutilado la memoria de Isaac. Sólo soñaba con tiendas de dulces, chocolate blanco y la rizada cabeza de Jerónimo.

En el Chevrolet delantero se había sentado un teniente joven, con bigote. El teniente Scanlan se fijaba con atención implacable en todos los detalles. Recordaba las rutas de Jorge cuando cruzaba Boston Road, y la ropa que vestía Alejandro el viernes, y era capaz de ver el color de un batido a treinta metros de distancia. Ahora era el conductor de Isaac.

—Sube las ventanas, Scanlan. No quiero que la gente curioseee.

El Chevrolet estaba lo suficientemente sucio como para ocultar el rostro de Isaac. Con las ventanillas subidas, el aire se vició. La temperatura dentro del coche hizo lagrimear a Scanlan. El Chevrolet alcanzó los cincuenta grados. Perdido en una cegadora tormenta de calor, Scanlan conducía por intuición. «Madre de Dios», pensó para sí. A Isaac no le molestaba un coche sudoroso. Siempre le habían gustado los baños de vapor.

Los dos Chevrolets llegaron a Boston Road. No se alinearon con el resto de los coches de Isaac. El comisionado primero retiró sus otros coches de la carretera. No quiso que Scanlan se acercase a la tienda de dulces. Los Chevrolets se mantuvieron alejados. Isaac sesteó con gesto adusto.

Sabía que Jorge tendría que salir de la tienda. Boston Road había sido en otra época territorio exclusivo de Papá. Su imperio se reducía ahora a los confines de una tienda de dulces. Tenía que enviar a Jorge a la calle dos veces al día para demostrar que los Guzmán seguían vivos. A Jorge no lo amedrantarían unos cuantos detectives

en un coche. Era el hijo mediano de Papá. Cuando te agarraba, sus dedos funcionaban como los dientes de un cascanueces. Podría arrancar la mandíbula de la cabeza de un hombre. Pero Jorge era un Goliat amable. No asustaba a los tenderos, ni a los niños, ni a las ancianas. En el colmado español acariciaba a los gatos, incluso cuando le arañaban. A menos que el territorio de su padre estuviese amenazado, Jorge nunca haría daño.

Scanlan se sentía demasiado intimidado para atosigar al comisionado primero de Nueva York. Se reclinó en su asiento y murmuró unas cuantas palabras.

—El animal de Papá —dijo—. Jorge anda suelto.

El ceño fruncido de Isaac se relajó. Se despertó con una sonrisilla. Isaac había pasado seis meses metido en la tienda de dulces, oliendo a los Guzmán, mientras el pelo se le caía y una lombriz crecía en sus tripas. ¿Valía la pena perder las patillas a cambio de ver a los chicos de Papá en ropa interior? Isaac comió el chocolate de los Guzmán hasta que se le empezó a pudrir la cara, pero aprendió a distinguir a los muchachos, aprendió a reconocer sus flaquezas y sus costumbres. Alejandro jugueteaba en la cama con el pito. Jerónimo podía devorar enormes cantidades de chocolate blanco, pero una sola tableta de chocolate negro bastaba para amodorrarlo. Los pulgares de Topal eran suaves, femeninos. Jorge tenía las piernas delgaduchas.

Los Chevrolet enfilaron Boston Road. Siguieron a Jorge durante media manzana. El chico de Papá llevaba un croquis en la cabeza. Caminaba de farola en farola sin bajar nunca de la acera. Isaac no podía cazar a un Guzmán que se abrazaba a las farolas. Fulminó con la mirada a Scanlan.

—Parece que Jorge se queda a este lado de la calle.

—Cruzaré —dijo Scanlan, encogido en su asiento—. Siempre cruza en la sexta farola.

Isaac no dejaría que el deambular de Jorge se redujera a las coordenadas de unas farolas. Tenía la mirada fija en el pliegue de las rodillas de Jorge. Tendría que lisiarle, si no los Guzmán se parapetarían en la tienda alimentándose de chocolate. No se vengaba en las piernas de Jorge. Tenía que aprovechar sus debilidades. Jorge era inatacable de cintura para arriba. El pecho de los Guzmán podía hacer frente a todos los Chevrolet que le echaran.

Los enemigos de Isaac eran Papá y Zorro, no Jorge. Él había jugado con Jorge en la tienda, había hecho sombras chinescas en la pared con un dedo, un calcetín y una bobina de hilo. Jorge podría haberle hundido el cráneo, pero Jorge era siempre amable, y le acariciaba como a una muñeca grande, o a un hermanastro. Isaac hubiera preferido atacar a Alejandro, o a Topal, que no valían para nada. Pero Jorge era el único que podía conducirlo a Papá.

Jorge siguió la línea de la acera. Scanlan empezaba a dudar de sí mismo. ¿Debía pedirle permiso a Isaac para subirse al bordillo y perseguir a Jorge? Isaac le diría que

no. Cuando Scanlan se desesperaba por pillar a Jorge en la cuneta, bajó de la acera. Scanlan hizo una seña al segundo Chevrolet, que se situó frente a Jorge. Le tenían acorralado.

La mente de Jorge era ajena a cualquier pensamiento sobre coches verdes o parachoques. Pensaba en el cambio que llevaba en el bolsillo, monedas lechosas de cinco y diez centavos. Tenía que comprar nabos para sus hermanos. Papá se pondría furioso con Jorge si el tipo de la bodega le sisaba aunque fueran cinco centavos.

Scanlan se abalanzó sobre el chico. No era hora de vanagloriarse. Si chocaba contra el otro coche y Jorge no estaba entre los parachoques, Isaac le sacaría a patadas de la comisaría central y lo encerraría en un vallado para policías en excedencia. El Chevrolet lo estaba asfixiando. Con aquella temperatura no podía respirar. Scanlan había atropellado alguna vez a un perro, pero nunca a una persona. Intentó no fijarse en la espalda redondeada de Jorge. Apuntó a la matrícula trasera del segundo Chevrolet. Las ventanillas cerradas no bastaron para protegerle del ruido de huesos astillados. Era un sonido espantoso, mucho peor que el chirrido del metal. ¿Dónde estaba Jorge? Los dos Chevrolets se separaron y huyeron del barrio.

César Guzmán, el Zorro de Boston Road, entró en una cabina de teléfonos de la Octava Avenida. No estaba llamando por teléfono. Aquella cabina era su oficina en Manhattan. Los mercaderes de putas le dejaban notas bajo la puerta especificando el tipo de chicas que querían: rubias o morenas, con o sin lunares, pechugonas o sin pecho, de trece años o menos. En la cabina no había notas. Los mercaderes acudían ahora a otros en busca de mercancía. Habían echado a Zorro de la Autoridad Portuaria. Ya no podía poner la mano encima a niñas fugitivas. Sin embargo, conservaba todo su talento. Aún podía presentarse con una camisa verde loro y sonreír a las ventanillas de un autobús, llevando un ramo de flores. Pero por las terminales pululaban los hombres de Isaac. Zorro no podía acercarse a un autobús sin derretir antes una barra de cera marrón en sus mejillas. Y ninguna chica se fijaría en un chulo con la cara encerada.

No fue la muerte de su negocio lo que le produjo una punzada en el corazón. Salió dando tumbos de la cabina. Los viandantes pensaron que un sonámbulo circulaba por Times Square. Zorro se mordió la camisa para no aullar. El pinchazo no desaparecía. Algo le había pasado a alguno de sus hermanos. Su pecho no marcaría un ritmo tan intenso por algo menos serio. Los cordones umbilicales de los Guzmán abarcaban toda la isla de Manhattan.

El Zorro se quedó paralizado. Sus hermanos estaban en dos sitios: en la tienda de dulces y en el *shul* de Silver. Ni siquiera el Zorro de Boston Road podía trasladarse del centro a los barrios de una furiosa zancada. Zorro tuvo que escoger. Silver no permitiría que Isaac *el Mierda* le hiciese daño a Jerónimo, decidió mientras caminaba.

De modo que Zorro se dirigió hacia el norte con giros bruscos hacia el este, saltando de un taxi gitano a otro. Los detectives de ojos azules de Isaac habían puesto a los taxistas de Manhattan en guardia contra Zorro: se le buscaba por sodomizar niñas pequeñas.

A Zorro no le preocupaban los taxistas entrometidos. Cambiaba de taxi a medio camino, sin revelar su destino.

—Sigue recto, *hombre*<sup>[2]</sup>. Ya te diré yo dónde girar.

Era el único de los Guzmán que había acabado la primaria. Pero no llegó muy lejos en el séptimo curso. En el instituto Herman Ridder de Boston Road, todos los profesores le atosigaban. Le llenaron el cerebro de geografía irrelevante, que contradecía las nociones del mundo que había adquirido en la tienda de dulces.

Zorro sabía más sobre Cristóbal Colón que cualquiera de sus compañeros. Colón había nacido en el seno de una familia de usureros, ladrones y rateros marranos. La familia huyó de España y se refugió en Génova. Cuando contaba diez años, Colón empezó a chulear mujeres; luego fue convicto, asesino y fanático religioso. En la prisión de Génova sufrió una desquiciada conversión: creyó ser el Mesías, que llevaría a los marranos, a los convictos y a las desperdigadas tribus de Israel lejos de la corrupta Europa. Sus carceleros, amedrentados por sus arengas mesiánicas, le dejaron libre y desterraron de por vida de Génova.

Cristóbal se presentó ante el rey de Portugal. El rey no estaba interesado en convictos ni en judíos apóstatas. Los monarcas de España prestaron mayor atención a las maquinaciones de Colón. Les prometió grandes riquezas. Quería alcanzar el Este navegando hacia el Oeste, y hacer obsequio a Fernando e Isabel de las joyas de la India y de la isla de Cipango (Japón). Los reyes, viendo en esta empresa un modo provechoso de desembarazarse de los judíos, financiaron el viaje.

Cristóbal era un fraude a los ojos de Papá. A ningún marrano se le hubiera ocurrido jamás que el mundo no pudiese ser plano. Colón había falsificado los mapas, había navegado hacia levante y había recalado en las Bahamas con sus tres naves y una tripulación de convictos y proxenetas marranos.

Zorro recitó esa historia ante su clase en el instituto. Los chicos y chicas le escuchaban muertos de risa desde sus pupitres.

—Plano —insistió Zorro—. Boston Road no hace curva.

Le llamaron de todo: imbécil, depravado, macarra salido de un tenducho de dulces... Las niñas más listas fueron las que rieron con más fuerza. «Zorro Guzmán, los planetas son siempre esféricos». Todos le miraban como a un bicho raro cuando le ordenaron que se sentase. Dejó de ir a clase.

Zorro tenía un amigo en clase, Manfred Coen, un judío de ojos azules de Boston Road de su misma edad. Coen no se había reído. Un mundo plano le resultaba perfectamente tolerable. Las cosas redondas, como los globos y los huevos (el padre

de Coen tenía una huevería minúscula), no eran para él motivo de alegría. Coen y su familia pasaban los veranos en la granja de Papá. Más adelante, Coen decidió dibujar y se inscribió en el Instituto de Música y Arte. Perdió el contacto con Zorro. Se convirtió en policía, trabajó para Isaac *el Mierda*, que intentó aprovecharse de la antigua relación del muchacho con los Guzmán. Coen murió en un alocado duelo con uno de los pistoleros de Zorro. Zorro no quiso llorarle. A Coen le había jodido su jefe. El gran jefe había empujado al pistolero de Zorro contra Manfred Coen. Isaac era el asesino.

El Zorro se embadurnó la cara tras escabullirse del noveno taxi. Había gastado todo el marrón. Sus mejillas eran azules. Pero Zorro no hubiera necesitado pintarse para la flota de coches de Isaac. En Boston Road no había nadie. El Zorro entró en la tienda de dulces con el presagio de las calles desoladas royéndole el corazón.

La parte de delante de la tienda estaba desierta. Un poli, o cualquier otro ladrón, podría haberse largado con las máquinas de café de Papá. Los mocosos podrían haber manoseado las chucherías y robado trozos de *balvab*. El Zorro dejó escapar un gemido. Entró en el dormitorio de su padre mientras el sudor azul del lápiz goteaba de las orejas. Alejandro y Topal estaban escondidos en sus literas debajo de una panoplia de toallas, mantas y sábanas, como repechos de un monte. Papá estaba recostado contra la pared. No hizo seña reconocible alguna a Zorro, ni indicó nada con la cabeza. Jorge estaba tendido sobre el suelo de linóleo de Papá, con dos almohadas sanguinolentas sobre las piernas. Le acompañaba un equipo de hechiceros marranos, uruguayos con amuletos colgados del cuello, dientes de ajo y puños de mono muerto.

—¿Quién ha sido, Papá, Isaac o el FBI?

Papá siguió recostado en la pared: los pliegues de su espalda indicaban que estaba llorando, aunque Papá no hacía ruido. Zorro no quiso preguntar nada a los hechiceros. Se acercó a los camastros y destapó a Alejandro.

—¿Qué ha pasado, hermano?

Zorro llevaba treinta y ocho años escuchando los balbuceos de Alejandro (César cumpliría en octubre los treinta y nueve). No se desanimó. Extrajo palabras sueltas del galimatías de Alejandro. El diablo Isaac. Parachoques. Coches verdes. El Zorro se sentó junto a Jorge y echó un vistazo bajo las ensangrentadas almohadas.

—Jesús y Moisés —dijo y expulsó a los hechiceros de la tienda.

Zorro, Topal, Alejandro, Jorge y Jerónimo eran hermanos de padre, muchachos sin madre. A Papá una esposa permanente no le servía de nada. En Lima había sido un proxeneta y carterista itinerante. Sus hijos salieron de cinco úteros diferentes. Las «tías», mestizas y putas de mercado, criaban al niño durante seis meses y luego

desaparecían. Zorro era el más joven. Su «tía» debía de tener más seso que el resto. De ella, quienquiera que fuese, heredó cierta curiosidad y la capacidad de expresarse con frases coherentes. Él fue el único al que la tienda de dulces le quedó pequeña. Incluso en un mundo plano, el Zorro quería partir más allá de los confines de Boston Road. Y sabía que un diente de ajo atado a un cordel no curaría a su hermano. Jorge iba a morir si no le hacían un vendaje y una transfusión de sangre.

Pero Zorro tenía que poner en movimiento a su padre primero, y sacar a Alejandro y a Topal de la cama. El Zorro no lo dudó. No era persona a la que le gustase rumiar un problema mientras se rascaba las pelotas. Arrancó las toallas de sus hermanos.

—Topal, coge dos maletas. Empaca las cosas de invierno. No volveremos. Alejandro, ve a la compañía de taxis de Southern Boulevard. Llama a la ventana, pero no dejes que te arrastren al interior. Te robarían los zapatos. ¿Lo entiendes? Llama a la ventana y enséñales el puño. Ellos entenderán que queremos una limusina. Y hermano, no te detengas a por pastelitos. Habremos muerto antes de que vuelvas a casa.

Los Guzmán habían tenido un chófer, llamado Boris, pero Isaac lo había apartado de la circulación. Ahora tenían que hacer uso de un servicio portorriqueño de limusinas con chófer para sus desplazamientos. El Zorro y sus hermanos eran gente de ciudad: ninguno habría sido capaz de descifrar el manejo de un volante.

Zorro acarició el oído de su padre:

—Papá, si no me ayudas a trasladar a Jorge, Isaac vendrá a rematarle, y a nosotros también. No nos podemos quedar, Papá. Isaac se ha cargado la tienda.

Papá era consciente de los dedos sobre su oreja. No había perdido de vista a Zorro: conocía muy bien a sus hijos. Estaba pensando en Norteamérica y el Bronx. Los judíos allí eran salvajes. No había demonios como Isaac en Perú. Diez meses atrás, Papá era un ciudadano del Bronx, un hombre que tenía varias posesiones, una granja y varios huertos junto al lago Sheldrake, un cementerio sólo para marranos en Westchester, una correduría de apuestas y una tienda de dulces. Daba dinero y comida al orfanato, a las Hermanitas de la Caridad, a los curas de la iglesia hispana, a las viudas de los bomberos, a los gitanos, a los niños subnormales y a los pobres de Boston Road. Los capitanes de las comisarías del Bronx habían bebido leche malteada con Jerónimo. Divisiones enteras de detectives pasaban por Boston Road para probar el helado de Papá. El viento cambió en cuanto Isaac cayó sobre la tienda, suplicando caridad y un empleo. Los detectives ya no querían su helado. Los corredores de Isaac se mostraban distantes cuando Isaac estaba en la tienda. Papá maldijo su arrogancia peruana. Había planeado devorar a Isaac paso a paso, aprovechar su estancia en la tienda de dulces para comérselo. Mientras Papá le iba dando mordisquitos, Isaac empezó a engullir la tienda, la granja y a los chicos de

Papá.

Los dedos apretaban con más fuerza la oreja de Papá.

—Papá, despierta. Jorge se te está muriendo en nuestros brazos.

Papá se despegó de la pared. Con violenta energía arrancó la ropa de cama, ató toallas y sábanas con increíbles nudos judeocristianos y fabricó unas andas para Jorge. Fue un acto de desesperación y amor. Los marranos habían pasado sus vidas haciendo y deshaciendo equipajes mientras huían de hogar en hogar. Papá había pecado contra sus hijos al buscar el sedentarismo en el Bronx. América le había obnubilado y había hecho de él un terrateniente. Quizá se había equivocado con respecto a Isaac. Quizá el Señor Adonai le había enviado a aquella puta de policía para castigar a los marranos que criaban barriga en América. Tanto daba. Papá podía dejar atrás sus muebles y máquinas de leche malteada.

Hicieron falta tres Guzmán para cargar a Jorge en andas con toallas, sábanas y trapos de Papá. Lo sacaron de la tienda con las rodillas dobladas por el esfuerzo. Papá no se molestó en cerrar la tienda con llave; los buitres caerían sobre ella tan pronto desapareciesen los Guzmán. Abuelos, embarazadas y mocosos se colarían por la ventana, como una colonia de hormigas gigantes, y destriparían la tienda: desmontarían camas, paredes y enmaderados; la tienda perdería su historia en media hora. Las ratas saldrían de sus escondrijos y empezarían a roer trozos de *halvah*. Los tenderos de Boston Road se encogerían de hombros y dirían: «los chuloputas de los Guzmán se han largado a Buenos Aires con sus millones».

La limusina esperaba a Jorge. Alejandro se sentó junto al conductor, chupeteando un pastelito. Zorro no se irritó al ver la nata en la lengua de Alejandro. ¿Cómo podría abroncar a un hermano cuya memoria moría cada quince minutos? Los Guzmán depositaron a Jorge en el asiento trasero. A continuación, Zorro se encaró con Miguel, el conductor.

—*Hombre*<sup>[3]</sup> mi hermano tenía un cinturón, un reloj y unos gemelos cuando fue a veros. No ha estado bien desvestirle sin pedir permiso.

Miguel sonrió.

—Zorro, debes de haberte dejado a tu ejército por ahí, porque lo único que veo es sangre y un montón de mierda.

Zorro asió a Miguel de las solapas.

—Hombre, puedo comprar la esquila de tu funeral sin ejército.

Miguel abrió la guantera y buscó en ella las pertenencias de Alejandro.

—Zorro, le estaba tomando el pelo al muchacho. ¿Iba yo a robar algo a los Guzmán? Que la Madre de Dios me rompa las narices si miento. ¿Adónde os llevo, Zorro?

—Al asilo de los huérfanos.

—*Por Dios*<sup>[4]</sup>, ¿no irás a ingresar a la familia entera? No aceptan a chicos de más



de doce años, Zorro.

Zorro no soltó a Miguel.

—Deja de preguntar. A mí no tienes que contarme nada sobre huérfanos.

Miguel condujo a los Guzmán hasta Stebbins Avenue. Entraron en el orfanato por la puerta trasera, Jorge seguía tumbado. Zorro pagó a Miguel.

—Si alguien nos encuentra aquí, tú y tu compañía de taxis vais a acabar en el fondo del río Harlem. Eso para empezar. Tiraré a tu madre, a tu padre, a tu mujer y a la madre de tu mujer por la ventana. Y no creas que reposarán en una tumba. Desenterraré los cadáveres y haré que los perros les meen encima. Durante los próximos doscientos años pasarás vergüenza.

Miguel salió de allí guiñando incontrolablemente los ojos y dando gracias por no tener que transportar a más marranos. Los Guzmán entretanto tenían problemas en el asilo. Las celadoras se enfurecieron al ver que se permitía que un chico sangrara en sus pasillos. Calvarados, el jefe médico, se interpuso entre las celadoras y Zorro. Éste le cogió de la manga.

—Calvarados, creo que tenemos que hablar.

Entraron en el despacho del médico. Resguardado tras una puerta, sin celadoras ni hermanos, Zorro mostró su crispación.

—Calvarados, los Guzmán han pagado las facturas de tus huérfanos. Mi padre ha sido generoso contigo. Sabemos mucho sobre huérfanos, ¿estamos? Mi familia no ha podido permitirse una madre. Así que nos merecemos tu caridad. Mi hermano Jorge va a desangrarse si nos rechazas.

—Señor, no somos un hospital, somos un hogar para niños.

—De acuerdo. Pero tú eres médico, y tienes un pequeño dispensario, suficiente para curar las heridas de mi hermano.

—Se lo ruego, llévenlo a Jacobi, o al Bronx-Lebanon. Aquí no tenemos banco de sangre.

—Calvarados, si hubiera querido ir al Bronx-Lebanon, ¿estaría yo ahora en un cuchitril de Stebbins Avenue? Los hospitales se llevan bien con la policía, y ha sido la policía la que ha jodido a mi hermano. ¿Verdad que tengo una familia detrás de esa puerta? Nosotros daremos toda la sangre que haga falta.

—Eso es imposible —dijo el médico—. No puedo cerrar parte del hogar para acomodar a los Guzmán. Los niños sospecharán.

—Calvarados, no me estás escuchando. Eres el único médico en el que podemos confiar. Es muy sencillo. Mi hermano está en tus manos. Así que no puedes decepcionarnos. En los velatorios somos terribles. De la pena que sentimos acabamos mascando cabezas. Empezamos incendios. Nunca le haríamos daño a un huérfano, ni yo ni mi padre. Pero del personal ya no estoy tan seguro. A Alejandro le gusta hervir a las señoras gordas. Topal es de los que chupan dedos. Y gracias a Dios que

Jerónimo no está aquí. Ése siempre saca al menos un ojo y varios dientes.

Calvarados se rindió al Zorro.

—Escóndenlos durante tres días —dijo Zorro—. Luego quedarás libre de los Guzmán. Te lo juro por la vida de Jorge, doctor, tengo un sitio a donde ir.

Patrick Silver estaba en el santuario con Jerónimo, Hughie el rabino y los ancianos de la sinagoga, rezando un *kaddish* por el comisionado O’Roarke. Había asistido al velatorio de Ned y había llevado consigo a Jerónimo, pero los enterradores irlandeses fueron groseros con Jerónimo y no dejaron a Patrick comprar indulgencias para Ned ni arrodillarse frente al ataúd. Los antiguos hermanos de Patrick, detectives de la sociedad Shillelagh, fingieron no verle durante el velatorio y se escabulleron hacia el *pub* irlandés más próximo sin invitarle.

Por eso, Patrick llevó consigo la cerveza negra de vuelta al *shul* y cantó el *kaddish* de quienes guardan luto, mientras Jerónimo se enfurruñaba envuelto en el manto de plegarias. El Bebé llevaba callado desde mediados de la semana. Ya no gimoteaba. Tampoco quería comer dulces, blancos u oscuros. A Patrick le hubiera gustado llevarle corriendo a la tienda, junto con sus hermanos, pero Papá había prohibido a Jerónimo pasear por Boston Road.

El Bebé empezó a gemir cuando el *kaddish* se acercaba a su fin. No quería cerrar la boca. El manto azotaba los costados de su cara. ¿Llamaba quizá a Silver para que se acercase a la ventana? Silver se asomó a una rendija del cristal.

—Dios nos asista —masculló al ver una destartada ambulancia frente al *shul*.

Silver se apartó de la peana de las plegarias.

—Disculpadme, por favor.

Besó las borlas de su manto y bajó las escaleras. La ambulancia debía de proceder de un orfanato del Bronx. Las palabras STEBBS NS AV NUE ORPHAN podían leerse en los costados. Al alejarse dejó delante de las escaleras de la congregación de Limerick a cinco Guzmán y una camilla plegable de hospital. Jorge estaba debajo de las sábanas, la tez de un tono entre blanco y azul. Cuando le sonrió a Patrick Silver, sus mejillas se revelaron delgadas como pañuelos de papel. Tenía costras de sangre seca en la boca, y el pelo pegado al cráneo.

—¿Te vas a quedar ahí mirándonos, irlandés? —dijo Zorro—. Jorge ha tenido un accidente. Se cruzó con Isaac. Ya me entiendes. En tu iglesia cabrán unos pocos huéspedes más aparte de Jerónimo, ¿verdad? No caemos bien en los hoteles del centro, irlandés.

Patrick no había conseguido nunca que Zorro se colocase en línea recta frente a él. Zorro hablaba y se movía siempre en zigzag.

—Entrad, por amor de Dios. Podéis quedaros en la sala de invierno.

Zorro y sus hermanos subieron con la camilla los peldaños irregulares de la escalera. Patrick se olvidó de decirle a Zorro que la sala de invierno era el asilo oficioso de los pobres de la congregación de Limerick, el lugar al que los mendigos acudían en busca de comida y almohadas. Pero estaban a quince de agosto, y no había mendigos en los alrededores (preferían dormir en los umbrales hasta llegado diciembre).

Papá fue el último en entrar en el *shul*. La pérdida de su territorio había empezado a zumbarle tras las orejas. Ahora estaba dando tumbos por América. La sinagoga le asustaba. Papá no había estado nunca en un *shul*. Durante quinientos años, los Guzmán de Portugal, España, Holanda, Lima y el Bronx habían esquivado la casa de Dios y habían preferido desparramar sus vidas en esquinas y habitaciones lóbregas. Rezaban en casa, o al fondo de la iglesia local, para confundir a los católicos y postrarse ante su Señor Adonai. Ni siquiera la Inquisición, ya muerta, hubiera podido empujarles al *shul*. No sabían cómo rezar entre judíos. Recitaban el padrenuestro y rogaban el perdón de Adonai.

Jerónimo había salido de la capilla para ir al encuentro de su padre y hermanos en la sala de invierno. Parpadeó al ver a Jorge en su lecho de hospital y empezó a sollozar. Ni Patrick, ni Topal, Alejandro o Papá pudieron consolarle. Se encogió junto al camastro y lloró por el rostro cerúleo de Jorge. Sólo Zorro sabía cómo enseñarle a no llorar tan alto.

—Jerónimo, Jorge se pondrá bien. Tú y el irlandés le daréis sopa. Pero no es muy fuerte. Si lloras, se le caerá todo el pelo.

Jerónimo recuperó su gimoteo habitual. Zorro abrazó a su padre y a sus hermanos y abandonó la sala de invierno.

—¿Adónde vas? —preguntó Patrick.

—Irlandés, la policía me busca. Podrían entrar en tu iglesia con una orden judicial. ¿Por qué darles una segunda oportunidad de cargarse a Jorge? No es muy inteligente que tantos Guzmán estén bajo un mismo techo. Cuida de mis hermanos, irlandés. Adiós.

Y Zorro bajó corriendo las escaleras.

## SEGUNDA PARTE

Odile Leonhardy estaba sentada en el salón eduardiano del Hotel Plaza leyendo el menú del desayuno envuelta en un vestido de crep sin bolsillos ni mangas. Compartía una mesa de lujo en la terraza con el productor de cine Wiatt Stone. El menú la dejó sin aliento. En el Plaza no escalfaban un huevo por menos de dos dólares. A medida que se acercaba su vigésimo cumpleaños, Odile se volvía más mezquina. Comía frutos secos en su habitación, o bien se aprovechaba de Herbert Pimloe para satisfacer su apetito de patatas fritas.

Llevaba tres meses viviendo en el Plaza, a la espera de que la gente del cine de verdad la descubriese. Debía de haber escogido el hotel equivocado. Wiatt era el único productor al que había conocido en el vestíbulo. Y las producciones que tenía en mente no parecían distanciarse mucho de su antigua carrera como Odette, la reina infantil del porno. Wiatt le acarició la pierna bajo la mesa de la terraza y le ofreció el papel de Abisag, la sierva casi niña del rey David, en una superproducción que pensaba llevar a cabo sobre Jerusalén, la Ciudad de Dios. Como tal, Odile tendría que pasarse la película acariciando la entrepierna de un rey moribundo.

—Soy demasiado mayor para el papel —dijo ella, al tiempo que se servía de la servilleta para apartar la mano de Wiatt de su rodilla.

Wiatt no se amilanó. Tenía a Odile acorralada. Podía seguir tentándola con pomelos, cruasanes, o cualquiera de sus pulgares.

—Encanto, está clarísimo. Te quiero a ti para *La ciudad de Dios*. Abisag no siempre tiene doce años. Al acabar la película es una distinguida señora en el lecho del rey Salomón.

Odile paseó la mirada por las vigas del techo del salón, por los candelabros, el empapelado rosado de las paredes, las exquisitas tazas de té, los huevos escalfados y el entramado de las sillas, y se excusó ante Wiatt.

—Perdona, tengo que hacer pis.

Salió por una de las esquinas mascullando maldiciones. Con los peces gordos del porno, como su tío Vander, una chica sabía al menos cuál era su sitio. Vander no te apabullaba con pomelos de tres dólares. Echaba un vistazo a tus pezones bajo el crep de China y te decía «sí» o «no». No había palabrería sobre Abisag y grandes superproducciones religiosas. No, él decía: «Odile, quiero que se la chupes a un rey viejo».

Salió de la terraza, pasó junto al enorme cuenco de fresas junto a la mesita de reservas y abandonó el salón eduardiano. Hombres y mujeres se atragantaban al ver su vestido de crep. El ascensorista intentó sobarla. Odile tuvo que recordarle quién era ella con un golpe de caderas.

—Niño, no soy tu arbolito. Ve a apoyarte en las tetas de otra, anda.

Estaba en el vestíbulo con las maletas hechas antes de que Wiatt hubiese acabado su segunda taza de té. Vio que Pimloe entraba en el hotel. A Pimloe le costó reconocerla con aquella ropa. Odile tuvo que agitar el crep ante sus ojos.

—¿Qué pasa, Herbert, acabas de salir de un funeral?

—Isaac *el Grande* me ha claveteado la cabeza. Odile, vamos a tener que pasar sin patatas fritas una temporada. Tengo la tripa fuera de servicio. ¿Podemos vernos en el parque?

—Hoy no. Hazme un favor, Herbert. Ve a donde están desayunando. Pregunta por Wiatt, el productor de cine. Dile que Abisag se va a casa.

Cuando se decidió por el Plaza, Odile no había quemado sus naves. Tenía un apartamento en Jane Street. Era un pisito de muñecas, una habitación y media en la que podía recibir a todo tipo de hombres, policías como Pimloe y los clientes que le buscaba Zorro. Era la chica de Zorro, pero ¿quién podía confiar en él? Espaciaba sus visitas de acuerdo con el calendario que llevaba en la cabeza y se acostaba con ella algunos lunes del año. Ella no entendía su predilección por los lunes, ni el modo en que era capaz de abrir y cerrar su pasión como un puño.

Pero Zorro no le preocupaba. Zorro la localizaría en Jane Street algún lunes, cuando la necesidad le apremiase lo suficiente. Los Guzmán tenían sus virtudes. Con Zorro de protector, Odile estaba a salvo de ladrones e intrusos. Todas las ratas de Manhattan y el Bronx tenían suficiente respeto a Zorro y sus hermanos. Si alguien chuleaba en su territorio o molestaba a una de sus chicas, era fácil que perdiese el cuello a manos del hermano Jorge.

Odile llegó a Jane Street en taxi. No llevaba suelto, de modo que apuntó su nombre y la suma de dos setenta y cinco en un papel y se lo entregó al conductor con un abrazo. El taxista se negó a cargar con su equipaje por las escaleras. Odile tuvo entonces que hacer tres viajes, maldiciendo la descortesía de Nueva York.

El estado de su apartamento le desconcertó. Sobre la alfombra había un cuenco lleno de migas y en el fregadero, pieles de plátano. Los espejos estaban cubiertos con toallas. Entró en su diminuto dormitorio. Zorro dormía.

—Zorro —dijo Odile, al tiempo que apartaba de un manotazo las toallas de los espejos—. Zorro.

Arrancó las sábanas color lavanda que cubrían sus pies. Él no se despertaba.

—Te cueles en el apartamento de una chica en cuanto se va al centro. Guzmán, te estás aprovechando de mí.

Zorro movió un dedo del pie. La cabeza asomó entre las sábanas. Zorro no quiso mirar a Odile. Los espejos destapados le resultaban deprimentes. Masculló algo acerca de mal de ojo, Perú y las propiedades del cristal.

Odile se compadeció de él. Cubrió todos los espejos.

—Más vale que te largues de aquí, Guzmán. Al poli ese, Pimloe, le gusta

seguirme. Seguro que te acuerdas de Herbert. El aprendiz de Isaac. Podría estar abajo.

Pensaba que Zorro saltaría de la cama. Él se hurgó las uñas de los pies.

—No pienso moverme por Pimloe. Se lo devolveré a Isaac con una cereza en la boca.

Le explicó a Odile lo que había pasado con Jorge, Papá y la tienda de dulces.

—¿Dónde has metido a tu familia, Zorro?

—En la iglesia, con el irlandés grande.

—¿Les has dejado con Patrick Silver? Dios, ese atontado se presentó en el Plaza sin zapatos.

Zorro había terminado de parlotear con Odile. La asió de los pantalones de crep y la tiró sobre las sábanas. Le quitó a tirones la ropa del desayuno, como si fueran prendas de leproso. El Zorro despreciaba el tacto del crep. Le volvían loco las chicas con pantalones. No permitió que Odile se escondiera en ninguna de sus cáscaras decorativas. Arrodillado, lamía su cuerpo con la lengua salada de los marranos.

Odile no se sentía incómoda sin su ropa. Le gustaban las libertades que se tomaba Zorro. No era como Wiatt Stone y su meñique debajo de la mesa. No tenía que ser la Abisag de Zorro. Prefería tener a Zorro en la cama que acostarse con un viejo rey.

Dos días de Zorro espesaron el cerebro de Odile. No era chica que pudiese sobrevivir mucho tiempo sin echarse un vistazo en el espejo. Mientras Zorro estuviese cerca no podía ponerse nada. Ni bragas ni pulseras en los tobillos. Zorro se negaba a seguir un horario razonable de comidas. A Odile no le quedó más remedio que masticar plátanos y quedarse en la cama.

Zorro parecía experimentar una lenta recuperación. La lamió una vez y no quiso volver a acercarse a ella. Los Guzmán se comportaban como pequeños rabinos. Se echaban encima de una chica, se retorcían de placer y caían dormidos con una expresión beatífica en sus rostros. Odile se los había tirado a todos en diferentes épocas del año. Le gustaba el sonido de sus orgasmos; era el mismo gemido melancólico. Sus otros amiguitos no se corrían así: ruidosos o quedos, no conmovían a Odile. Sólo otro chico, un poli llamado Manfred Coen, había hecho que Odile mordiera la almohada. Y Coen estaba muerto.

Tenía que alejarse de Zorro un ratito, respirar aire que no estuviese perfumado con plátanos. Quería encontrar un espejo en la calle y buscar a fondo arrugas y lunares. Lo de Odile no era vanidad; era el sentido comercial de una chica que pensaba vender su cara en las películas, y quería ser consciente de cada lunar.

Odile se escabulló mientras Zorro echaba una cabezada. No tuvo la paciencia de ponerse ropa interior. Se ató una falda a la cintura y se echó a la calle. Podía tener todos los espejos del mundo, si tenía el ánimo de curiosear por las tiendas de antigüedades de Hudson Street. Pero Odile era una chica descorazonada. Adoraba a

Merle Oberon, a Mary Astor, a Alice Faye, mujeres de verdadero talento, de frentes generosas y ojos enternecedores, pero todos querían que fuese Odette, la reina del porno, un palillo con tetas perfectas.

Mientras bajaba por Jane Street, de camino hacia Abingdon Square, vio a Jerónimo y al grandón irlandés en el parque. El Bebé gimoteó al verla. «Leohoody» (le gustaba llamarla por su apellido). El irlandés no fue tan comunicativo. Tenía un pelo precioso, entre gris y blanco. De sus pantalones asomaban varios botellines negros. A Odile le encandilaba su magnífica nariz irlandesa. Lejos del Plaza, Silver era apuesto.

—¿Qué llevas en los bolsillos? —preguntó ella.

—Cerveza negra.

—¿Negra? —dijo ella—. ¿Cómo que negra?

Silver apretó los dientes y le tendió una botella de Guinness para que la probase.

—¿Es dulce? —preguntó ella.

—No, es cerveza negra.

—Gracias —dijo ella, y volvió a poner la botella en los pantalones de Silver—, no me gustan las bebidas amargas.

Silver empezó a tambalearse en su camiseta de fútbol.

—Es una lástima —dijo—. Así nunca nos llevaremos bien, nosotros dos. Eso de que no le guste la Guinness. Tiene más vitaminas que la leche.

—¿Por qué llevas ese trapo de camiseta?

—No es un trapo —dijo—. Antes era negra y roja.

Le enseñó el cráneo y las dos tibias que apenas sobrevivían desvaídas en la pechera de la camisa.

—Son los colores de la universidad de Cork.

Odile observó ceñuda los rebordes oscuros de las tibias.

—Eres demasiado viejo para ir a la universidad, Patrick Silver.

—No ha entendido lo que quería decir, señorita. Lo que pasa es que podría haber sido mi universidad, ¿sabe?, si alguien no hubiese expulsado a mi padre de Irlanda.

Ella no podía seguir sus descabelladas historias. ¿Cómo se llega desde Irlanda hasta Abingdon Square? Pero le habría gustado descubrir qué había debajo de la camisa de Patrick. ¿Tendría el irlandés pelo cano en el pecho? Estuvo tentada de llevárselo a casa, a Jane Street, pero Zorro estaba dormido en su cama. No podía desvestir a Patrick en la sinagoga. Los Guzmán la habían tomado al asalto.

—¿Qué tal está Papá? —dijo.

—Vivo. Está aprendiendo a rezar con nosotros.

—Dile que Odile vuelve a vivir en Jane Street. Puede visitarme cuando se vea con ganas. Con los chicos, o solo. A mí me da igual.

—¿Algún otro mensaje?



—Sí. Creo que hay policías que nos observan desde los dos extremos del parque.

—Ya lo sé. Son chicos de Isaac. No hay de qué preocuparse. Comen bollitos y miran mucho. No le harán nada.

Odile besó a Jerónimo y dijo adiós con la mano al irlandés. Si Zorro se despertaba y no la veía en casa, se subiría por las paredes, convencido de que Odile lo había dejado a merced del mal de ojo de los espejos. Pasó corriendo junto al detective rubio apostado en la salida del parque. Éste sonrió al ver la mínima raja del vestido, las mejillas empapuzadas de dulce.

—Odile, niña, —dijo—. Tío Isaac te hará un montón de regalos si le llevas hasta ese Zorro estúpido.

¡Dios! Isaac tenía una mandíbula abierta en cada manzana. Ni los perros podían mear contra las farolas sin que algún comisionado se enterase. Corrió a Jane Street para poner a Zorro en guardia contra los detectives rubios y sus bollitos. Al llegar a casa se encontró la cama vacía. Zorro se había ido. Quizá hubiese salido a por plátanos. Dijo para sí: «mierda, mierda, ¡mierda!». Podría haberse quedado tomando el sol en Abingdon Square, y también coqueteado con el guardián irlandés de Jerónimo.

Los chicos de Isaac se trasladaron de Boston Road a Bethune Street. A los dos días de llegar los Guzmán, los Chevrolets verdes patrullaban delante de la sinagoga irlandesa. Jerónimo podía ver sus anchos alerones a través de las numerosas rendijas de las ventanas de la capilla. Isaac aparcó su infantería a la puerta misma del *shul*. Uno podía encontrar detectives a pie desde Washington Street hasta Abingdon Square. El nuevo comisionado tenía a Silver y a toda su gente en una caja de zapatos. Si quería, Isaac podía asfixiarlos, o dejarles unos pocos centímetros de tranquilidad.

Patrick no estaba dispuesto a rendirse ante unos ojos azules y una flota de Chevrolets. No le hacía falta adentrarse en las cloacas en busca de judíos al azar. Podía organizar sus *minyans* dentro del *shul*. Patrick tenía cuatro nuevas cabezas con las que jugar: las de Topal, Alejandro, Papá y Jorge. Pero no fue brusco. Atrajo a tres Guzmán hasta el santuario, aunque no invadió la cama de Jorge. Buscó una *yarmulke* para el hijo mediano de Papá y la colocó en el estrado de las lecturas, después de que Hughie el rabino sentenciase que un enfermo que se encontrase dentro del *shul* no estaba obligado a estar presente físicamente en los servicios religiosos; podía estar presente en espíritu por medio de un casquete u otro artículo de fe, según dictaba la Tora que Hughie tenía grabada entre ceja y ceja.

Papá se sentía incómodo en la capilla. Musitaba sus cánticos en portugués, temeroso de que el Señor Adonai se ofendiese si un apóstata recitaba sus plegarias en hebreo. Se cubría con un enorme pañolón de lino, como los ancianos del *shul*. Convenció a Topal de que no sacudiese los hombros hasta que se hubiera extraído la Tora del armarito de la pared, y le prohibió a Alejandro llenar de migas de *halvah* las escaleras que rodeaban la peana de las plegarias. Pero censurar a sus hijos no conseguía aliviar sus pesares. ¿Cómo iba a olvidar los Chevrolets? Al oír el ruido de sus motores se echaba el manto sobre la cabeza hasta que le cubría por completo y se retiraba a la única arca que un marrano podía construir para sí mismo: el aire muerto delante de su nariz.

Patrick vio a Papá envuelto en su sudario y quiso consolarle con un susurro al término de la plegaria:

—Moses, estate tranquilo. Me trae al paio que Isaac sea el rey de las aceras. No puede entrar por la ventana con su Chevrolet. Estate tranquilo.

Pero no podía tener a Papá cogidito de la mano durante el servicio matutino. Patrick era el guardián de las escrituras. Los ancianos le habían otorgado el honor de tapar y destapar la Tora. Ese oficio, el más sagrado en la sinagoga, recayó sobre Patrick en memoria de su padre.

De no haber sido por Murray Silver, el fallecido vicario de Bethune Street, la congregación de Limerick no habría existido nunca. El destartalado arconcillo que

contenía las escrituras era el arca de Murray. En otro tiempo había estado en el *shul* de King's Island, en el condado de Limerick. Tallado en Bagdad (Patrick lo supo a través de su padre), el arca había viajado de Irán a Turquía, de Turquía a España y de España a Irlanda en el transcurso de setecientos años. Nadie osaba poner en duda el pedigrí del arconcillo de Bagdad. Era el receptáculo más sagrado de toda Irlanda para los judíos de Wolfe Tone Street. Cuando la enloquecida gente de Limerick expulsó hasta al último judío, Murray no permitió que el arca se pudriese en King's Island. La llevó consigo a Dublín en un carro, cargó con ella mientras cruzaba el mar de Irlanda y se sentó con ella en el vapor desde Liverpool a Nueva York.

Tantos viajes habían desvencijado las esquinas del arcón; llegó a América con una pata de menos. Murray no se preocupó. Pasó por inmigración con el arca coja a cuestas y, con la ayuda de una sociedad de ayuda a los judíos desposeídos, se trasladó a una pensión. En la sociedad conoció a un puñado de sus antiguos cofeligreses, los llevó a la pensión, y juntos celebraron la supervivencia del arca de Bagdad y empezaron a hacer planes para crear una sinagoga que acogiese al arca de Murray.

Aquel arconcillo antiquísimo, cubierto con una andrajosa cortinilla irlandesa (diseñada por los tejedores judíos de Limerick, y que perdía pelo) tenía atemorizados a los Guzmán. Papá y sus muchachos estaban convencidos de que el Señor Adonai habitaba el arcón de Bagdad. Cada vez que Patrick levantaba la cortinilla, esperaban ver salir humo. Cuando el gigantón irlandés les presentaba la Tora sentían escalofríos. Había que besar la Tora. Apenas si rozaban la tela con los labios muy apretados. El terciopelo les quemaba la boca. Cerraban los ojos en cuanto Patrick destapaba la Tora. No soportaban ver un pergamino desnudo. La lengua sanguinolenta de Adonai podía azotarles desde la maraña de letras hebreas.

Excepto por las visitas a la capilla, Papá se negaba a salir de la sala de invierno. Se sentaba con Jorge y retorció trozos de cordel jugando contra sí mismo un desquiciado juego de cunita. Las figuras aparecían y desaparecían entre sus dedos a una velocidad pasmosa. Papá no tenía otras ocupaciones.

De vez en cuando, Zorro enviaba médicos al *shul*. Eran siempre jóvenes avejentados vestidos con batas de hospital: internos, enfermeros y camilleros que Zorro había conseguido sobornar para que dejaran las salas de emergencia de cualquiera de los barrios cubanos del Bronx. Los médicos de Zorro eran los únicos capaces de apartar a Papá de sus juegos de cuna. Se acurrucaban junto a Jorge, recortaban sus vendajes con una mugrienta tijera de hospital y se reunían en conciliábulo en un rincón de la sala de invierno. Su parloteo no tenía pies ni cabeza para Papá. Hablaban de rótulas de plata, de fluido espinal, de dosis robadas de sangre. Estaban deseosos de convertir la planta baja de la sinagoga en una sala de operaciones. Junto a la cama de Jorge empezaron a acumularse las mascarillas y los escalpelos.

A Papá le llevó unas cuantas semanas descubrir que aquellos hombres eran unos fanfarrones, idiotas embutidos en batas de hospital. Eran capaces de asesinar a Jorge con sus bisturíes. Él no quería rótulas de plata para su hijo. Expulsó a los médicos de Zorro de la sinagoga. Al pie de las escaleras mascullaron el nombre de Zorro.

—A Zorro no le va a gustar esto. Nos pagó para que cuidásemos a su hermano. ¿Qué sabes tú de medicina, viejo?

Papá llamó a sus hechiceros marranos. Tenían caras mucho más amables que las de los avejentados jovenzuelos. Ellos sí sabían cómo llorar por un chico lisiado. Y eran profesionales capaces. Estaban siempre junto a la cama, echando vaharadas de ajo sobre las heridas de Jorge. Papá no tenía queja alguna respecto a las curas que mencionaban en sus cánticos. Prometían resurrecciones variopintas: nieve en Jerusalén, tobillos y rodillas sanos, camas de hospital que desaparecían en las paredes, y el regreso de todos los marranos a una España árabe. Papá lloró al oír las noticias. Empezaba a recuperarse del embotamiento causado por treinta años de dirigir el cotarro en el Bronx. Estados Unidos no era un país para él. Los marranos no podían sobrevivir entre cristianos y judíos. Pero la España que buscaban había muerto cuatrocientos años atrás, cuando los moros se fueron de Granada.

Patrick tenía que dar de comer a los Guzmán y sus hechiceros, que eran gente muy remilgada. Los marranos comen con las manos, le indicaron, despreciando las cucharas de Patrick. No quisieron tocar sus bocadillos ni sus sopas. Patrick tuvo que ir corriendo a un restaurante cubano-chino cercano al hotel Chelsea para buscar cerdo y frijoles en grandes cantidades. Cuidar de los Guzmán podía agotar a cualquiera. Patrick se escapaba a Reyes de Munster en cuanto tenía un rato libre en el *shul*. Echaba grandes tragos de Guinness y volvía a la sala de invierno borracho como una cuba y cantando canciones picantes (acerca de la bruja de Limerick y del tráfico debajo del Ballsbridge) que nadie entendía.

Papá era incapaz de retener en la cabeza la geografía de Irlanda. Bastante trabajo le costaba recordar los dos extremos de Bethune Street. Incluso Boston Road empezaba a desaparecer. De un parpadeo era capaz de olvidar toda una generación de moras, leches malteadas y *halvah*. La capilla seguía siendo un lugar aterrador. Tenía una silla para Elías y un arcón para Adonai. Por esa razón, Papá estableció su cosmos en la sala de invierno. Allí podía tropezar con las paredes con relativa tranquilidad. Allí podía apremiar a los hechiceros para que le iluminaran con profecías más claras. Podía limpiarle la cara a Jorge con un trapo. Podía observar la desazón de Patrick y oír los gruñidos de sus hijos. Papá no era ciego: Topal tenía un ladrillo en los pantalones. ¿Qué se puede hacer con un chico que mantiene una erección dieciséis horas seguidas? Papá le rogó a Patrick que llevase una prostituta a la casa.

—Ayúdame, irlandés. Va a romper los pantalones... Topal está en peligro. Se le puede romper la polla.

—Moses, lo siento por el chico, pero no se pueden meter putas en un *shul*.

—¿Qué hay de la mujer de Zorro? —dijo Papá con su voz más melosa.

—¿Quién es?

—La *goya* jovencita, Odile.

—Puede venir si quiere —dijo Patrick—, pero no para fornicar. Ésa es la ley.

Papá se estaba exasperando.

—No sabía que estábamos en un monasterio, irlandés. Mis chicos tienen pollas, a Dios gracias. Llévalos junto a la *goya*, de uno en uno. Irlandés, confío en ti. No dejes que se encuentren con los parachoques de Isaac. Tengo un hijo sin piernas. Es suficiente.

—No te preocupes, Moses. Las calles aquí son estrechas. Puedo esquivar un Chevrolet.

Patrick inauguró el trayecto de la sinagoga a Jane Street. Topal era el más necesitado. Por eso fue el primero en acompañar a Patrick.

—Cógete de su mano —le gritó Papá desde las escaleras—. Irlandés, no dejes que tropiece. Podría quedarse sin rodillas.

Salieron del *shul* cogiditos de la mano. Los detectives croaban desde sus coches verdes.

—Patrick, ¿por qué no nos das a ese bebé? Nos gustan los Guzmán. Le daremos lametones en los ojos.

—Largaos —masculló Patrick—, antes de que me cague en el parabrisas.

Y arrastró a Topal lejos de los coches. No pudo entrar en casa de Odile. Tuvo que llamar al interfono desde la calle.

—Señorita Leonhardy, abra. Le traigo a un chico, Topal Guzmán. Y los saludos de Papá.

Odile le esperaba en la puerta con un batín de fiesta. Patrick se quedó clavado en sus calcetines negros. La pequeña *goya* mostraba suficiente piel para reblandecerle el cerebro a cualquier irlandés. Se estaba convirtiendo en un puto malporrero que le llevaba chicos Guzmán a Odile.

—¿Prefiere que me quede en el pasillo hasta que haya terminado?

—No —dijo ella—. Entra.

Había estado antes en apartamentos de putas, pero en ninguno había visto mantelitos de ganchillo, ni una freidora de gofres. La cama era diminuta. Patrick habría tenido que cortarse los tobillos para caber en ella. La pequeña *goya* de Papá era una zorrilla extraña. Desvistió a Topal con tirones afectuosos. ¿De veras estaba casada con Zorro? ¿O era que los Guzmán tenían una opción preferente sobre ella? Patrick no alcanzaba a comprender las expansiones y contracciones del imperio de Moses. Él era sólo el brazo fuerte de la familia, y el cuidador de tres de los hijos de Papá. Topal tenía el pecho rizado. Su polla se recortaba contra la tripa, pero era difícil

ver su escroto. Los Guzmann tenían un cuidado exquisito con sus pelotas. Siempre las tenían bien resguardadas de forma que ningún enemigo, hombre o mujer, pudiese llegar hasta ellas.

Patrick sintió que las encías se le encogían cuando Odile se quitó la bata. No podía creerse la firmeza con que sus nalgas se aferraban al arranque de los muslos. «Dios nos proteja», pensó, «la *goya* no tiene ni un gramo de carnes caídas». Tampoco se sentía cohibida por la presencia de Patrick Silver. Humedeció la polla de Topal con un poco de saliva y se montó en el chico. Patrick se retiró a la cocina.

Oyó un sonido parecido al gruñido de un perro malhumorado. Después nada. El silencio le molestó más que el gruñido. Patrick era un hombre religioso, casi un vicario del *shul* de su padre, y desde luego no era un mirón. Pero ¿qué podía estar haciendo Odile con el muchacho? Se asomó desde la cocina. Topal se había dormido sobre un almohadón (ya tenía todo el placer de un mes). Odile no le había estafado: había en su cara un rubor profundamente angélico. La pequeña *goya* estaba sentada en la cama, sin interrumpir el sueño de Topal. Había vuelto a ponerse el batín.

La seda de sus piernas hundió a Patrick en la melancolía. Era un irlandés que cargaba con la Tora en brazos. ¿Podía acercarse a la pequeña *goya*? ¿Ofrecerle dinero? Había sido un hipócrita al sermonear a Papá sobre el pecado que constituía fornicar en un *shul*. Con gusto habría escondido a Odile en el arcón sagrado de su padre, para quedarse con ella tras las plegarias. Estaba dispuesto a tirar a Hughie por la ventana si el rabino ponía en tela de juicio sus derechos sobre la chica. Y pensaba arrancarle la cara a mordiscos a cualquiera de los ancianos que intentase interponerse. Patrick tendría su concubina o cerraría el *shul*.

La locura de su deseo empezó a darle miedo.

—Jesús —dijo—, me voy a casa.

Odile entró en la cocina. No coqueteó. No aflojó la bata. No metió la mano en el bolsillo de Silver. Él, san Patricio del *shul* de Bethune Street, se mostró arisco con ella.

—Explícame cómo te convertiste en la mujer de Zorro.

—¿Quién dice que estoy casada?

—Papá lo dice. ¿Es un cuento de los Guzmann?

—No. Pero fue una boda amañada. Tuve que casarme con seis personas. Papá y sus cinco hijos. Fue idea de Zorro.

—Menudo zorro está hecho. ¿Pensaba partirte en trozos como al chocolate de Jerónimo? Cada Guzmann se queda con una onza. Lástima que no hicierais siete partes, así hubiera tenido yo también la mía.

—No seas bobo —dijo ella—. A los Guzmann no les interesaba una esposa. Zorro estaba juntando certificados de matrimonio. El cura era un chalado. No tenía ni iglesia. Tuvo que casarnos en la capilla de una funeraria portorriqueña. Zorro pensó

que no podrían echarnos del país si toda la familia se casaba con una chica estadounidense. Firmé los certificados con nombres distintos. Al cura tanto le daba.

—Señora de Guzmán —dijo Patrick—. Enhorabuena.

Ella le miró enfurruñada mientras desataba el cinturón de la bata.

—No me llames eso. Una chica no puede tener seis maridos. En Nueva York es ilegal. Además, era menor. Tenía diecisiete años cuando los Guzmán se casaron conmigo.

Patrick no podía combatir la lógica de su argumentación, ni retirarse hacia la puerta. Ella le atrapó entre los faldones de la bata. El peso de sus pechos contra la camisa de fútbol le golpeó debajo de las rodillas. Se hundió en Odile, paralizado de cuello para abajo. Tan sólo quería abrazar a la pequeña *goya*, sentir sus pezones contra su pecho y notar que sus piernas flaqueaban durante el resto de su miserable vida.

La estirpe de Patrick tenía una historia de soltería. Durante los últimos ciento cincuenta años, ningún Silver, ni en Irlanda ni en América, se había casado con menos de cuarenta y cinco años. Murray Silver sacó su arcón de Irlanda en 1906, cuando era un muchacho de veintidós años. Se afanó en su sinagoga veinticinco años antes de poder escoger esposa. Era el vicario de Bethune Street y despreciaba los *shuls* rácanos. La congregación de Limerick tenía que tener una marquesina propia, vidrieras rojas y azules y una sala de invierno para los desgraciados que vivían en torno a Abingdon Square.

Se casó con Enid Rose, una huérfana de dieciocho años que repartía el pan, en 1931. Era una chica callada y sensual, con caderas acentuadas por las muchas faldas que llevaba (el vicario conoció a Enid en invierno) y una lengua dispuesta a aceptar el beso de un vicario. Murray rondaba los cincuenta. Vivía perpetuamente encorvado, de tanto trepar por la escalera de mano de la sinagoga, limpiando techos y reemplazando trozos de vidrio roto. Su congregación irlandesa pensó que una esposa joven le mataría. Recomendaron a Murray que se la tomase con calma. El vicario mandó a paseo todos los consejos. Bebió cerveza negra y se perdió en Enid.

A los ancianos del *shul* les daban miedo las señales de pasión de Murray. La chica quedó embarazada muy pronto. Los viejos rogaron a Dios que no cargase con un huérfano en su vientre. Los ancianos se equivocaban con Murray. Sobrevivió al parto de Patrick. Pero Enid cogió frío. El frío se instaló en sus pulmones. Antes de que pudieran circuncidar a Patrick ya estaba enterrada.

El muchacho se crió en los escalones de la sinagoga. Su sustento llegaba en botellas negras. Mamó Guinness en Reyes de Munster con su padre. Mientras Murray frotaba los techos, Patrick dormía en los bancos con un casquete sobre la cara. En invierno compartía la sopa de la sala de invierno con los mendigos de Abingdon Square. Vivía en el sótano con Murray, quien había renunciado a sus muebles y su apartamento cuando Enid se resfrió. La sinagoga fue la nueva madre de Patrick. Los ancianos se convirtieron en sus tíos y tías. Y Reyes de Munster fue su guardería.

Murray empezó a perder vigor. Ya no era capaz de llevar por sí solo la sinagoga. A veces se quedaba subido a la escalera y soñaba con su mujer. Patrick tenía entonces que barrer el *shul*. Aprendió a retirar los vidrios rotos de las ventanas y a manipular los añicos sin cortarse. Preparaba sopa espesa para unos mendigos huraños que consideraban una afrenta a su dignidad que un niño de nueve años les diese de comer. Criado con Guinness, tenía fuerza suficiente para enfrentarse a sus miradas.

—Señores míos, —solía decirles—, toca o meados o sopa de cebada. Ustedes eligen.

Pasaron un par de años y dejó de importar que los mendigos le superasen en



número. A los doce años, Patrick pasaba ya del metro ochenta. Llevaba siempre puesta una camisa de fútbol negra y roja (Murray había arramblado con los colores de la universidad de Cork al salir de Irlanda). Los mendigos acabaron por respetar la calavera de la camisa de Patrick. Si alborotaban la sala de invierno, soplándole sopa en la oreja a un compañero, el chico los cogía en brazadas de dos o tres, les tiraba escaleras abajo y los dejaba en la acera.

Patrick protegía también a su padre de las corrientes del sótano y le vestía con jerseys y dos pares de calcetines. Murray cayó en cama, musitando «Enid, Enid Rose», y se dedicó a recordar los días de 1931, cuando desvestía a Enid y la Tora con la devoción de los locos. Aguantó otros diez años y murió en 1954, un vicario de setenta años.

Ahora le había llegado el turno a Patrick de echarle el guante a una mujer. Era un muchacho de cuarenta y dos años y decidió poner punto final a su soltería antes que su padre. Pero su cortejo se fue al garete. La chica con la que quería casarse ya tenía marido.

No podía enfrentarse a sus patrones, los Guzmán de Manhattan, Lima y el Bronx, cuyos nombres ya estaban fijados en los papeles matrimoniales de Odile. Sin embargo, y dado que se esperaba de él que llevase a Jerónimo, Topal y Alejandro a Jane Street, tenía sus oportunidades con la pequeña *goya*. A veces le llevaba una rosa amarilla con desagradables espinas, pañuelos de Orchard Street, bizcochos, pañuelitos más propios de san Valentín, chocolates rellenos de un pringue medicinal que el propio Patrick era incapaz de tragar.

El irlandés tenía que estar loco. Odile no se había encontrado nunca con semejante abanico de regalos. Aunque se burlara de Patrick, le metiera los pañuelos en la camisa de fútbol y regalara sus bizcochos, la pequeña *goya* estaba contenta. A nadie se le había ocurrido nunca cortejarla de una forma tan anticuada. Le gustaba acostarse con Patrick Silver en el suelo mientras uno de los chicos de Papá dormía en la cama.

Aquella mañana le tocaba a Jerónimo. Tendida junto a Patrick, podía oír el petardeo del ventilador junto a la ventana y los resoplidos de Jerónimo. Había extendido una sábana sobre el linóleo para que Patrick no se rasguñase las rodillas. Con la temperatura estival, la sábana pronto estuvo húmeda. El magnífico vello canoso que cubría el pecho de Patrick tenía el tacto de las algas.

—Irlandés —dijo ella—. Follas como Manfred Coen.

Patrick no quería hablar sobre policías muertos (Coen había sido el preferido de Isaac, su mejor ángel). Sabía que a Isaac le encantaba usar a Coen de anzuelo, y que a menudo introducía a su ángel en territorios prohibidos, pero Patrick no era capaz de imaginar cómo había ido a aterrizar Coen en la cama de Odile. No es que sospechase de Odile. Sabía comprender sus apetitos y su carrera con Zorro y los demás

proxenetas. Estaba decidido a casarse con la putita. Si hacía falta, se la compraría a Zorro. Patrick no era un jodido reformador. Quería sacar a Odile de las calles. Nada más. No había nada vergonzante en la edad de la pequeña *goya*. ¿Diecinueve? Podía seguir creciendo en el sótano de una sinagoga y prostituirse para un solo hombre, para él, Patrick Silver.

A Odile, tanta devoción empezó a asustarle. Se aferraba a su pecho y satisfacía todos sus caprichos de irlandés, se bañaba incluso en Guinness si él así lo quería, pero ya no podía seguir oyéndole farfullar acerca de sinagogas y esposas. Los Guzmán la habían escarmentado en lo referente al matrimonio. Patrick no cejó en sus cánticos matrimoniales. Para enfriarle, Odile le contó sus aventurillas con Herbert Pimloe, Wiatt Stone (Aquí Odile tuvo que mentir un poco), Zorro, su tío Vander y Coen.

Patrick no quiso escucharla. Del dormitorio llegaban gimoteos. Jerónimo se estaba despertando. El ruido no parecía de hambre. Patrick se embutió en sus pantalones. Supuso que El Bebé se sentía solo lejos de la sinagoga. Echó un vistazo: Jerónimo estaba tumbado en la cama de Odile con las rodillas dobladas frente a la cara. Patrick no entendía aquella postura tan retorcida. Jerónimo había empezado a aullar. Odile preguntó desde las pringosas sábanas:

—¿Se ha tragado el puño?

El Bebé tenía todo un repertorio de ruidos. Patrick los conocía casi todos. Sabía distinguir cuándo tenía hambre, cuándo se sentía enfermo y cuándo tenía sueño. Pero aquellos berridos le desconcertaron hasta que consiguió interpretar la melodía. Jerónimo estaba imitando la sirena de un camión de bomberos. Tenía un oído increíble. Era capaz de aislar un sonido a diez manzanas de distancia y remedar un camión que estuviese en Houston Street. Patrick sólo reaccionó cuando oyó el mismo sonido en la calle. Se puso los calcetines en menos tiempo del que necesitaba Jerónimo para parpadear. No besó a Odile, ni le rascó los rizos a Jerónimo. Patrick no tenía tiempo para demostraciones de afecto. Masculló: «Esaú, no me abandones», y bajó corriendo las escaleras.

El *shul* ardía en llamas. El humo asomaba por el tejado. Los muros chisporroteaban. Las vidrieras se agrietaban. Patrick se sumergió en la multitud reunida en Bethune Street para contemplar cómo ardía una sinagoga.

—Paso, chicos, que voy.

Los dos camiones de bomberos aparcados frente al edificio de Patrick estaban en las últimas. Un único bombero se balanceaba subido a una escalera junto al *shul* y rompía las ventanas del santuario con una larga pica de metal. Otros bomberos desenrollaban largas bobinas de manguera. La manguera no iba a ninguna parte. Serpenteaba entre las piernas de los bomberos hasta caer estéril en la cuneta. Uno de los bomberos dijo algo a propósito de la presión del agua en julio.

—El muy cabrón no sabe en qué mes vive —musitó Patrick. No consiguió

localizar a un jefe de bomberos, pero vio a los Guzmán y al rabino Prince detrás del segundo camión. Jorge seguía en el camastro de hospital.

—Por amor de Dios, ¿qué ha pasado?

Papá tenía la nariz llena de mugre.

—A saber, irlandés. El fuego no salió de nuestro cuarto. Empezó en el sótano. Un par de minutos más y a Jorge le hubiera salido el humo por el culo. ¿Dónde está El Bebé?

—A salvo, Moses. Está jugando con Odile.

Patrick se volvió hacia el rabino Prince.

—¿Qué has sacado, Hughie?

—Nada, excepto a Jorge Guzmán. Y bastantes problemas tuvimos para conseguirlo.

—El arcón de mi padre —dijo Patrick, y se le achinaron los ojos—. ¿Lo has dejado en el *shul*?

—Sólo tengo un par de hombros, Patrick, y bastante torcidos además. No había sitio para Jorge y el arcón.

¿Qué hacía él interrogando a Moses y Hughie mientras el arcón seguía dentro del *shul*? Hughie adivinó la locura que iba tomando forma tras el adusto entrecejo de Patrick.

—Jesús, sólo soy rabino de vez en cuando. ¿Crees que no habría salvado el arca de haber podido?

Pero el hijo de Murray era muy testarudo. Le quitó a un bombero su abrigo de amianto. Otros bomberos le gritaron:

—¡Eh, gilipollas, no puedes entrar ahí!

Patrick los apartó de su camino. Se echó el abrigo sobre la cabeza, como un manto con faldones y mangas, y después de entrar corriendo en el *shul*, cerró la puerta tras de sí. El calor le golpeó en la nariz y le hizo tambalearse. Patrick no veía nada. El humo se arremolinaba por toda la sinagoga y ocultaba las escaleras. Se le clavó en los pulmones hasta que la saliva adquirió un color desagradable y sintió una horrible presión en los oídos. Los tablones del suelo ardían, y al arder abrasaban las suelas de sus calcetines. Tuvo que seguir andando de puntillas. Con cada inclinación del cuerpo notaba que el pecho se le desgarraba. No había conseguido alejarse ni un paso de la puerta.

Por fin, arrebujándose en los faldones del abrigo, avanzó entre el humo. Patrick estaba seguro de que el fuego le estaba dejando sin piel. Olía cómo su carne se asaba. Alcanzó las escaleras. La barandilla estaba cubierta en llamas. Tendría que trepar con pasos suaves y medidos o también él ardería.

Patrick no podía estar muy lejos del santuario. Oyó el ruido del cristal al reventar. Debía de estar en la sala de invierno. Tropezó con los colchones esparcidos por el

suelo, y los pies se le enredaron en las mantas y almohadones de los Guzmán. Patrick se deshizo de ellos a puntapiés. La saliva creó una costra sobre sus labios mientras buscaba a tientas la puerta de la capilla. Estaba en otra habitación. ¿El estudio de Hughie? ¿El frágil retrete del *shul*? Patrick tenía puntos de referencia: sus rodillas tropezaron con un reclinatorio. Si llegaba hasta el final de los reclinatorios y daba quince pasos hacia el norte, pasaría de largo junto a la peana de las plegarias y tropezaría con el arcón.

Pero sus cálculos fallaron. Debió de desviarse del camino hacia el arcón. Se vio atrapado en el santuario, palpando el enmaderado. El humo le había privado de sus sentidos. Buscó las ventanas emplomadas de su padre, el murete de vidrio sobre la pared norte. El abrigo de bombero empezaba a resquebrajarse. Las mangas casi habían desaparecido. El amianto, tan cercano a su cabeza, emitía un zumbido ominoso. Un gas tóxico flotaba en el aire estancado. Penetró en los ojos, la nariz y los pulmones de Patrick, y también en el forro de su abrigo. Algunos mechones de pelo estaban ya ardiendo. Se tambaleó hacia adelante y atrás, mientras se daba manotazos en la cabeza. Vio que una llama diminuta lamía los bordes de una tela dorada. Era la cortina irlandesa que pendía delante de las puertas del arca. Saltando como un demente, con la cabellera en llamas, Patrick encontró el cofrecillo de Bagdad.

Fuera del *shul*, el rabino Prince rezaba un *kaddish* por Patrick Silver. No había oído hablar nunca de irlandeses a prueba de fuego en los Estados Unidos. Seguramente había un ángel desquiciado que habitaba los muros de la capilla, cerca de la silla de Elías, un ángel al que le gustaba incendiar templos y *shuls*. ¿Cuál de los ángeles en la Mishna y la Gemara era un pirómano? Porque ése era el que había asesinado a Patrick Silver.

Los Guzmán estaban reunidos cerca de Hughie y murmuraban sus propias plegarias. Sabían cómo guardar luto por un empleado. El irlandés había estado a las órdenes de Papá. Había cuidado de Jerónimo, se había hecho amigo de los otros chicos, les había llevado derechos a la pequeña *goya* y había ocultado a todos los Guzmán (a excepción de Zorro) en su *shul*. Incluso aunque Isaac le detuviese y le alejase de las calles, Papá sabría arreglárselas para obtener cirios de contrabando en las Tumbas y encenderlos en honor de Patrick. Ninguna prisión impediría que los Guzmán presentasen sus respetos. Cantarían para sus compañeros de cárcel (en inglés, español y portugués) y les explicarían las andanzas de Patrick en su lucha contra Isaac *el Mierda*. Papá no ingresaría en prisión sin berrear el nombre de Patrick. De ese modo, nadie olvidaría nunca al irlandés.

Algo sucedía en la entrada del *shul*. La puerta se había abierto de golpe. El humo salía en tromba. A los bomberos no les gustaban los aparecidos que salían de una sinagoga en llamas. «Joder» dijeron, «pobre tío». Un fantasma alcanzó tambaleante la acera, con un arcón cargado a la espalda. No era más que dos ojos en un rostro

ennegrecido. Vestía un jersey hecho trizas. Los calcetines estaban chamuscados. De su frente salía un hilillo de humo.

Los bomberos estaban consternados. Intentaron cubrirle con sus abrigos de amianto. El fantasma no quiso que los bomberos le sofocasen. Sus labios se abrieron. Tenía los dientes cubiertos de hollín. La lengua tenía un repugnante color amarillo.

—Largaos de aquí —dijo—. Me queda otra faena por hacer.

Cinco detectives se precipitaron al interior del santuario de Isaac. Las corbatas ondeaban lejos del cuello de sus camisas. Se les habían desabotonado las camisas. Las sobaqueras colgaban torcidas.

—El loco de Patrick está aquí...

—Va vestido como un negro, señor. Con harapos negros.

—Pensábamos que era un rastafari. Ha conseguido superar a los de seguridad. Casi le pego un tiro al muy cabrón.

—¿Qué quiere de nosotros? A Morris le ha dado un mordisco en el culo.

—¿Quiere que acompañemos a Patrick al sótano, señor? Podemos encadenarle a uno de los archivos y rematarle.

Isaac observó a sus cinco detectives y el revuelo que habían causado en su despacho.

—Sed amables con san Patricio. Le he invitado a tomar té.

Los temblores se acercaban a la puerta de Isaac. Podía oírse el rechinar de rodillas. Patrick entró a trompicones en el despacho con otros dos detectives aferrados a los tobillos y las costillas. Su famosa camisa de fútbol había perdido las mangas. La raja de las nalgas asomaba por encima de la cintura de sus pantalones. Los dedos de los pies eran visibles tras unos calcetines sin puntera. Tenía la cara cubierta de sangre y mugre negra, como el hollín de una tormenta de fuego.

—Isaac —dijo, con el brazo de alguien casi metido en la boca—. ¿Son estos chicos miembros de tu patrulla de incendios? ¿Han rezado algo con el queroseno? No deberías haber tocado mi *shul*. Si consigo quitarme de encima a tus moscones, te vas a enterar de cómo se hacen las cosas en Limerick. Te voy a arrancar el cipote para ponértelo por sombrero.

Isaac salió de detrás de su mesa de comisionado.

—A ver, irlandés de pacotilla. El único Limerick que has visto tú en tu vida es el vello púbico de tu padre. Esa maloliente camisa de fútbol ya no engaña a nadie. Naciste cerca de Houston Street, como todos nosotros. Lo que pasa es que tu padre usaba contigo *yarmulkes* en vez de pañales.

Patrick forcejeó con el detective que tenía sentado en las costillas.

—Vuelve a hablar de mi padre y te vas a vivir con los gusanos, Sidel.

—Que se levante —dijo Isaac—. Estoy harto de sus bobadas. Te estoy esperando,

Silver. Ponte de pie y ven a por mí.

Los detectives montados sobre Patrick aflojaron la presa. Patrick se puso en pie de un salto y agarró a Isaac por la garganta. Ambos empezaron a girar vertiginosamente por la habitación. Los policías presentes no conseguían creerse que un don nadie como Patrick Silver, un refugiado de las oficinas, un conserje de *shul*, se atreviese a enfrentarse con el comisionado primero interino. Se abalanzaron sobre Patrick Silver, le aporrearon e intentaron aferrarse a su camisa; entre sus dedos quedaron retazos de algodón chamuscado. El comisionado les gritó:

—¡Fuera! Patrick es mío. Si alguien más se interpone entre él y yo, me lo cargo.

De modo que tuvieron que desistir. Se frotaron los dedos con sus pañuelos de policías y contemplaron cómo Patrick y el comisionado rodaban por el suelo. Estaban desconcertados. Ya no sabían cómo proteger a su jefe. Sus zapatos tenían punteras de cuero, capaces de perforar el cráneo de cualquier gigante irlandés. Pero Isaac no les daba la orden. Lo único que podían hacer era cerrar la puerta y confinar la refriega a una sola habitación; de lo contrario, toda la central se enteraría. La historia de Isaac forcejeando, con briznas de un material algodónoso en la cara, se extendería por los restantes despachos, llegaría al vestíbulo y todos los policías de Manhattan sabrían que Isaac se había enfrentado a un conserje.

A Isaac las cuestiones de protocolo no le preocupaban: tenía un pulgar clavado en la nuez. No se dejó llevar por el pánico ni gimió pidiendo ayuda; estaba acostumbrado a la gente feroz. Había sobrevivido seis meses junto a Jorge Guzmán, ¿no? Isaac tenía unas cuantas cicatrices: la frente mellada por culpa de unos yonkis aficionados a lanzar martillos, un medallón de carne en la mandíbula, cortesía de un ladrón enloquecido y armado con unos alicates. Isaac había luchado contra los criminales de los cinco barrios y había sabido sobrevivir. No iba a sucumbir ante un gigante irlandés que acarreaba una pistolera como si fuera un tapacojones.

Los detectives no sabían qué hacer con respecto a la sangre en la boca de Isaac. ¿Se estaba asfixiando el comisionado? Se sintieron satisfechos al ver que Isaac escupía trocitos de esmalte. El comisionado no se iba a morir por un diente roto. La suerte de Isaac cambió a partir de entonces. Con dos codos como dos martillos pilones aporreó la barbilla de Patrick y consiguió alejar el pulgar de su nuez.

—¿Te basta con eso, estúpido hijo de puta? —dijo, al tiempo que se abalanzaba sobre Patrick.

—Cuando acabe contigo vas a tener dos cagarros en las orejas —le respondió Patrick, y de un empujón se quitó a Isaac de encima.

La trifulca sé convirtió en un toma y daca, con abundante intercambio de codazos y cabezazos. La ambigüedad de la contienda hacía que los detectives se sintiesen inseguros. Ninguno de los dos ganaba ni perdía.

Patrick e Isaac se separaron al fin. Ambos se quedaron tirados en el suelo,

jadeando. Sus caras eran una pura mueca, y tenían los nudillos despellejados. La camisa de Patrick se había desintegrado. Se sacudió los pelos blancos del cuerpo. Isaac examinó el daño que había infligido a su boca.

—Traednos té —gruñó.

Sus subordinados volvieron a su trabajo. Los detectives salieron corriendo a buscar la tetera favorita del comisionado, sus galletas de miel favoritas, azúcar, cucharillas y porcelana.

—Y ahora fuera de aquí.

A solas, sin la bandada de gallinas nerviosas, Patrick e Isaac tomaron té y coñac en tacitas veteadas de azul. No hablaron. Gruñeron una o dos veces. Los hombres de Isaac, apostados frente a la puerta, se preguntaban por el significado de los periodos de silencio en el despacho del comisionado.

El té se le subió a Patrick a la cabeza.

—Señor interino —murmuró, con el coñac pegado todavía a la lengua—, ¿qué es lo que tienes contra los Guzmán? Es un clan pobretón. Hace un año que atosigas a Zorro.

Dio un par de golpes sobre la mesa con el talón de sus calcetines.

—Más te valdría meterte con otra familia.

—Asesinaron a Manfred Coen —dijo Isaac, mientras olisqueaba el coñac de su taza.

—Todos hablan de Coen —dijo Patrick, y echó otro trago a su té mientras recordaba a Odile y al agente de ojos azules de Isaac. Al parecer, Manfred, amable y triste, era irresistible para las mujeres de la parte alta de la ciudad. Según los correveidiles de la central, las mujeres no aguantaban mucho cerca de Coen con las bragas puestas. La agencia de servicios especiales acostumbraba a quitárselo a Isaac una o dos veces por semana: Coen estaba muy solicitado como guardaespaldas de jóvenes estrellas, políticas y esposas de diplomáticos extranjeros.

Patrick se abrazó las rodillas. Circulaban rumores por Manhattan; se decía que Isaac había dejado a Coen a merced de los Guzmán porque su hija, Marilyn *la Fiera*, estaba loquita por él. Su hija había abandonado a todos sus maridos (se había casado ocho veces, según había oído decir Patrick) para sentarse en el regazo de Coen. Patrick la había visto a veces por la central: una chica a la que cualquier policía le hubiera tirado los tejos de no estar tan próxima al jefe. Era delgaducha, de ojos verdes. Y tenía una madre irlandesa (Kathleen, la esposa separada de Isaac y reina de la propiedad inmobiliaria, que vivía en Florida la mayor parte del año). El comisionado no tenía suerte con las mujeres. Su esposa, sus novias y su única hija le habían abandonado. Marilyn *la Fiera* estaba en Seattle, cosechando un nuevo ramillete de maridos y escondiéndose de su padre.

—Isaac, ¿ahora dime la verdad? ¿Sacrificaste al pobre Manfred por culpa de lady

Marilyn?

Isaac cogió una galleta de miel y la masticó. Si aquel asno irlandés no cerraba la boca, volverían a pelearse.

—Si tanto te interesa Coen, ¿por qué no nos ayudas a capturar a los Guzmann?

—Isaac, eso que me pides es mezquino. ¿Qué más te da a ti si los Guzmann viven o mueren?

—Me metieron un gusano en las tripas. Pasé medio año comiendo su mierda.

—¿Y qué esperabas, que Papá te diese dos besos en las cejas? Él sabía de qué iba tu pantomima. Isaac, el gran jefe caído en desgracia. El hombre que renunció a Manhattan para refugiarse en una tienda de dulces. Yo entonces era un mal detective, el más tonto en el departamento del comisionado primero, pero ni siquiera yo podía creerme que Isaac *el Puro* aceptase sobornos de unos corredores de apuestas. Tú siempre fuiste un gran defensor de la lógica, trazabas unos mapas preciosos sobre la mente criminal; como si fuese un océano de vidrio sobre el que pudieses patinar con tus zapatos de cuero.

La lengua de Patrick se apelmazaba bajo el peso de sus palabras, pero no quería dejar en paz a Isaac.

—Tu lógica apesta. Podrías haberte tomado unas vacaciones en el Bronx sin tantas historias de elefantes. ¿Pero por qué quisiste acostarte precisamente con los Guzmann? ¿Qué pasa, que te ponían cachondo los pelos de las piernas de Papá?

—No —dijo Isaac.

El coñac le ardía en el agujero que Silver le había hecho en la mejilla. Isaac lamentaba la pérdida de su diente. El escozor en las encías casi le hizo levantarse.

—No, Papá no —continuó—. Ni Jorge, ni Zorro. Jerónimo.

Patrick empezó a temblar.

—Maldito seas, Isaac. No me vengas con esa historia. No me hables del loco del pintalabios, porque empezaré a gritar y te mearé las paredes.

—Jerónimo es invertido.

—Algo invertido —dijo Patrick—. Se las arregla bien con la mujer de Zorro. ¿Quieres que te cuente cuántas veces se ha colado en su cama?

—¿Te refieres a la gran Odile? Pensaba que estaba casada con Herbert Pimloe. Esa chica se tira a un ejército entero cada noche. Dime alguien que no haya follado con Odile.

A Patrick la porcelana del comisionado le traía sin cuidado. Hubiera podido morder la taza y devolverle a Isaac los pedazos, pero prefirió dejar la cuestión de Odile.

—¿No estábamos hablando de El Bebé?

—Por supuesto —dijo Isaac—. Un invertido, te lo estoy diciendo. Le gusta mutilar a niños pequeños. ¿Qué esperabas de una familia de chulos?



—Te equivocas. Moses no ha criado a sus chicos para que ataquen a niños por los tejados. Yo soy el guardián de El Bebé, ¿no? Me sé todos sus movimientos. Y si hubiese estado por los tejados haciendo el loco, lo sabría.

—Últimamente ha estado encerrado en casa. Desde que los Guzmán se fueron a vivir contigo. El Bebé es más tímido cuando está su padre cerca. Pero no durará. Lleva la locura en las venas. Se sentará sobre las manos un tiempo, pero acabará por saltar. ¿Cuánto tiempo puede uno alimentarse sólo de chocolate blanco? Le doy otra semana, y saldrá a cazar críos.

Patrick estaba harto de beber coñac en una taza de té. Se agarró a una esquina del escritorio de Isaac y se levantó.

—¿Qué vas a hacer, Isaac? ¿Apostar un enano en cada tejado?

—No hará falta. ¿Estás ciego? Tengo suficientes hombres en Hudson Street para encontrar una aguja en el suelo. Le pillaremos con las manos en la masa.

—Isaac, alguien te ha metido un violín por el culo. ¿Por qué no te vas al centro con tus chicos y quemas unos cuantos *shuls* más, cabrón de mierda?

Patrick salió con prisa del despacho, apoyado en unos tobillos inseguros. El té le había abotargado. Cruzó un laberinto de oficinas repleto de gente del comisionado. Le saludaron con sonrisas maliciosas.

—Estás loco, Patrick.

Eran las serpientes de Isaac. Patrick no les prestó atención. Le preocupaban otras cuestiones. El Jefe le había llamado «irlandés de pacotilla», hijo de Bethune Street. Patrick debería haberle dicho: «soy tan irlandés como los sapos de Killinane». Había sacado a su Irlanda del cuello de una botella de Guinness y estudiado historia y magia en Reyes de Munster, sentado en las rodillas de Murray Silver.

Los hombres de Isaac le oyeron rezongar. Los ojos de San Patricio de las Sinagogas brillaban con una luz extraña. Sus labios se movían a una velocidad increíble.

—*Isaac* —decía—, yo *connnnozco* a los magos, y a los santos, y a los reyes.

Brian Boru, el primer rey de Munster, expulsó a los daneses de Limerick, les zurró la badana con un vergajo de buey hasta que dejaron caer sus cuchillos y huyeron a Skibbereen. Santa Bridget, abadesa de Kildare, fornicó con los salvajes pescadores de Dungarvan para evitar que saquearan su convento de monjas. La bruja de Limerick, un vejestorio espantoso, vivió hasta los ciento noventa años echando maldiciones sobre su ciudad y murió de un estornudo que le partió el pecho. San Munchin, el hermafrodita, llevó a los leprosos a Irlanda y los amamantó con su propia leche. Murray le contó una vez que quizás entre los leprosos hubiese algunos judíos. ¿Cuántos Silver bebieron de las tetas de Munchin? Sabe Dios. La sed de cerveza negra de Patrick provenía de los santos.

Por los pasillos, los detectives miraban de reojo los jirones de tela sobre su

espalda. ¡Ahí va uno que entra y sale del cubil de Isaac! ¿De dónde ha sacado esos labios balbucientes? Quedaron admirados de los poderes del Jefe, convencidos de que el comisionado había convertido a Patrick en un espía. No se habían fijado hasta entonces en los ojos azules de Patrick.

—Joder —dijeron todos. Isaac tenía un «ángel» nuevo, otro Manfred Coen.

Podría haber pasado la tarde entera en su despacho, ordenar que un lacayo le afeitara y después le quitara los restos de la camisa de Patrick. Pero el comisionado no era un maniático. Podía sobrevivir con un poco de algodón quemado en la cara. Tenía suficientes mandarinas y galletas de miel para sobrevivir a los oficinistas acampados en torno a su puerta. Isaac no pensaba firmar documentos aquel día. Tenía un pequeño apartamento al otro lado de Bowery. Se metería en su ascensor privado, saldría de la comisaría central e iría a Rivington Street a darse un baño y ponerse un traje limpio de lino. Pero Isaac había perdido su diócesis. Ya nadie le quería en Essex, ni en Delancey. Marcó el número del garaje de la policía.

—Vaya calentando el Chrysler, ¿quiere? Y busque a mi chófer. Seguramente estará en el baño con sus tebeos.

Ahora que era comisionado, Isaac podía evitar la escalera principal y esquivar al resto de comisionados y policías. Bajó en su ascensor hasta el garaje, se metió en el Chrysler y cerró la puerta. El aire acondicionado se coló bajo su ropa. Aún tenía los muslos húmedos tras el combate con Patrick Silver. Dio un par de golpes sobre la mampara que le separaba del conductor.

—Palisade Avenue —dijo—. Está al final del Bronx.

Isaac iba a su antiguo apartamento en Riverdale. Pertenecía a su esposa. Kathleen estaba en Florida, convirtiendo pantanos en casas semiadossadas; Isaac tenía el apartamento para él solo. En alguno de los armarios encontraría un traje, una camisa de seda con los bolsillos bordados, una corbata pintada a mano y ropa interior.

El comisionado primero gobernaba un reino de policías gordos y delgaduchos; podía convertir a un inspector jefe en patrullero, dismantelar divisiones enteras, quitarle el arma a quien fuera, crear un escuadrón propio de «ángeles», destruir a los Guzmán uno por uno, pero seguía siendo esclavo de Centre Street. Estaba de servicio veinticuatro horas al día, como el más mugriento de los becarios de Bellevue. Llevaba en el cinturón un busca que podía ordenarle en cualquier momento presentarse en la central o ponerse en contacto con el jefe de la Policía. En cuanto llegase a Riverdale, pensaba tirar el trasto debajo de un cojín y meterse en la bañera de Kathleen.

No le daba pena el grandullón irlandés. San Patricio no debería haber llevado a los Guzmán al *shul*. La comisaría central de Isaac no era un club de aficionados. Estaba dispuesto a ahumar todos los nidos de los Guzmán en Manhattan. Nadie podía acusar al comisionado de causar incendios. Lo único que había hecho Isaac había sido decirle a uno de sus espías (Martin Finch formaba parte de una banda de pirómanos de Cobble Hill) que había una sinagoga lista para arder.

—Está a punto de caramelo, Martin. Una cerilla en el sótano, un chorro de

gasolina y adiós. Pero ten cuidado. El conserje es un gigante irlandés. Le reconocerás porque tiene el pelo blanco y le huelen los pies. Espera hasta que salga a dar un paseo. Dentro vive una familia de idiotas. Chamúscales las narices si quieres, pero no quiero una pira funeraria. Nada de cremaciones, ¿me oyes? Límitate a sacarlos a la calle.

Los porteros de Palisade Avenue saludaron al comisionado. Isaac se había convertido en la celebridad del edificio. Todos habían leído los artículos sobre él en el *New York Post*, artículos en los que se decía que Isaac era el comisionado más inteligente que había tenido nunca la ciudad: da clases en la John Jay, persigue criminales, juega al ajedrez.

Encontró un sostén y una libreta abierta en el parqué de Kathleen. ¿Había un ladrón en la casa, algún lunático al que le gustaba olisquear sostenes mientras revolvió entre otras pertenencias? Isaac llevaba una pistola junto a la tripa. Pero no quería blandirla ante un niño en un dúplex. Ni registrar los armarios de los pisos. Empezó a encender las luces. Alguien había doblado unos pantalones de cuadros encima del sofá favorito de Kathleen. El niño tenía su propio *modus operandi*: trabajaba en ropa interior.

—Sal de donde estés, cabrón. Soy policía. No me obligues a sacarte por las orejas.

El ladrón salió del dormitorio de Kathleen con su camisa, corbata, calcetines y zapatos entre los brazos. Era un hombre de entre sesenta y sesenta y cinco años, con largas patillas grisáceas y algo de tripita. Isaac le reconoció. Era Miles Falloon, uno de los muchos socios de Kathleen. Recuperó los pantalones del sofá antes de que Isaac pudiera decir «hola».

—No pasa nada, Miles. Sólo he venido a darme un baño y a cambiarme de ropa. Vuelve dentro.

Pero Falloon había desaparecido. Isaac se encogió de hombros y empezó a desabrocharse la chaqueta de verano. Kathleen le observaba desde la puerta del dormitorio. La diosa de las inmobiliarias tenía casi cincuenta y dos años. Los pantanos de Florida no habían podido con su belleza irlandesa. Se había envuelto, voluptuosa, en una bata púrpura. Ninguno de los bomboncitos que Isaac conocía, chicas veinte años más jóvenes que su esposa, tenía el escote de Kathleen. Era como una herida bajo la garganta, un trozo vulnerable de piel entre sus pechos que después de veintisiete años de matrimonio aún volvía loco a Isaac.

Isaac se casó a los diecinueve años, fue padre a los veinte. Había conocido a la belleza irlandesa en una oficina inmobiliaria cerca de Echo Park; él era entonces un estudiante que buscaba un piso barato en Washington Heights. Kathleen se llevó a su universitario a hacer la ronda de los pisos disponibles e hicieron el amor en cada uno de los apartamentos vacíos. Isaac supuso que él era para Kathleen un pasatiempo, un

divertimento con cuello de toro, un chico anónimo que le hacía compañía durante la jornada laboral. Pero ella no le dejó alquilar un apartamento. El universitario tuvo que irse a vivir con ella. Se casó con Kathleen en una iglesia de Marble Hill, Isaac, el escéptico judío, estalinista en 1948, un chico con fe en las fuerzas históricas y las verdades eróticas de los veinticuatro años de su esposa.

—¿Dónde está tu cariñito? —preguntó ella desde la puerta.

¿Tenía que explicarle ahora que Ida Stutz le había dejado por un contable que usaba manguitos de plástico? Pero Kathleen no podía haber oído nada acerca de Ida en los pantanos. El Jefe decidió ponerse impertinente.

—Tengo muchos cariñitos —dijo—. ¿A cuál te refieres?

—Manfred Coen.

—¿Ojos Azules? Está muerto.

—¿Y por qué no te has puesto de luto?

A Isaac se le trababa la lengua.

—Yo no le maté. Fue una familia de apestados... Los Guzmán. Tenían un matón, Chino Reyes. Manfred le había abofeteado una vez. El matón se vengó. Se cargó a Manfred con un arma robada.

—¿Dónde estabas tú cuando sucedió, príncipe Isaac? Eres el más santo de los policías. ¿No podías haber salvado a Manfred Coen?

—Kathleen, fue un accidente. Estaba a dos minutos de donde sucedió.

Kathleen salió del umbral para escrutar a Isaac.

—Eres un mierda —dijo—. Ya me conozco tu vocabulario. Siempre que te hace falta una buena excusa estabas «a dos minutos de allí». ¿Y ahora, qué demonios haces aquí? No he encargado una carabina. ¿Quién te ha pedido que vengas a espantar a mis amigos?

Isaac balbució la palabra «Florida».

—Pensaba que estabas en las Everglades.

Le explicó a Kathleen que había venido a meterse en su bañera.

—He tenido un problema en la oficina. Un loco, un judío irlandés se me echó encima en mi despacho. Si no me hubiera defendido me habría arrancado el cuello con las manos.

—Mírate —dijo ella—. Dios bendiga a ese judío irlandés. Me gustaría darle las gracias por embadurnarte la cara de hollín.

—No es hollín —dijo Isaac, malhumorado—. Son trozos de la camisa de Patrick Silver. El muy lunático salió de un incendio para pelearse conmigo.

Notó que unos dedos se metían en su chaqueta. Kathleen le estaba desvistiendo.

—Quítate la ropa —gruñó ella—. ¿A qué esperas? ¿No te quieres dar un baño?

Bajaron las escaleras y llegaron a la bañera de Kathleen; Isaac cargaba con la pistola y la ropa sucia. Kathleen echó la ropa al cesto de la colada. Isaac se metió en

la bañera. A Kathleen no le interesaba para nada un marido, pero aún sabía apreciar la firmeza de las nalgas de Isaac, y la robustez de su carne enrollada como una armadura. Había aguantado junto a su oso judío hasta que la hija de ambos fue a la universidad. Entonces huyó a Florida y con una empresa inmobiliaria de nueve socios (los otros ocho eran hombres) entró en tromba en las Everglades y construyó un montón de colonias de jubilados sobre los pantanos. Los oficinistas de la central en Miami admiraban a Kathleen. Despreciaban a los demás socios, a quienes consideraban gente inferior. «Vaya par de huevos tiene esa señora», decían para sí. Según sus propios cálculos, Kathleen valía millón y medio de dólares.

Isaac se sentó en un charquito de agua. Kathleen echó aceites de baño entre sus rodillas. Sus pechos oscilaban bajo la bata. Isaac le hizo señas de que entrase en la bañera.

—Ni en sueños —dijo ella—. Escúchame, tonto, dentro de una hora tengo que estar en el aeropuerto. No voy a bañarme contigo.

El oso estaba hambriento. Su polla asomó entre el baño de espuma de Kathleen. Ella le echó más aceite. Kathleen no estaba dispuesta a fornicar en una bañera con su corpulento esposo; tenía cinco millonarios que bebían los vientos por ella, gente de Florida, sin cicatrices en el cuerpo causadas por martillos, navajas o culatas asesinas.

—Marilyn se ha separado de su nuevo marido —dijo, agrediendo con la información a Isaac. La polla volvió a hundirse en el agua. Los ojos se le achicaron.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Me llamó a Miami. Le dije que viniera a verme. Incluso le envié el dinero para el viaje. Pero no se presentó.

—¿Por qué no llamó a su padre?

—Te tiene miedo. Cuatro maridos en seis años. Debe de ser un récord. En cualquier caso, la culpa es tuya. Ella quería a Coen. Y tú se lo quitaste.

—Coen —dijo Isaac, chapoteando en la bañera—. Yo no saqué a Ojos Azules de su cama. Pero a esa chica le vuelve loca el matrimonio. Coen trabajaba para mí, ¿te acuerdas? No quería a un yerno subido a mi chepa. Manfred era guapo, pero tenía problemas para escribir su nombre. Era huérfano. Los huérfanos no duran. Hubiera muerto de una forma u otra.

—Pero no hacía falta que le dieses la puntilla, príncipe Isaac.

El Jefe no podía discutir con Kathleen. Tenía una garra en las tripas: la lombriz emigraba de nuevo. Se clavaba en sus intestinos con un ritmo corto y repetitivo. Isaac tuvo que gritar.

—¡Dios, joder, hostia, coño!

La diosa de las inmobiliarias le miró fijamente.

—¿Te has tragado un dedo, Isaac? ¿Qué te pasa?

Él aporreó el agua, con la cabeza hundida entre las rodillas. Farfulló palabras

ininteligibles para Kathleen, que pensó que a su marido le había dado un ataque. Isaac palidecía. Sus pectorales empezaron a agitarse.

—Lombriz —dijo—. Me estrangula. Tengo que alimentarla.

Ella no rió al oírle hablar de lombrices. El oso gimoteaba. Al fin consiguió mascullar:

—Yogur. Tráeme yogur.

—Isaac, no hay comida en casa. Sólo estoy un día al mes en Nueva York.

Al ver la cara contorsionada de Isaac, subió corriendo a la alacena. No había nada en los estantes, a excepción de una cajita de té y un tarro de miel vieja. Le llevó el tarro a Isaac y le dio la miel a cucharadas. Isaac temblaba. La cuchara no conseguía reanimarle suficientemente rápido. Le arrebató el tarro y comió la miel a lametones. La palidez desapareció. Isaac *el Valiente* tenía las mejillas pegajosas.

—¿Quieres que le pida al portero que te traiga un hueso de pollo? ¿O prefieres que te hierva los cordones en una taza de té?

—No tiene gracia —dijo Isaac—. Los Guzmán me pasaron la solitaria.

—¿Es contagiosa, Isaac? ¿Como las ladillas? No deberías haber intimado tanto con esa familia.

—¿Intimado? Los muy hijos de puta me envenenaron.

Isaac se encorvó en la bañera hasta que sus labios tocaron el agua. También el policía más poderoso de la ciudad tenía que poner las pelotas en remojo de vez en cuando. El Jefe se estaba viniendo abajo. Su gente le había dejado de lado. Su padre había abandonado a los Sidel cuando él tenía dieciocho años. Una pandilla de adolescentes desquiciados había matado a su madre de una paliza. Estuvo siete meses en coma, y murió dormida mientras Isaac estaba en el Bronx con Papá Guzmán. Su hija estaba en Seattle. Marilyn *la Fiera* recorría el país coleccionando y descartando maridos. Manfred, su ángel, había muerto por su culpa. Isaac metió a Coen en su guerra con los Guzmán y no consiguió sacar al ángel a tiempo para salvarle el cuello. Ned O’Roarke, su benefactor, se mantuvo en el sillón del comisionado con un tumor en la garganta y durante seis años presidió su propia muerte. Y Kathleen, su mujer, prefería su porción de Florida a la compañía de Isaac.

A Kathleen le interesó la lombriz. Le gustaba la idea de que hubiera un animalito clavado en la tripa de Isaac. Su sufrimiento empezó a excitarla. Ya no era tan santurrón con la boca retorcida en un grito. Se quitó la bata y entró en la bañera con Isaac. El Jefe resopló con fuerza. Era como en los viejos tiempos: el universitario ansioso por lamer a la belleza irlandesa. No conseguía superar sus apetitos más tempranos. Con gusto habría muerto con la cara hundida entre los pechos de Kathleen.

Ambos dieron un respingo en el agua al oír unos fortísimos pitidos. Kathleen intentó sacudirse el ruido de la cabeza.

—Por Dios, estoy sorda —chilló. Isaac tuvo que escabullirse entre sus piernas y revolver en busca de su ropa. Encontró el buscapersonas debajo de una toalla en la cómoda de Kathleen. Desconectó el estúpido aparatejo y se disculpó ante su esposa.

—Lo siento. No puedo hacer nada. Así mis hombres se mantienen en contacto conmigo.

Llamó a su oficina desde el teléfono del vestidor de Kathleen. Pimloe contestó.

—Isaac, los Guzmán han dejado las calles.

—¿Viven entre los restos de la sinagoga?

—No.

—Herbert, no te me pongas elíptico. ¿Dónde están Papá y sus muchachos?

—Se han trasladado a un bar.

—¿Qué bar?

—Reyes de Munster. En Horatio Street.

—¿Cómo crees que entraron allí, Herbert?

—Ni idea. A lo mejor a Papá le gusta el whisky irlandés.

—Idiota. San Patricio les ha colado. Es su bar. Se crió en Horatio Street. Alimentará a Papá con Guinness durante una temporada.

—¿Quieres que le prendamos fuego también?

—Déjalo, Herbert. Yo me ocupo de Papá.

—Isaac, no te preocupes. Tengo a un chico en cada uno de los tejados que dan al bar. El Bebé no puede dar ni medio paso sin que lo sepamos. Jerónimo se va a meter en un lío si le pillamos cerca de un tejado.

—Eso está bien, Herbert. Adiós.

Pimloe se había convertido en el abnegado lugarteniente de Isaac. Desaparecido Rosenblatt *el Vaquero*, se había olvidado de sus ambiciones y cazaba moscas, mosquitos y marranos para Isaac. El jefe regresó al baño con una sonrisa. Buscaba a Kathleen y a su bañera. Pero la diosa de las inmobiliarias estaba frente al tocador, vestida con falda y blusa.

—Aeropuerto —dijo—. Me voy.

Isaac cogió sus ropas y se fue mientras en su cráneo de comisionado bullían Ojos Azules, Marilyn y Jerónimo.



## **TERCERA PARTE**

El rabino Hughie Prince, que leía el Talmud con el ojo estricto de un vidriero, había declarado que toda porción de tierra con cuatro paredes y un techo podía considerarse sinagoga en tanto tuviese dentro el arca sagrada. Y Patrick Silver había depositado el arcón de su padre en el almacén de Reyes de Munster. Sammy Doyle, el tabernero, tuvo la astucia de permitir que los ancianos de la congregación de Limerick orasen en su almacén. Si Patrick Silver llevaba su *shul* a otro vecindario, Reyes de Munster tendría que cerrar. Patrick generaba la mitad de los ingresos de Sammy. Los irlandeses de Abingdon Square iban al bar de Doyle para beber con el gigante de Limerick.

Sammy tenía otros problemas. Los Guzmán suponían un quebradero de cabeza. Nunca había oído hablar de un *shul* con cinco inquilinos permanentes. Sus parroquianos ya hablaban de los gitanos que tenía viviendo en el bar. Bloqueaban el acceso a Reyes de Munster. El bar tuvo que adaptarse a un flujo constante de brujos. (Papá los llamaba para que cambiasen los vendajes de Jorge y cantasen sobre las piernas destrozadas del muchacho). Del santuario emanaba un hedor que flotó durante días sobre el bar. Papá asaba pollos en el almacén. Los hechiceros habían exigido ofrendas en forma de carne de pollo para apaciguar a Baal, protector de las ciudades, capaz tanto de curar a un lisiado como de arrastrarlo por las cloacas, dependiendo de su humor.

El tabernero tuvo que tolerar la peste. No podía importunar a Patrick al respecto. Silver estaba enamorado de la pequeña *goya* de Jane Street. Sammy tenía que consolarle cada vez que llegaba tambaleante al bar y pedía sus botellas de Guinness. El tabernero le recordaba de niño. Todos pensaban que sería más grande que el viejo gigante de Munster, Cruathair O'Carevaun, quien en un arranque de rabia destruyó el puerto de Cork tras ser expulsado de un burdel para marineros, allá por 1709 (las chicas temían lo que se escondía debajo de los pantalones de Cruathair). Pero el gigante de Limerick dejó de crecer a los doce años. Patrick se quedó en metro noventa y cinco para el resto de su vida.

Brindó con las mejillas manchadas de Guinness y deambuló por Reyes de Munster, que en ese momento era sinagoga, bar y pensión. Un arranque de furia le sacó del local. Estaba intentando recortar la lista de pretendientes de Odile. Para ello se apostaba en Jane Street con uno de los escobones de Sammy (había perdido la porra en el incendio) y ahuyentaba a los hombres que llegaban con flores y regalitos para Odile. Patrick se enfrentaba pecho contra cara con Pimloe (Herbert era mucho más bajito que el gigante de Limerick) dos veces al día. Pimloe bailoteaba bajo las narices de Patrick y juraba:

—Te voy a machacar, San Patricio. ¿Sabes quién soy yo? Soy el lugarteniente de

Isaac. El comisionado no puede ni pestañear sin Herbert Pimloe.

—Pues vuelve a casa con Isaac. Porque como hay Dios que te daré una zurra aquí, en mitad de la calle.

Patrick tenía un dilema. No podía pasarse toda la tarde patrullando Jane Street. Tenía una cita en el centro. Así que dejó el escobón en las escaleras de Odile para recordar a todos los visitantes que su presencia en la casa no era bienvenida. Se encaminó hacia el este, hacia los altos hoteles y las suntuosas residencias de la parte baja de la Quinta Avenida. Recorrió la avenida con su camisa de fútbol destrozada; sobre su espalda, los jirones de tela ondeaban como dedos sucios. La gente se apartaba a su paso, los niños señalaban con el dedo al hombre de la camisa destrozada, que era tan pobre que no podía permitirse unos zapatos.

San Patricio no sólo tenía a la pequeña *goya* metida en la cabeza. Su encuentro con Isaac le había desconcertado. Un comisionado no tenía por qué zurrarse con un antiguo miembro de la brigada de las pistolas de goma. ¿No sería que Isaac se había revolcado con Patrick por el suelo para susurrarle al oído cosas sobre Jerónimo? Al cruzar la Calle 34, se detuvo para gritar delante de una tienda de moda de caballeros:

—¡No es un degenerado! ¡Que me caiga muerto ahora mismo si Jerónimo es el loco del pintalabios!

De la tienda salieron unos chicos que se quedaron mirando al grandullón harapiento. San Patricio se alejó de ellos. Tomó la Calle 50, y se quedó mirando ceñudo las hermosas carteras de una tienda de artículos de cuero. Prefería las cosas sencillas, carteras en las que no importaban los rasguños, camisas deterioradas pero aún presentables. Iba a visitar al tío de Odile: Vander Child, el ángel de Broadway, para discutir el futuro de Odile con él. Su vestuario completo, camisas y trajes de sus años de detective, había quedado destruido junto con el *shul* de Bethune Street. No quiso que Hughie le prestase una chaqueta. Él era Patrick de las Sinagogas, el apóstol de las dificultades.

El portero de Vander esbozó una media sonrisa al verle. Patrick sacó una botella de Guinness del pantalón y le quitó la chapa con los dientes. Bebió la botella de un trago.

—Dile al señorito que su sobrino Patrick va a subir.

El portero llamó a Vander y le explicó que había un gigante en el vestíbulo.

—Uno de los malos, señor. Dice que es sobrino suyo. Bebe un mejunje negro, y ha dejado la botella en el suelo.

Vander recibió a San Patricio cerca del ascensor, le estrechó la mano y le condujo a su apartamento.

Patrick relajó los hombros. Atravesaron habitación tras habitación con muebles blancos como el hueso, cómodas más altas que su frente, cajoneras tres veces más anchas que él. Se volvió hacia el tío Vander y le expuso su petición. Pero la cerveza,

el paseo hasta el centro y la preocupación por Jerónimo le impedían hablar con claridad. Las frases se le agolpaban en la lengua y salían inconexas, incoherentes:

—... Certificado de matrimonio... Zorro... Boda falsa... esposa...

Vander sonrió. Su sobrina le había hablado de Patrick. Aquel grandullón la estaba acosando. Se quedaba frente al edificio de Odile y espantaba a sus clientes y amigos con un escobón. Nadie podía ver a Odile excepto los hijos subnormales de Papá Guzmán y el propio San Patricio. Su devoción estaba arruinando a Odile. Ya no podía recibir a nadie en su apartamento, ni desnudarse delante de nadie. Por su culpa iba a caer en la miseria.

—Odile no le quiere a usted en Jane Street, señor Silver. Se entromete usted demasiado. Le tiene a usted cariño, creo, pero no busca un abuelito. Manténgase alejado.

Patrick recuperó la lengua. Asió a Vander por las solapas, le alzó hasta que las pupilas de ambos estuvieron a la misma altura y dijo:

—Yo no soy el abuelito de nadie, señor Child. Soy un muchacho de cuarenta y dos años. Mi padre era vicario, mi madre repartía pan, y yo voy a casarme con su sobrina.

Regresó a Reyes de Munster, invitó a los presentes a una ronda de Guinness, se sonó la nariz y anunció su compromiso con la pequeña *goya*. Sus muchos maridos, Papá, Jorge, Alejandro, Topal y Jerónimo acogieron la nueva con alegría.

—Irlandés, no puedo hablar por Zorro —dijo Papá—. Pero puedes quedarte con mi parte. La *goya* es tuya.

Para celebrarlo, Sammy metió unas cuantas hamburguesas congeladas en el horno eléctrico.

—Como hay Dios que hoy coméis todos.

Papá se quedó mirando aquella caja sudorosa con un desprecio enorme. Apagó el horno y tiró las hamburguesas. A continuación le susurró a Topal la lista de la compra. Topal buscó unos cuantos lápices de colores en el almacén, se pintó las mejillas para camuflarse y partió hacia la fábrica de embutidos de Hudson Street con la lista de su padre.

Mientras los irlandeses bebían otra ronda de Guinness en el bar, Papá preparó un potaje de judías y salchichas. El aroma del cerdo sazonado al fuego estuvo a punto de volver locos a los irlandeses, que en Reyes de Munster nunca habían comido nada excepto bocadillos escuálidos y patatas de bolsa.

Sammy, responsable del local, tenía derecho a adelantarse a sus clientes y probar el guiso con el cucharón. Un bocado de judías con salchichas le convenció de que Reyes de Munster no podía dejar marchar a sus inquilinos. Los irlandeses encontraron platos y servilletas en el estrecho aparador de detrás de la barra y se sirvieron el potaje de Papá. Se sentaron junto al gigante de Limerick a engullir

salchichas y judías.

Patrick no quiso ni tocar el potaje. Sentado en un taburete, observó a Jerónimo jugar con los lápices de colores de los Guzmán. Jerónimo estaba en el santuario. Encogido bajo las puertas del arcón babilonio, reblandecía las minas con el calor de sus dedos. Luego llevó los lápices consigo al lecho de Jorge. El Bebé empezó a pintarle los labios a su hermano. Jorge sonrió, con la boca cubierta de cera. El Bebé era mucho más concienzudo. Tensó la cara mientras aplicaba la cera. La vena artística del hijo mayor de Papá era evidente. De los labios de Jorge pasó a los lóbulos y a los ojos. No había nada de circunstancial en su trabajo. Era capaz de compensar las irregularidades de mejillas y cejas. Dibujaba halos perfectos.

Patrick apartó la vista, incapaz de seguir espiando a los dos hermanos. Había tenido una fea revelación: Jerónimo era el loco del pintalabios. Pintaba a niños pequeños y luego los asesinaba. Patrick siempre había sido un detective malísimo. Isaac era el genio, y no Patrick Silver, de la brigada de pistolas de goma. El jefe podía examinar la escena del crimen e hilvanar una historia a partir de una caja de cerillas, algo de sangre en el zapato de la víctima, los resguardos de unas entradas de cine y los esputos en un pañuelo. Pero Patrick vio los halos en torno a los ojos de Jorge. Él también fue capaz de esbozar una historia a partir de los trazos firmes del puño de Jerónimo. Las líneas de El Bebé eran fuertes. Nunca hundía el hombro. Le juzgaba a uno con los lápices. Primero te marcaba, y luego te arrancaba la vida. Jerónimo era el loco.

¿Había empezado como un juego? A Jerónimo le hacía falta una criatura dócil para practicar su arte. Uno de sus hermanos, o un niño. Subidos al tejado, cogidos de la mano. Al principio, la cera debía de haberle gustado al niño. Pero luego no habría querido estarse quieto. ¿Era aquello lo que había enfurecido a Jerónimo? ¿Por eso había acuchillado al niño pintarrajeado?

Patrick buscó el arma que usaba Jerónimo. En el tesoro de la familia sólo encontró objetos romos: cucharones de helado, silbatos de plástico, cordones de hueso. ¿Dónde estaba el cuchillo de Jerónimo? Patrick tuvo que colarse a rastras en el santuario mientras los Guzmán estaban ocupados y Jorge dormía. Buscó en todos los escondrijos posibles. Se le encajaron los dedos en las grietas de la parte posterior del arcón y pasó un rato muy desagradable intentando liberarlos. Lo único que encontró fue polvo y un ratón muerto.

Patrick dejó de patrullar delante de la casa de Odile. Se quedaba en Reyes de Munster. Bebía su cerveza negra con la vista puesta en Jerónimo y atendía las necesidades del *shul*. El rabino Hughie había puesto un cepillo de colectas en la barra para que la gente contribuyese a que el *shul* pudiese contratar a un chanfre durante las festividades. Estando San Patricio tan cerca, los irlandeses tuvieron que rascarse los bolsillos y llenar el cepillo de Hughie con billetes de un dólar. Hughie se desesperaba,

incluso con el cepillo lleno: ¿qué chantre iba a querer cantar el Kol Nidre en la parte de atrás de un bar? El *shul* tendría que contratar a un renegado, un *hazan* expulsado de las sinagogas de Nueva York.

Patrick no era capaz de concentrarse en la cuestión de los chantres. Esperaba a que Jerónimo se echase a la calle. El Bebé no se movía. Tenía su caja de lápices de colores, hermanos, chocolate blanco, *halvah* y los guisos de su padre. Encerrado en un bar irlandés, sin nada mejor que hacer, Papá aceptó la invitación de Jimmy para convertirse en el principal cocinero de Reyes de Munster. Sobre el bar descendió una plétora de comida. Papá no se conformó con hundir salchichas en una tumba de alubias negras. Pidió a los hechiceros marranos que llevaran sus especias a Horario Street. Preparó platos con los que jamás habría soñado un irlandés: picadillo de pollo y calamar sobre una pila de arroz amarillo, aderezado con pimientos, aceitunas y pepino de mar; escalopines tan finos que se derretían en la lengua; salsas capaces de despertar estornudos; tiras de *abulón* que se retorcían en la boca como alevines; y diez variedades de cerdo.

Los platos de Papá empezaron a atraer a los irlandeses de otros bares. Desde las cuatro de la tarde hasta medianoche, las horas en que Papá tenía abierta la cocina, no había un asiento libre en Reyes de Munster. Patrick tenía que abrirse paso con ambos codos para conservar su puesto; si no, El Bebé se le habría escabullido en la neblina de irlandeses. Cuando la multitud se hacía insoportable, se apoderaba de la caja de lápices, sabiendo que Jerónimo no podía desaparecer sin sus colores. A veces, mientras los irlandeses se atiborraban de calamares y *abalón*, alzaba la vista y veía a El Bebé con la mirada fija en él, Jerónimo con un lápiz en la boca, los ojos enormes, las orejas hinchadas por el calor, y Patrick tenía que apartar la mirada o bajarla hasta sus calcetines.

Una tarde, Patrick se vio asaltado por una docena de irlandeses que le conminaron a echar un pulso con todos ellos. Patrick se enfrentó a los irlandeses de cuatro en cuatro. Cuando tenía ya a los últimos apoyados contra el brazo, se le ocurrió volver la vista hacia el santuario. Escudriñó el territorio de los Guzmán en el almacén: camas, fardos, suelo. La caja de lápices no estaba.

—Dios santo —dijo Patrick, sacudiéndose irlandeses del brazo. El Bebé había conseguido escabullirse bajo las mismísimas narices irlandesas de Patrick.

—¿Dónde estáaaa esee chiiiico?

Los clientes de Sammy se agolparon junto a las paredes del bar al oír el rugido de San Patricio.

Patrick embutió unas cuantas botellas de Guinness en sus podridos pantalones, se sacudió los muslos y salió a la calle. ¿Por dónde deambularía un bebé? Los viejos establos y fábricas de Greenwich Street no le interesarían. Patrick se dijo que Jerónimo iría hacia Perry o Charles. Abingdon Square estaba repleto de gente y había

demasiados coches para secuestrar a un niño en la acera. Patrick llegó al comienzo de Charles Street. No se veía a ningún niño por los alrededores. Perry Street estaba lleno de grupos de turistas *gays* que se mofaron de aquel gigante canoso, harapiento y descalzo.

Patrick siguió caminando hacia Bethune Street. A media manzana del *shul* calcinado vio a Jerónimo caminando con un crío. El gigante les siguió con las rodillas temblorosas. No fue capaz de ver nada impropio en su paseo (Jerónimo no manoseaba al crío, ni le tocaba la ropa). Elevó una plegaria a Esaú, el velludo, el desafortunado hijo de Isaac y Rebeca, para que despejase su cerebro de irlandés. El crío le preocupaba. Era verano, pero llevaba gorra y abrigo, y uno de sus tobillos era más grueso que el otro. Patrick había convivido durante quince años con aquellos «tobillos gordos»; eran muy habituales en la comisaría central. Una de dos: o el crío sufría elefantiasis o llevaba una pistola cerca del zapato.

Patrick maldijo su propia credulidad. El crío era un cebo enviado por Isaac para atrapar a Jerónimo y atraerle a los tejados. Patrick se había precipitado al juzgar a Jerónimo. ¿Por qué no podía el niño de Papá pasear por Bethune Street? ¿Qué había de malo en visitar un *shul* muerto? El crío estaba allí para seducir a Jerónimo. Luego subirían a un tejado decidido de antemano por Isaac. El crío le daría un besito en la mejilla a Jerónimo, según el plan acordado. A continuación, la Poli se abalanzaría sobre El Bebé, lo esposaría y gritaría «¡el loco, el loco!».

Pero no sucedería si San Patricio jodía bien jodido a Isaac *el Valiente*. Intentó advertir a Jerónimo. Hizo bocina con las manos y gritó hacia la calle:

—¡Jerónimooooooooo!

Jerónimo no caminaba hacia los tejados. El mequetrefe entró con él al *shul*.

—Dios —dijo Patrick.

Corrió hacia el *shul*, con las botellas tintineando en los bolsillos. Mareado por culpa de la cerveza, el gigante tuvo que reducir el paso para evitar caer de bruces al suelo. Los servicios municipales habían cegado con tablones la entrada al *shul*. Jerónimo y el crío debían de haberse colado por debajo de las tablas. Patrick no podía entrar. Se destrozó los dedos tirando de los maderos. Pisó clavos largos de carpintero, y la herrumbre le horadó el talón. Invocó a Cruathair O'Carevaun, el gigante de Munster, para que le diese fuerza frente a aquellos tablones. Finalmente consiguió abrir un agujero suficientemente grande.

El *shul* estaba oscuro como un barril de patatas. Patrick no podía ver más allá de sus narices. Se quedó clavado en el sitio hasta que sus ojos se acostumbraron a la penumbra. No había escaleras que trepar. El *shul* parecía una caja vacía. Las paredes olían aún a fuego. San Patricio avanzó con cuidado entre los cascotes.

—¡Jeróooooonimo!

Algunos cascotes resbalaron. Se oyó un «coño», y luego un «joder». Parecía una

chica. Patrick siguió avanzando. Del emplomado de la pared, donde antes estaba la vidriera, le llegaron destellos de una luz parda, tiznada. Jerónimo y el mocosito se revolcaban a los pies de Patrick. El crío era una agente de policía diminuta, con el pelo cortado a lo chico.

—Maldita espía —dijo Patrick. La apartó de Jerónimo.

Ella forcejeó entre los brazos de Patrick, la boca llena del hollín del *shul*, mientras Jerónimo huía. Debía de haber perdido la pistola en la refriega, porque la funda del tobillo estaba vacía.

—Maldito hijo de puta —dijo ella—. Obstrucción de un agente de policía. De ésta te van a mandar a Riker's Island.

Patrick la depositó entre los escombros.

—Bonita manera de montar una trampa. Besuqueándose con un pobre chaval loco en mi *shul*. Mejor reza para que no me queje a Isaac.

La agente le miró con desprecio.

—Ha intentado matarme, macaco irlandés.

—¿Con qué? ¿Con los lápices? ¿O con la porra que lleva en el pantalón?

—Con esto —dijo ella, y depositó en la mano de Patrick un objeto reluciente.

Era cálido al tacto. Patrick achinó los ojos en la luz tenue y reconoció el mango de un cucharón de helado. El gigante intentó pincharse. El mango estaba afilado por ambos extremos. Jerónimo debía de haberlo frotado contra las tuberías de la tienda de dulces de Papá. Patrick notó que tenía un lápiz de colores entre los pies. Recuperó la caja de colores y salió tambaleante del *shul*.



Una brigada de detectives de ojos azules irrumpió en Reyes de Munster con escopetas y una orden de detención contra Jerónimo (la cría debía de haberles contado a todos los comisionados de la central la lucha que había sostenido con el loco del pintalabios en la sinagoga de San Patricio). Los detectives hicieron ponerse a un lado a los irlandeses, buscaron detrás de la barra, observaron detenidamente a Jorge, inspeccionaron el arcón, se inclinaron ante Patrick y se fueron.

Papá no quiso servir comida tocada por los «ángeles» de Isaac. Tiró todo el *abulón* y los calamares al cubo de la basura y empezó a preparar otro guiso. Sazonó un cazo de arroz con azafrán y miró furioso a Patrick Silver.

—Tú estás con nosotros, ¿no, Patrick Silver? ¿Por qué has dejado que nos pasasen la mano por la cara?

—Moses, lo que me preocupaba no eran las escopetas. Conozco varias oraciones para cuidar las heridas de bala. Pero no se puede luchar contra la firma de un juez.

—De acuerdo, pero sí puedes tragarte el papel en el que está escrita.

—¿De qué serviría, Moses? Acabarían volviendo. ¿Dónde está Jerónimo?

—Dios sabe. Huye de ti y de la policía. ¿Por qué tuviste que asustarle, irlandés? Él confiaba en ti.

—Te juro que le quité a esa poli pequeña de encima. ¿Qué más podía hacer?

—Podrías haberle cogido de la mano y haberlo traído junto a su padre. Zorro te tenía bien calado. Ya me dijo una vez que aunque tú e Isaac llevaseis diez años andando a la greña, al final acabarías metiéndole el dedito por el culo. Isaac te tiene cogido de las pelotas. Irlandés, eres un poli sin placa.

—Zorro no dice más que chorradas —dijo San Patricio. Dejó caer el «cuchillo» de Jerónimo en el mostrador—. Moses, con este juguete se le puede rajar la cara a cualquiera. No es la clase de trasto que esperas encontrarle a un chaval de cuarenta y cuatro años.

Papá le echó un vistazo al afilado trozo de metal del mostrador.

—¿Ésas son todas tus pruebas, irlandés? Tu tío el de la comisaría roba un puto cucharón de helado de Boston Road, lo parte por la mitad y se lo coloca a Jerónimo, para que un capullo como tú se crea el camelo. ¿No dices que había una policía con Jerónimo? Isaac adiestra a una putita para que se vista como un chico. A Jerónimo el disfraz no le engaña. Ella se contonea ante él y juntos van al *shul* que Isaac incendió. ¿Y por eso ha de ser Jerónimo el loco del pintalabios?

—No soy un abogado yanqui. Soy incapaz de argumentar las sutilezas del bien y del mal. Pero si los fabulosos nenes de Isaac le echan el guante a El Bebé, va a cojear una temporada. Isaac sabe cómo sonreír a un juez. Cavarán un hoyo para El Bebé, y nunca le encontrarás.

Papá se mordió el labio.

—Moses, puedo ayudarte si llego antes que nadie a donde está El Bebé. ¿Está en Manhattan o en el Bronx? Dímelo.

Papá se encogió de hombros y regresó a su guiso.

Patrick salió a la calle. La cerveza empezaba a hervir en sus pantalones. Abrió una botella con el pulgar y bebió la cálida cerveza negra. Llegó a Abingdon Square con el sol metido en los ojos. Un patrullero de camisa veraniega le confundió con un pordiosero y le hundió la porra en las costillas.

—Venga, andando, pringado. Vuélvete con tu mierda a Bowery. Aquí vive gente respetable.

Patrick no se quejó: permitió que la energía contenida en la porra del policía le empujase hacia la parte alta. Tenía dos barrios enteros que rastrear en busca del escondrijo de Jerónimo. El gigante estaba perdido. ¿Era mejor vigilar los columpios de Little West con la Calle 12? ¿O mejor seguir hacia la Novena Avenida? ¿O infiltrarse en los edificios de Chelsea? Sus piernas torcidas le llevaron a la Calle 23. No le quedaban botellas en los pantalones. Tenía que buscar un bar irlandés y repostar Guinness. ¿No debería dejar las calles y seguir a El Bebé por los tejados? Mientras deambulaba por la cuneta, un taxi estuvo a punto de arrancarle de cuajo las rodillas. La puerta trasera se abrió. Un gruñido familiar le llamó desde el oscuro interior del taxi.

—Mueve el culo, irlandés.

Patrick se arremangó lo que quedaba de su camisa y se acomodó entre los cojines. El taxi salió disparado, dejando atrás las bulliciosas aceras de la 23. El gigante iba sentado junto a Zorro Guzmán, el Zorro de Boston Road.

—Enhorabuena, irlandés.

—Zorro, los Guzmán no felicitan nunca sin una pizca de malicia. ¿En qué te he ofendido?

—Irlandés, te juro que lo digo en serio. Papá me ha dicho que estás enamorado de Odile.

—Papá dice muchas cosas.

—Quédate con la *goya*, irlandés. No llores. Zorro te la da.

—Quizá no esté en tu mano dármele.

—¿A qué vienen los insultos? —dijo Zorro, arrellanado en su asiento—. Tengo un cuarenta por ciento de ella, por lo menos. Pero no vamos a discutir ahora por eso. Irlandés, tú has cuidado de mi hermano. Eso vale un cuarenta por ciento de cualquier *goya*.

—Tu padre cree que le vendí El Bebé a Isaac.

—No le juzgues mal, irlandés. Sería capaz de matar a la mitad del Bronx por Jerónimo.

Zorro sacó el juguete de metal de El Bebé de uno de sus bolsillos.

—No tendrías que haberle enseñado esto a Papá. Le has ofendido.

—Lástima —dijo San Patricio—. Papá jura que es de Isaac, un camelo para hundir a El Bebé.

—No —dijo Zorro—. Es de Jerónimo. Casi siempre lo lleva en la camisa.

El gigante se acercó al benjamín de Papá.

—Entonces tu padre debería reconocer quién ha estado rajando niños por los tejados.

—Irlandés, trabajas para nosotros. Recuérdalo. Tu tarea es proteger a Jerónimo, no ponerle las esposas.

—Jesús —murmuró Patrick—. ¿Y qué debería hacer con los pequeños muertos? ¿Queríais que le encontrase carnaza nueva a Jerónimo? ¿Quiere usted que le acompañe por los tejados, señor Zorro?

—Irlandés, nosotros no somos como los estadounidenses. Tienes la palabra de Zorro. Mi hermano no volverá a acercarse a los tejados.

—Te lo agradezco —dijo San Patricio, mientras por la ventanilla observaba las calles, hinchadas y pesadas. Al igual que su antepasado, O'Carevaun el gigante, tenía ganas de destruir determinadas cosas. Si Cruathair había podido dismantelar el puerto de Cork, Patrick podía zamparse Manhattan, manzana a manzana, digiriendo gente, farolas, perros y ladrillos. Tenía una sequedad atroz en la garganta. La sed estaba matando a Patrick.

—Estoy reseco —dijo, incorporándose en el asiento—. En medio minuto voy a vomitar sangre. Para el coche.

Zorro tuvo que contener al gigante.

—No te muevas, irlandés. Ahora salimos.

El taxi les dejó en Columbus Avenue, en lado oeste de las Calles 80. Zorro dio un golpecito en el cristal y el taxista se perdió hacia el centro. Patrick no recordaba haber visto la cara del conductor. ¿Podía Zorro dirigir una flota de taxis con un simple gesto de la mano? Se metieron en un bar de cubanos en la Calle 89. Zorro debía de conocer a la gente del bar. Se restregaba contra los cubanos mientras repetía: «Hombre, hombre». Los cubanos le sonrieron con sus dientes de oro. Pero recelaban de un gigante con pistolera. Patrick notó que le rodeaba un mar hostil de ojos. Se desplomó en un taburete, convencido de que tendría que beber cerveza rubia con los cubanos.

—¡Cerveza de perro<sup>[5]</sup>! —le graznó Zorro al camarero.

La frente de Patrick se arrugó al ver una Guinness sobre el mostrador.

—Madre de Dios —dijo.

El camarero había conjurado dos preciosas botellas de cerveza negra. San Patricio aceptó sin queja el milagro.

—Salud.

Las botellas estaban frías. Las calentó en la mano (la «fiebre» devolvería a las botellas el sabor amargo que tanto le gustaba a Patrick). Luego bebió con el Zorro.

—Zorro, ¿quién les ha hablado a estos chicos de la Guinness?

Zorro tenía el labio cubierto de espuma parda.

—Irlandés, eres patético. Vivir en una sinagoga te ha atontado. ¿Cómo puedes ver el mundo con un manto echado sobre la cabeza? En Cuba tenían Guinness antes de que alguien como tú naciese. Los habaneros la llaman «cerveza de perro». Los padres se la dan a sus hijos. Para que les salga pelo en el pecho. Vamos, irlandés. Tengo que encontrar a mi hermano.

—¿Está Jerónimo por aquí cerca? ¿Le esconden los cubanos?

—Cállate ya, irlandés. Coen tenía un tío, Sheb. Acostumbraba a jugar con Jerónimo. Meaban juntos en la taza, comían huevos duros, se tumbaban al sol delante de la tienda de dulces de mi padre. Sheb está en un hogar de ancianos cerca de Riverside Park. Allí es donde tenemos que buscar. Cuando mi hermano se canse de caminar, iré a buscar a Sheb.

—Coen no acaba de morir —dijo Patrick—. Ojos Azules es el capullo al que todos usan. Yo, tú, Isaac, Odile, Papá, Jerónimo y ese tío, todos nos alimentamos de su leche y de su sangre. Y no quiere desaparecer. No puede uno dar un paso sin encontrarse trozos de Coen entre los dedos.

—Tenemos cosas que hacer. Así que no me calientes las orejas. Isaac no es un ignorante. Sabe cómo se mueve mi hermano. Me juego algo a que tiene a cinco agentes sentados con Sheb Coen. Yo no puedo advertir a Jerónimo. La panda de cabrones de Isaac me daría de patadas. Pero tú puedes encontrar a mi hermano antes de que llegue al hogar de ancianos. A Isaac le dan miedo tu *yarmulke* y tus calcetines negros. No le buscará las cosquillas a un chico de sinagoga.

Estaban a una farola de distancia del bar cubano y Patrick volvía a tener ganas de cerveza de perro. Cualquier mención de Isaac iba directa a su garganta. No podía recorrer una milla irlandesa sin mamar de una botella. Zorro intentó atajar por Broadway. Le preocupaban los agentes de paisano camuflados en la multitud de chulos, putas, mendigos, lisiados, travestidos, viudos, retrasados mentales, heroinómanos, vendedores de cucuruchos de helado, fugitivos, carteristas y músicos callejeros que podrían reconocerle. Pero el gigante aferró a Zorro por la camisa y le arrastró a un bar irlandés de Broadway, el Claremorris; de joven frecuentaba el bar con el comisionado. Acostumbraba a acercarse para beber una Guinness, con o sin huevo.

—¿Estás loco, irlandés? Éste es un bar de detectives. No puedes dar ni medio paso sin olerles el aliento.

—No te preocupes —dijo Patrick—. Conmigo estás a salvo.

—¿Y qué hay de Jerónimo?

—Ahora vamos a por El Bebé. Enseguida. Necesito un par de pelo en pecho.

Patrick vio a unos cuantos viejos hermanos suyos de la sociedad Shillelagh. Eran detectives de primera y arrugaron la nariz al ver a un poli reducido a la categoría de conserje vestido con ropas hediondas. Supusieron que Zorro era una rata de las que Silver había salvado de su *shul* en llamas. ¿Quién si no llevaría las mejillas pringadas de amarillo? A Patrick la actitud glacial de sus hermanos le traía al paio. Tenía la vista clavada en los santos lomos de una chica que bailaba con cuatro marineros al fondo del local. Sus caderas parecían raíces largas y sinuosas mientras pasaba de marinero en marinero. Jesús, la silueta bajo la falda ceñida era muy familiar. No hizo falta que se volviera y guiñase un ojo. El lomo pertenecía a Marilyn *la Fiera*.

¿Qué estaba haciendo la delgaducha hija de Isaac en el Claremorris? No se confundía. La había visto a menudo pasear por los pasillos de la comisaría central del brazo de un marido, que cambiaba de año en año. A Patrick no le gustaban aquellos maridos. Todos lucían ostentosas botas de cuero y un bigotito recortado. Hasta el último oficinista del despacho de Isaac sabía que la chica estaba enamorada de Manfred Coen. Aparcaba a su bigotito con su padre y remoloneaba junto a la mesa de Coen. Los polis de su padre se daban un festín con ella. No había manera de pasar por alto aquellos pechos, ni la curva de su trasero irlandés. Todos la observaban hasta que Isaac salía para fulminar con la mirada a Ojos Azules y llamar a Marilyn *la Fiera*. San Patricio de las Sinagogas, el detective diácono de Bethune Street, tenía la polla más dura de todo Nueva York cuando Marilyn aparecía.

Patrick la hubiera dejado retozar con los marineros, pero algo no encajaba. Marilyn parecía cansada de su compañía. Tenía una maleta debajo de la mesa, y los marineros no le permitían que la recuperase. Los cuatro la tenían atrapada en una jungla de brazos, piernas y blusas marineras. No conseguía escapar de la red de marineros. Algunas manos se metieron en su blusa. Los caballeros sentados a la barra parecían bendecir el cortejo múltiple de Marilyn. Había muchos aplausos y silbidos en el Claremorris. Los gritos de ánimo envalentonaron a los marineros. Marilyn iba de hombro en hombro, con la cabeza echada hacia atrás, la vista clavada en el techo mientras cuatro marineros la sobaban al mismo tiempo.

San Patricio empezó a apartar caballeros de su camino.

—Cuidado, chicos, que voy.

Zorro le aporreó la nuca.

—No te metas, *hombre*. Aquí les gustan los marineros. ¿Qué más te da a ti ese palillo?

—Es amiga mía —dijo Patrick.

—Eso ya es otra cosa. Tú ve a por los brazos, irlandés, yo me encargo de sus huevos. Pero date prisa... ¿Cómo se llama?

—Marilyn *la Fiera*.

Zorro enseñó los dientes.

—Hombre. Isaac anda por ahí intentando cargarse a mi hermano, ¿y tú esperas que salve a su niña? Debería bailar con los marineros y darles la enhorabuena.

—Vale —dijo Patrick—. Pero entonces tendría que partirme la cara a ti también. Zorro, no culpes a Marilyn de la mierda de su padre.

Patrick trincó a dos de los marineros por el cuello alto y cuadrado de sus blusas y los apartó de Marilyn. Zorro tumbó al tercer marinero de un mordisco justo por debajo de la rodilla. El cuarto marinero echó un vistazo al loco de Patrick y salió corriendo del bar. La clientela del Claremorris estaba furiosa con Patrick y su sapo. Les parecía inmoral morderle la rodilla a un marino. Los detectives de la sociedad Shillelagh llevaban unas cachiporras diminutas en los bolsillos, y con ellas podían chafarle las orejas a un conserje y sus amigos.

Zorro se encogió. Rezó a tres de sus santos: Moisés, Judas y Simón del Desierto.

—Escúchame —susurró—. No peeles con los codos. Así no ganaremos. Tírate a por los ojos.

Los parroquianos avanzaron hacia Patrick. Les gustaba la idea de organizar una buena trifulca irlandesa a media tarde. Algunos canturreaban. Todos miraban a Marilyn.

—San Patricio, ¿nos das permiso para bailar con tu amiguita?

—¿Estás prometido con el bombón, Pat?

—Sé buen chico. Enséñanos cómo le bendices el chochete.

—Cuidado con lo que decís —dijo Patrick—. Es la nena del comisionado. La hija de Isaac.

Un hedor atravesó el Claremorris. Los miembros de la sociedad Shillelagh olían su propia ruina. Habían insultado al padre Isaac, le habían gritado guarradas a Marilyn la *Fiera*. Ahora temían la pérdida de sus salarios.

—Señorita Marilyn —dijeron, mientras desempolvaban su maleta—. Señorita Marilyn.

Patrick cogió la maleta y acompañó a Marilyn hasta la puerta del Claremorris. Ella no había olvidado al hosco gigante irlandés que compartía escritorio con Manfred Coen. Los agentes de su padre le habían puesto el mote de San Patricio de las Sinagogas porque nunca habían oído hablar de un irlandés tan apegado a un *shul*. Ojos Azules le tenía cariño al gigante. A veces se sentaban los dos en el escritorio y compartían una tarrina de queso fresco. Marilyn sonrió a San Patricio. Tenía las costillas magulladas por los achuchones de los marineros. Había entrado en el Claremorris para tomar un whisky sour. Le dio pena uno de los marineros y accedió a bailar con él (acababa de llegar de Seattle, una ciudad de marineros en la que chicos solitarios deambulaban por las calles vestidos de un blanco tan puro que ni siquiera la lluvia conseguía ensuciarlo). Marilyn no había contado con un magreo en Broadway;

se vio obligada a bailar con ocho rodillas metidas entre las piernas.

—Patrick —dijo—, no le dirás a mi padre que estoy en Manhattan, ¿verdad?

—Tu padre y yo no nos hablamos mucho. ¿Necesitas una pensión? Puedes quedarte con nosotros, siempre que no te importe dormir al lado de un barril de whisky.

—Gracias —dijo ella—. Ya encontraré algún sitio. E iré a ver a Isaac cuando esté lista.

Cogió la maleta, se puso de puntillas para besar a San Patricio, recuperó su estatura para besar a Zorro y echó a caminar hacia el bullicio de Broadway, donde los vendedores de helados y otros hombres comentaron la hermosura de sus tetas, su culo y sus piernas. El gigante se habría enfrentado a todos los hombres del vecindario para proteger a la señorita Marilyn (la admiración por sus lomos era más recatada), pero Zorro le tiró de la pistolera.

—Irlandés, no es el momento. Jerónimo anda suelto.

Tuvieron que abrirse paso entre las chicas de Broadway para llegar hasta Riverside Drive. Las alcantarillas emanaban un gas verdoso. Patrick añoraba la tranquila bruma de la cerveza en el interior de Reyes de Munster.

Zorro le apostó a una manzana del Manhattan View Rest Home, donde vivía el tío de Manfred. Luego desapareció detrás de los maleteros de los coches aparcados a lo largo de Riverside Drive. El gigante se impacientó mientras esperaba a Jerónimo. Imágenes de niños con heridas en el cuello le atravesaron el cráneo. Con sus siestas en el viejo *shul*, El Bebé había conseguido que Patrick bajase la guardia. Jerónimo salía del sótano mientras Patrick bostezaba sobre sus botellas de cerveza. Con el guardián refugiado en Reyes de Munster, Jerónimo podía salir de caza. Patrick se frotó los puños. Por amor de Dios, los Guzmán le habían utilizado para cubrir el rastro de El Bebé. Todo el lucro que había obtenido de ellos, el dinero que había mantenido con vida al *shul*, estaba manchado de tripas de niños.

Mantuvo los ojos abiertos. Le había jurado fidelidad a Papá Guzmán. No pensaba traicionar al clan. Sin más calzado que sus calcetines, resultaba un vigía muy prominente; la cálida brisa que llegaba del parque sacudía los faldones de su camisa. El gigante empezaba a convertirse en plomo. No quería delatar a Jerónimo.

¿Cuántas horas pasaron? ¿Cinco? ¿Dos? ¿Una? Incluso de haber nevado en agosto, Patrick no se hubiera movido. Sus canas empezaban a encrespase. El resto de su cuerpo era gris. Un chico encorvado apareció en la esquina camino de Riverside Drive. Su pelo tenía el mismo color que el de Patrick, blanco con destellos de azul. Caminaba abrazado a los muros de los bloques de apartamentos, que a la luz del atardecer ardían en un furioso tono naranja. El chico galopaba a través de la bruma anaranjada. Nada podía impedir el avance de sus rodillas.

Patrick llamó a Jerónimo. En su frente se agolpaban los amargos recuerdos del

arte de El Bebé: ceras de colores, labios, mangos afilados y ojos. «Que Dios se apiade de todos»; no podía condenar a El Bebé. Un irlandés tenía una llama lo suficientemente grande en su interior para incendiar el planeta, pero no eran capaces de desterrar el afecto de sus corazones. Decidió olvidar las historias de monstruos. Volvía a ser el guardián de Jerónimo. Le mantendría alejado de los techos y escondería sus lápices y su trozo de metal.

—Jerónimo.

El Bebé miró hacia él por encima de los ladillos naranjas. Tenía la boca abierta y la piel tensa alrededor de los ojos. Se encorvó aún más. Empezó a caminar hacia atrás, arrastrando los pies y balanceándose sobre los talones, se sumergió en Riverside Drive.

—Jerónimo, no huyas de mí.

El Bebé saltó a la cuneta. No llegó a cruzar la calle. Un coche se detuvo ante él. Era el polvoriento taxi de Zorro. Patrick pudo verle a través de la ventanilla. Oyó el chirrido de la puerta. Las piernas de El Bebé estaban en el aire. Acomodó la tripa en el asiento. Estaba casi dentro del coche.

El gigante podría haber vuelto a capturar a Jerónimo. No tenía más que invocar los poderes de Cruathair O'Carevaun, asir el parachoques de Zorro y arrojar el taxi a Riverside Park. Patrick vio cómo Zorro se alejaba con Jerónimo.

—Hermano con hermano —dijo—. Dios les bendiga.

Se dirigió a Broadway. Aún podía beber cerveza de perro en un bar irlandés. Era el salvador de Marilyn *la Fiera*. La sociedad Shillelagh anunciaría sus muchos pecados: Patrick Silver, el esclavo de los Guzmann que perdió su pistola y se enamoró de una zorrita de Jane Street. Tanto daba. Aún podía entrar en el Claremorris con la pistolera colgada del muslo como una polla flácida. Ninguno de sus antiguos hermanos le expulsaría.



Zorro abrazó a Jerónimo durante el trayecto. Era un abrazo ávido. Quería palpar el relieve de los huesos de su hermano, las orejeras que llevaba en el bolsillo, las bolitas de naftalina que todos los Guzmán desmesuraban en los puños de sus camisas (la naftalina contrarrestaba el pestilente perfume del demonio). Zorro no tenía miedo de perderle. Jerónimo no iba a saltar del coche. El Bebé miró de hito en hito a Zorro. No gimoteó. No braceó. Siguió acurrucado en el pecho de Zorro.

Zorro hablaba consigo mismo. Se le ennegrecieron los ojos. Maldijo a Isaac y su control sobre las calles de Manhattan y el Bronx. Conocía los planes de su padre. Moses se iba de Estados Unidos. Zorro podría haber esquivado a los rubios ángeles de Isaac durante el resto de su vida, dormir en cabinas de teléfono, comen falafeles en los portales, mear en una botella y embadurnarse la barbilla de un color diferente cada día de la semana, pero no podía abandonar a su familia. Zorro era un niño americano. Sabría salir adelante en Perú, en México y en el Manhattan de Isaac. Robaría carteras, vendería chicas, recaudaría calderilla para una lotería inexistente. Era capaz de cubrirse de cera, barro, periódicos y estampillas verdes. Pero su padre había echado raíces profundas en el Bronx, e Isaac le había arrancado de cuajo. Perdido sin su granja y su tienda de dulces, Moses estaba harto del Nuevo Mundo.

Zorro podía incluso saborear los latidos de su hermano. Era fuerte como el *curry* al estilo Boston Road de Papá, aderezado con polvos procedentes de Uruguay. Ése era el aroma de los criptojudíos, picante y agrio, los extraños marranos cuyo amor y odio desprendían el mismo olor penetrante. La camisa de Zorro estaba húmeda. ¿Tenía Jerónimo la dentadura apoyada contra su estómago? El Bebé contemplaba las escaleras de incendios de la Novena Avenida. A veces intentaba descifrar los ideogramas sobre los escaparates de las pescaderías y pollerías, y sonreía al reconocer el morro de un pez espada, las plumas de un pollo, las patas palmeadas de un pato.

El taxi de Zorro se abría paso entre los huecos que dejaban los camiones en la parte trasera de los mercados de Gansevoort Street. Miguel, el conductor, era oriundo de Boston Road. Zorro le había contratado porque las compañías de Manhattan estaban infestadas de espías de Isaac. Miguel era el chófer de caseros, chulos y rateros como Zorro y Papá Guzmán. Se le pagaba para que estuviese atento a la carretera. Los conductores que se mostraban curiosos durante el trabajo a veces regresaban sin orejas al Bronx. Pero aquel barrio escuálido tenía a Miguel desconcertado. No entendía cómo la Calle 4 Oeste podía curvarse lo suficiente para cruzarse con la 13 Oeste. Zorro tamborileó en el vidrio. Miguel se metió en el patio de un viejo almacén de Washington Street. Vio a un hombre en el patio: Moses Guzmán.

Miguel intentó no mirarle fijamente. Los Guzmán eran gente susceptible. Si uno

no tenía la nariz apuntando al suelo, Papá podía pensar que le estaban echando mal de ojo. Pero no tenían más instrucciones que darle. Zorro y El Bebé salieron del coche. Miguel se encorvó sobre el volante para limitar su campo de visión y evitar así las cejas terribles, los cuellos y barbillas de los Guzmán.

Papá llevaba puesta la bata de cocina de Reyes de Munster.

Se había escabullido del bar entre guiso y guiso y había caminado con paso cansino hasta alcanzar la esquina con Washington Street. En media hora, los clientes empezarían a reclamar sus calamares. Papá disponía de poco tiempo. Había dejado a Jorge con Topal y Alejandro. Si los gorilas de ojos azules de Isaac volvían a asaltar el bar, Moses tendría tres hijos desaparecidos. Fabricaba su propio clima bajo la bata. Tenía frío en las costillas. Un escalofrío le recorrió la espalda al tocar a El Bebé.

Zorro susurró al oído de Papá:

—Podemos esconderle en el barco.

—No —dijo Papá.

—Podría huir con él. A Florida. Podríamos vivir con los cubanos.

—La mitad de los cubanos trabaja para el FBI. Lo tendrían sentado en el regazo de Isaac en dos semanas.

—Entonces deja que estrangule a Isaac, Papá, para que tengamos un respiro.

—Llegaría otro Isaac.

Papá vio que los hombros de su benjamín caían desinflados. Las mejillas de Zorro palidecieron bajo la cera amarilla. Pero la mandíbula se mantuvo firme. Papá no se hacía ilusiones respecto a su familia. Cuatro de sus chicos eran idiotas. Se había acostado con mujeres sifilíticas en los mercadillos de Perú, había fornicado con ellas como un perro de mil leches. Ninguna de sus esposas tenía un solo diente. Zorro había sido un accidente, el único Guzmán que no tenía el seso reblandecido. Papá daba gracias al Señor Adonai cada hora de su vida por haber tenido un hijo al que no le hacía falta contar con los pulgares. Zorro había resuelto a edad muy temprana la intrincada geografía de la tienda de dulces de Papá y se convirtió en el Zorro de Boston Road. Con su astucia natural amplió el imperio de Papá hasta alcanzar Manhattan. Pero no se olvidó de sus hermanos. Adoraba a Topal, Alejandro, Jorge y Jerónimo, y cuidaba de ellos. Les enseñó a todos a abrocharse la bragueta. Construyó con sus dedos un ábaco, y les enseñó a sumar y restar en furiosa concentración. Era capaz de detener el tráfico de Boston Road para ayudar a sus hermanos a cruzar la calle. El azafrán que inhalaba en un bar irlandés había nublado el cerebro a Papá: ¿no entendía Moses lo exasperante que resultaba para Zorro renunciar a uno de sus hermanos? Su instinto le animaba a seguir abrazado a su hermano, mandar a todo el mundo a tomar por culo y plantarle cara a Isaac y a su ejército de Manhattan.

—César, no seas ignorante. No durará ni un día en las Tumbas. Los presos son más viciosos que la policía. Ya sabes los motes que le pondrán. «Bujarra». «Jerónima

La Reina». No quiero que le echen sus sucias zarpas al cuello.

Papá sacó un ladrillo de la bata; era la única arma que había sacado del Bronx. La culpa era sólo suya. Había visto el barro en las botas de Jerónimo. ¿Acaso llovía en la tienda de Papá? El Bebé se iba a dormir con el pelo húmedo. Papá había preferido no ver que a Jerónimo le gustaba salir de caza. El Bebé salía por el ventanuco del fondo mientras sus hermanos roncaban y Papá preparaba batidos o descifraba los jeroglíficos de su correduría de apuestas.

Los dedos de Papá se cerraron en torno al ladrillo. No pensaba permitir que Isaac metiese a Jerónimo en las Tumbas. El Bebé no vería nunca al jurado. Los prisioneros de los calabozos municipales tenían su propio castigo para los violadores y asesinos de niños. Le estrangularían por jugar con los testículos de unos niños.

Jerónimo no puso mala cara al ver el ladrillo. Se volvió para mirar a Papá. Frotó su cuello de Guzmán contra el hombro de Zorro. Estaba pensando en todos sus hermanos. La palabra «adiós» no figuraba en el vocabulario de El Bebé. Dilató la nariz en busca de aire. La lengua asomaba enrollada sobre el labio.

Miguel, el conductor, pidió en sus rezos a santa María que le diese el valor necesario para mantener el pecho apretado contra el volante y volverse ciego a lo que hacían los Guzmán. Pero Miguel era débil. Asomó la cabeza al borde de la ventanilla a tiempo de ver el ladrillo de Papá. Más tarde juraría por todos los santos que Papá había descalabrado a Jerónimo con un beso. Una de dos: o Miguel estaba loco, o el codo de Papá no se movió más de dos centímetros. Moisés le dio a Jerónimo entre los ojos. El Bebé se desplomó en brazos de Zorro con la frente mellada. Miguel se hundió en su asiento. Allí se hubiera quedado un mes entero si los Guzmán no le hubieran ordenado incorporarse. Se abrió la puerta del coche. Miguel oyó el roce de varios cuerpos. «¡Señor<sup>[6]</sup>, han convertido su coche en una carroza fúnebre!». Alguien golpeó el cristal junto a su oreja. Miguel no olvidaría nunca las señales de Zorro. Salió del patio. En el retrovisor vio a dos Guzmán. Zorro y El Bebé muerto. Papá no estaba en el coche. Los sesos de Jerónimo eran predominantemente azules. Se le había hinchado la cabeza. Estaba sentado como si estuviese vivo, apoyado contra el hombro de Zorro. Miguel se mordía la lengua para no gritar. Tenía miedo de hacer el más mínimo ruido. Los Guzmán podían asesinarte sin que tuvieras oportunidad de pestañear siquiera.

—Miguel —dijo Zorro. No fue brusco con el conductor. No gruñía. La voz era amable y queda—. Llévanos al centro.

El chófer sintió un pellizco en la columna. ¿Iba Zorro a pasear un bebé muerto desde la Calle 14 hasta el Bronx? Miguel sabía que los Guzmán eran capaces de hacer milagros. Cualquier marrano tenía el poder de transformarse en un brujo. Quizá Zorro echaría su aliento en la nariz de Jerónimo, y El Bebé bostezaría y sonreiría antes de que llegasen a Harlem. Quizá conversarían en el asiento trasero de Miguel.

Buscó de reojo posibles señales en el retrovisor. Casi esperaba que la hinchazón desapareciese. Si Zorro acariciaba a El Bebé durante suficiente tiempo, la cara recuperaría el color rosado. Jerónimo ya no tendría que vivir con sesos azules.

Zorro empezó a musitar. ¿Era aquello un encantamiento de los marranos, o una canción de amor a un hermano? A Miguel tanto le daba. Quería una resurrección en el coche. A ver quién le creía cuando les contase a sus compadres que había visto a un muchacho de mediana edad morir y volver a la vida en menos de media hora.

Papá tenía que cocinar o habría despertado sospechas en el bar. ¿Había un chivato entre los irlandeses? Papá no podía estar seguro. Llevaba el ladrillo bajo la camisa, lejos de la vista de los clientes de Sammy. Sus galanes de Reyes de Munster no percibieron la agitación de Papá. Cortó trozos de *abulón* sin pestañear. Sus otros chicos dormían en el santuario. Empezarían a mugir llamando a Jerónimo en cuanto apartasen la cabeza de la almohada. ¿Qué excusa se inventaría Papá? Jorge lloriquearía mientras se frotaba un ojo con el dedo. Topal y Alejandro se abrazarían detrás del armarito sagrado de Silver. Los del bar no podrían comprender a qué se debía su llanto.

Moses estaba harto de respirar cerveza dublinesa. Tenía previsto hacer las maletas tan pronto hubiese preparado la última fuente de calamares. Los Guzmán partían hacia Europa. España tenía ahora un rey, el joven Juan Carlos, y los marranos podían regresar a su patria. Moses se mantendría alejado de Madrid. Los madrileños eran una raza pálida. Papá quería probar en el norte. Pensaba instalarse en Barcelona, una ciudad construida en parte por los árabes. Vivirían en el viejo Barrio Chino, cerca del puerto, casi retirados. Plantaría un puesto de pájaros en las Ramblas y desvalijarían los bolsillos de los turistas suecos y alemanes. Llevaría a sus chicos a ver películas de Charles Chaplin. Zorro no estaría satisfecho. Él dejaría atrás las Ramblas y se adentraría en las avenidas para tomar café con las chicas guapas. Se anudaría un pañuelo al cuello y se mofaría de los pájaros de Papá. Pero no dejaría de lado a Jorge y los otros dos. Zorro adoraba a sus hermanos.

Silver entró en el bar. Parecía inconsolable. No quiso hablar con los clientes de Sammy. Bebió su Guinness en un rincón, sin probar siquiera los calamares de Papá. El gigantón no se molestó en buscar a Jerónimo. Era el único irlandés presente en Reyes de Munster capaz de comprender dónde estaba en ese momento El Bebé.

El gigantón ya no era el vasallo de Papá. Pero no conseguía desembarazarse de los Guzmán. Estaba atado a aquella familia de miserables. Sabía cuáles eran las opciones que le quedaban a Papá. Tan pronto detuviesen a El Bebé, ni siquiera los santos de los marranos podrían mantenerle con vida. Si Papá no podía esconderle, tendría que mandarle a dormir.

Moses y el irlandés se miraron. No les hizo falta abrir la boca para expresar su

pena. No se abrazaron. No intercambiaron nada, excepto la energía triste en el color de sus ojos. Patrick echó un trago de la botella sin salir de su rincón. Papá atendió los calamares.

## **CUARTA PARTE**

En septiembre, una limusina azul se detenía cada jueves por la mañana delante de la Facultad de Derecho John Jay, donde se impartía el curso de Justicia Criminal, para depositar en ella al padre Isaac. El Jefe tenía que llegar a tiempo a su clase de las once. Era profesor de sociología del crimen. Sus estudiantes formaban parte de un grupo de afortunados. Patrulleros, bomberos y camilleros que nunca antes se habían sentado en la misma sala junto a un comisionado primero de la Policía de Nueva York. Isaac les enloquecía. Él les hablaba de Esquilo mientras la culata de la pistola asomaba de su cinturón. Conseguía aturullarles con sus reflexiones y sus recuerdos de poetas, verdugos, criminales, políticos y monstruos de feria.

El comisionado tenía, eso sí, una desventaja: el busca le hacía entrar y salir a menudo de clase. Los pitidos que sonaban a la altura de su corbata bastaban para rizarles las orejas a sus estudiantes. Patrulleros y bomberos esperaban ansiosos hasta que Isaac apagaba el artilugio y se dirigía al teléfono del pasillo. Aquel jueves por la mañana, Isaac estaba de mal humor. Desde la central le pusieron en contacto con el chamizo de un enterrador de Bronxville. Cuando Pimloe se puso al teléfono, le gruñó:

—Estoy dando clase, Herbert. ¿Qué es eso tan importante?

—Hemos encontrado a El Bebé —contestó Pimloe.

Isaac sintió que se le agrietaba la boca.

—¿Dónde, Herbert?

—En el patio de los Guzmán. Isaac, tenías razón. Los muy hijos de puta le enterraron en el terreno de la familia. Te lo juro por Dios. Nos ha costado una hora desenterrarle. Isaac, no te puedes creer la cantidad de huesos que hay en este patio. Papá debe de ser un tío muy metódico. Enterraba a todos sus enemigos en el mismo sitio. ¿Te acuerdas de aquel corredor de apuestas suyo, aquél tan pringoso, Isidoro? Creo que está aquí, durmiendo con Jerónimo. He pedido que venga el coche del depósito. ¿Quieres que te esperemos, Isaac?

—No —dijo Isaac, pensando en los buitres del depósito que se abalanzarían sobre Jerónimo, patólogos de Bellevue armados con su instrumental de disección, tubos, pistolas de laboratorio y frascos esterilizados para conservar muestras de hígado y riñones.

—Herbert, llama a Bellevue. Diles que cancelen el coche.

Pimloe se quedó de piedra, con el teléfono pegado a la mejilla, a la espera de que el comisionado se explicase. El padre Isaac no articuló palabra.

—¿Por qué debería cancelar el coche? —preguntó al fin.

—Porque vamos a dejar a El Bebé bajo tierra.

El Jefe estaba desquiciado. Si el jefe de la Policía llegaba a descubrir que no habían exhumado a Jerónimo, se la iban a cargar todos. Pimloe había tenido que

ponerse al frente de un equipo de enterradores para encontrar a Jerónimo. Llevaban removiendo huesos desde las siete menos cuarto.

—Isaac, El Bebé tiene el cráneo hundido. En mi opinión han sido los propios Guzmán. ¿Y qué me dices de Isidoro? Isaac, piensa en cuántos cadáveres podemos colgar a la tribu. Zorro no podrá escabullirse de ésta.

—Herbert, tapa el lío que has montado y vete a casa con tu mujer.

El padre Isaac regresó a su audiencia de bomberos y policías. Un muchacho agusanado le rondaba por la cabeza. No se sentía con ganas de parlotear sobre Esquilo, sangre y crimen. El busca volvió a chillar. Isaac dio la clase por terminada.

No tuvo que discutir con Herbert Pimloe. La central le dio línea con otro lugar. Al aparato estaba su antiguo chófer, el sargento Brodsky, que le llamaba desde un tabernucho de West Street. Brodsky estaba exultante.

—Isaac, los Guzmán son nuestros. Tienen pasaje en un carguero español. Barcelona es la última escala. Imagínate, Isaac. Han usado tu nombre. Se han inscrito como los cuatro Sidel. Vaya huevos que tienen. Ahora mismo están a bordo. A Jorge lo embarcaron en camilla. No he visto a Jerónimo, Isaac.

—Jerónimo está en el Bronx —dijo Isaac.

Brodsky se frotó la nariz.

—¿Qué quieres decir?

—Que El Bebé no va a Barcelona.

—Isaac, no seas así. ¿Está el bobo ese contigo, o con Pimloe? ¿Quieres que haga una redada en el barco? Tenemos mazas. Puedo hacer polvo el muelle entero y sacar a Zorro del carguero español.

—Brodsky, los Guzmán pueden hacer lo que les parezca. Para nosotros, Zorro no existe. Deja que Papá haga su travesía por el océano. El Atlántico le vendrá bien a las piernas de Jorge.

—Dios, Isaac, ¿no puedo arrestar a uno de ellos? ¿Uno solo? Alejandro o Topal. Me da igual.

—Adiós, Brodsky.

Isaac llegó a Horado Street en el coche azul. Despidió al conductor con una leve inclinación de cabeza y entró en Reyes de Munster. Los irlandeses salieron huyendo del bar. El perro solitario del local, un *terrier* viejísimo al que le gustaba lamer las botellas vacías de Guinness, se escondió debajo de una mesa. Sammy no dijo siquiera «hola». Isaac apretó los dientes y se adentró en el santuario. Patrick tenía su *minyán*.

No necesitaba al padre Isaac. Le acompañaban el rabino Hughie y los ancianos del *shul*, y tres individuos de luengas barbas cubiertos por suaves mantos blancos de plegarias.

—Tápate la cabeza —gruñó Patrick—. Estás en un recinto sagrado.

Isaac se echó un pañuelo sobre las orejas.



—Silver, no era mi intención que El Bebé muriese.

—Isaac, no traigas tus sucios negocios a la casa de mi padre. Esto es una sinagoga. Aquí rezamos. No mencionamos a la policía.

Los tres barbudos empezaron a gemir, cubiertos aún con sus mantos blancos. Los mantos cubrían parte de su anatomía. O bien tenían todos joroba, o se encorvaban demasiado. Se arremolinaron en torno al cofrecillo de Babilonia; ninguno llevaba libro de oraciones.

Isaac hablaba en susurros.

—¿Quiénes son? ¿Místicos de Greenwich Avenue?

Patrick miró airado al padre Isaac.

—Nos los envió Papá. Son chantres de Perú. Cierra la boca, Isaac. Los chantres están cantando el Kol Nidre para el *shul*.

Isaac volvió a susurrar.

—Perdóname, Silver. No soy rabino. Soy un poli. Pero ¿quién canta Kol Nidre diez días antes del Yom Kippur?

—Los chantres tienen un calendario distinto. Déjales en paz. Celebran el Yom Kippur cuando pueden.

Isaac se quedó escuchando a los chantres peruanos. Sus cánticos eran incomprensibles. ¿Qué era aquello, una mezcla de *spagnuolo* y portugués? Sólo los marranos eran capaces de recitar el Kol Nidre en varios idiomas. A Isaac tanto le daba. Los ritmos que eran capaces de generar aquellos chantres, los sonidos inarticulados que parecían resquebrajar sus gargantas eran del gusto de la lombriz de Isaac. Su tripa se relajó. La carne bajo su corazón ya no tenía garras. Pero el pañuelo de su cabeza seguía inmóvil. El comisionado no estaba dispuesto a balancearse con la melodía de los chantres. Aullaban y en sus ojos se formaban enormes lagrimones. Isaac se forzó a seguir impertérrito. Conocía la reputación de los sacerdotes y chantres marranos. Los mejores eran capaces de despertar a los muertos. Isaac no tenía ganas de oír cómo Jerónimo le llamaba desde su tumba en Westchester. Salió de Reyes de Munster.

La gente veía a un tipo con un pañuelo encima de las orejas. Isaac no conseguía correr más deprisa que los lamentos de los chantres. El Kol Nidre se pegaba a su cuerpo como una maloliente piel gruesa y húmeda. No podía regresar a la central. Allí tendría que contemplar cómo los transportistas desmantelaban su despacho y trasladaban todos los archivos a Chatham Square. Isaac sería el último comisionado de Centre Street. Los caudillos irlandeses estaban ya instalados en la fortaleza de ladrillo cercana a Chinatown. Un mes más e Isaac se reuniría con los demás comisionados en los restaurantes mandarines de Bayard Street para tomar té verde.

Cruzó Bowery con el entrecejo fruncido. La lombriz empezaba a reptar. No podía dar un paso sin apretarse las tripas. Alguien le llamó desde la ventana de un

restaurante de Ludlow Street. Era su antigua «prometida», Ida Stutz. Salió del restaurante para ver mejor a Isaac.

—¿Esperas una lluvia de sol? —preguntó Ida—. ¿O es una tapadera para los sesos?

Isaac se acordó del pañuelo y se lo quitó.

—¿Dónde está tu marido? —dijo con voz gangrenosa.

Ida palideció.

—¿Quién va a casarse mientras tiene *blintzes* en el fuego...? ¿Qué marido?

—Tu contable, Luxenberg. El de los manguitos de plástico.

—¿Ese timador? ¿Alguna vez has visto un tipo igual, Isaac? Me usó de tapadera para enredar con los libros del restaurante. Luxenberg nos ha dejado sin blanca.

—¿Por qué no me lo dijiste? Le hubiera arrancado el plástico de los brazos.

—Estabas muy ocupado con los Guzmán —dijo Ida—. ¿Cómo iba a hablar con un comisionado como tú?

Sin el pañuelo, Isaac parecía triste. Ya no era obispo del bajo East Side. Ida empezó a percibir el aroma profundo de su antiguo «prometido». A gusto se habría abalanzado sobre Isaac en plena calle y le habría quitado la chaqueta de comisionado para abrazarle.

—Isaac, ¿nos vemos en tu casa o en la mía?

—En la mía —dijo Isaac.

—Dame veinte minutos, encanto. Tengo una empanada de patatas en el horno.

Isaac se dirigió a su apartamento en Rivington Street. Allí tenía dos habitaciones en las que podría desembarazarse de sus ropas y liberarse de sus obligaciones en la central. En casa era un chico con ligas en las piernas, y no el comisionado interino de la Policía de Nueva York. Isaac no necesitó sacar las llaves. La puerta estaba abierta. Se preguntó si Papá habría contratado a unos cuantos «chantres», un par de caballeros peruanos con porras en la manga para borrar su memoria y arrancar su cabellera. Isaac pensaba enfrentarse a los «chantres» de Papá con un adusto saludo. No lo pensó dos veces. Entró sin echar mano de la pistola.

En la bañera había una mujer desnuda que fumaba un cigarrillo. Isaac no hubiera podido confundir nunca las tetas de Marilyn *la Fiera*. No todos los padres tienen oportunidad de echarle un vistazo a los pechos de sus hijas. Notó un pitido en las orejas. Quizá las hadas judeoirlandesas que protegían el *shul* de Patrick querían quemarle los ojos por mirar de reojo a la señorita Marilyn. La lombriz que Isaac llevaba en la tripa debía de ser muy pudibunda. Se aferró a su colon con una energía rencorosa que le obligó a juntar las rodillas y a desplomarse junto a la bañera.

—Jesús —dijo—, ¿no puedes taparte?

Le dio una camisa para que se la pusiera. Marilyn salió de la bañera con un cimbreo sinuoso que sobresaltó a Isaac. No quiso mirar a la pared mientras Marilyn

introducía su cuerpo en la ropa. La camisa le llegaba hasta los pliegues suaves de piel encima las rodillas. Vestida, Marilyn no era de ninguna ayuda para Isaac. La proximidad de la chica —el aroma agrisado que desprendían sus cabellos, la curva del cuello recortada contra una de sus camisas, el estilo desgarrado de las rodillas— descentraba al Jefe. Deseó haber podido cumplir los cincuenta sin tener una hija. No era capaz de coexistir en una habitación con Marilyn *la Fiera*.

—No te molestaré mucho rato —dijo ella—. No quería vivir en un hotel cutre mientras buscaba apartamento. En una semana me habré ido de aquí.

—A la mierda el apartamento —dijo Isaac—. Puedes quedarte aquí, conmigo. No es una idea tan estúpida. Marilyn, nunca estoy aquí.

—No te gustarían los amigos que subiría a casa.

—Trae a quien quieras.

—¿Y qué hay de Ojos Azules? —dijo ella.

Isaac maldijo a todos sus antepasados por haberle dado una hija con dientes afilados. La lengua se le quedó atascada en la boca. A duras penas consiguió balbucir:

—No fue culpa mía, Marilyn. Tengo enemigos. Resulta que Manfred se crió con ellos. Fue un asunto bastante podrido. Tuve que usarle de cebo con los Guzmán... No tenía elección.

—Y una mierda —dijo ella—. Si Manfred se hubiera ido conmigo a Seattle, ahora estaría vivo. Intenté arrebatárselo a la policía. No quiso moverse. Vivía entregado a un gilipollas como tú.

—Seattle —dijo Isaac, y en sus mejillas brillaba un color espantoso—. Ojos Azules no habría salido adelante en Seattle. Es demasiado húmedo. La lluvia habría deformado sus pelotas de pimpón. Habría acabado por volver con nosotros.

—Papá, ¿por qué se mueren todos los que te rodean y tú siempre sales adelante sin un mal rasguño?

—No es verdad —dijo Isaac—. Tengo un montón de rasguños, si tienes curiosidad.

El Jefe trastabilló en su propia habitación, buscando su tarro de miel. Marilyn le había dejado en las últimas. Si no conseguía una cucharada de miel se iba a morir. Marilyn le vio con los dedos metidos en un tarro. Isaac, el oso lastimoso.

—¿Quieres que baje a por una docena de huevos, Papá?

El oso gimoteaba, con la nariz llena de miel.

—Hija, tengo una lombriz que significa más para mí que todas mis cicatrices de batalla. ¿Verdad que la contraí en servicio? Está conmigo cuando cago, cuando ronco, cuando voy a la John Jay. Sabe deletrear «Ojos Azules» con los garfios que tiene en la boca. Es una puta lombriz con estudios.

El desquiciado Kol Nidre de los peruanos le rondaba aún por la cabeza. Estaba rodeado de sacerdotes. ¿Quién había decidido que fuera así? Isaac *el Valiente*, el pez

gordo entre los polis, había asesinado a Ojos Azules, había asesinado a Jerónimo, ¿a cuántos más había conseguido cargarse? No le hacía falta pistola. Le bastaba con su logística para deshacerse de quien fuera. Isaac era el amo de Manhattan y del Bronx. Primero te acorrala y luego deja que otros rematen la faena. Nadie podía levantarle ni un dedo. Isaac sabía nadar y guardar la ropa. Había amado a aquel putón de ojos azules. ¿O acaso no había alimentado a Coen durante diez años? Marilyn tendría que haberse buscado a uno de los altos comisionados como marido, y no a un poli que jugaba a las damas con Isaac. No quería que Coen se tirase a su hija. Aquello reconcomía a Isaac. Ojos Azules era parte de él. ¿Qué hubiera tenido que hacer, pasarse el resto de su vida imaginando a su propio «ángel» en celo por Marilyn *la Fiera*? Alguien llamó a la puerta de Isaac. Isaac recordó su cita con la reina de los *blintzes*. Ahora tenía un exceso de mujeres en su apartamento. Marilyn e Ida iban a sacar las garras, y ambas le pondrían mala cara a Isaac.

—Cariño —dijo, y rozó la larga, larguísima manga de Marilyn—, es sólo una amiga. Ida Stutz.

San Patricio de las Sinagogas cortejaba a la pequeña *goya* en sus pensamientos. Se quedaba a la puerta de su edificio con su nueva cachiporra para disuadir a pretendientes, novias y chulos. Había un toque de magia negra en su media sonrisa, un punto de tristeza irlandesa en el mango de su escoba. Silver había contribuido a destruir a El Bebé. Había permitido que Jerónimo se extraviase en la zona de guerra que Isaac había creado a modo de sala de juegos, de casa de muñecas para los Guzmán y él mismo. Maldijo a sus ejércitos. Patrick era el guardián de El Bebé y había dejado que se le escapase. Patrick se instaló en Jane Street, con los pantalones caídos por culpa de la Guinness en los bolsillos, la camisa desintegrándose sobre su espalda, cantando a las brujas y los reyes irlandeses muertos. Era una serenata estrafalaria. Las ventanas de Odile daban al patio interior. Lo único que podía oír era un berreo tristísimo y un chorro de palabras ininteligibles. Entonces bajaba las escaleras en un camisón etéreo para rescatar a San Patricio. Los vecinos no perdían de vista sus nalgas bajo la gasa, dos montículos preciosos de carne, cada vez que subía las escaleras hacia su minúsculo apartamento con el irlandés y sus botellas. Fuera de la calle, él era un apasionado. Odile tenía magulladuras en el cuello causadas por la barbaza de Patrick. Él le hacía el amor con seriedad.

La pequeña *goya* apenas si podía respirar con un gigante viviendo en su cama. Cuando él alcanzaba el clímax, las paredes retumbaban. Todo su cuerpo temblaba durante sus espectaculares corridas.

Después del sexo, engullía sus botellas y devoraba una barra de pan. Luego se tendía, eructaba, ventoseaba (sus pedos tenían un timbre capaz de sanar a un perro enfermo) y le cantaba a Odile, le farfullaba canciones que la aterraban.

*Había un muchacho llamado Jerónimo  
Que cayó enfermo, que cayó enfermo  
En la tienda de dulces de su padre.  
Vio que Moses daba a los chiquillos  
Regaliz y helados  
Regaliz y helados  
Y quiso colorear sus labios  
Sus labios  
Con los lapiceros de su padre.*

—Jesús —dijo Patrick—, ¿iban a curarlo con una ración de *halvah*? ¿Por qué no lo llevaron a un hospital? ¿No podría Papá haberles prohibido la entrada a la tienda a los niños pequeños? ¿Quién va a rezar por los niños que murieron en los tejados?

San Patricio lloraba con la boca llena de pan, y se aclaraba la garganta con Guinness. Sobre la mesilla de Odile encontró una circular, un anuncio del concurso de Miss América Desnuda.

—¿Qué es esto?

—Nada —dijo ella, y le arrancó la circular de las manos—. Alguien la coló por debajo de la puerta. Algún chiflado. Ya no saben qué nuevo concurso inventar.

—Lo que hay al final de la hoja ¿es una inscripción?

—No me he fijado —dijo ella, al tiempo que la guardaba en el bolsillo de su camión. Si volvía a oír otra canción sobre Jerónimo iba a ponerse a chillar. La *goya* echaba de menos a aquella disparatada familia. Los Guzmán se habían ocupado de ella, le habían proporcionado clientes y dinero de bolsillo. Había recibido una postal de Zorro. Había garabateado quince palabras para Odile. «Esto me encanta. Se puede oler la mierda debajo de las calles. Besos. César». Odile pronto cumpliría los veinte. Se había retirado de las películas pornográficas once meses atrás. Y aunque vivir en el Plaza le había devuelto cierta intimidación, los productores seguían sin apartar las narices de sus tetas. Y los hombres que conocía no estaban, ni habían estado, a la altura de las emociones de una chica de diecinueve años. Querían una nena mecánica, una muñequita con pezones que pasasen de blandos a duros. Pero Patrick se interponía. El irlandés idiota le hablaba de matrimonio al oído. Estaba dispuesto a hacer de ella una lavandera. Tendría que frotar los calzoncillos de todos los rabinos de Reyes de Munster.

Odile tenía que romper con el irlandés. No podía ganar ni un centavo mientras San Patricio custodiase la casa. Hizo una maleta con sus cosméticos y la ropa interior y huyó de Jane Street tan pronto Patrick salió a atender las plegarias matutinas. Se buscó un buen escondite, donde estaría a salvo de cualquier hombre. Era un bar de lesbianas de la Calle 13 llamado El Enano. Allí podía jugar al parchís en la parte trasera y comer ensalada de pepino mientras se limaba los juanetes para el concurso de Miss América Desnuda. No era vanidad lo que animaba a Odile. No le hacía falta que dos mil hombres admirasen la geometría de su vello púbico. Era un negocio, sólo un negocio. Si ganaba el concurso, podría resucitar su nombre de artista, Odette, y volver a ser la reina del porno.

Las porteras de El Enano eran dos primas de espaldas anchas, Sweeney y Janice. Las primas eran capaces de husmear la presencia de travestidos, agentes del FBI y policías de paisano a varios kilómetros de El Enano. Ambas estaban enamoradas de Odile. No habían visto a la zorrilla desde hacía más de un año. A Janice no le agradaba especialmente que Odile invadiese el recinto. La chica provocaba el caos en el bar. Las camareras no servían bebidas. Las clientas se peleaban. Todas querían bailar con Odile.

Janice se acercó a su mesa. La zorrilla se había aplicado una mascarilla de julepe

de menta en la cara, una pasta verdosa que en teoría purificaría su tez.

—Cariño, ahí fuera hay un hombre. Creo que viene a por ti.

La pasta se agrietó en torno a los ojos de Odile.

—Mierda —dijo—. ¿Cómo me ha encontrado ese irlandés?

Se acercó a la ventana. Sonrió a través de la pasta. Sólo era Herbert Pimloe. Se había presentado en El Enano con un traje arrugado de algodón. El lugarteniente de Isaac había olvidado su pañuelo. Se secó la frente con la corbata. El pringue de la cara le irritaba. Le daban miedo las chicas con mandíbulas verdes.

—¿Qué coño es eso, Odile?

Ella no quería hablar en la acera con Pimloe.

—Herbert, me estoy preparando. Vete.

Pimloe tenía una expresión bovina.

—Quiero vivir contigo.

—Herbert, a tú mujer no le haría gracia.

—¿Y qué? No estoy en casa más de dos veces por semana. Te lo juro. Isaac me tiene encadenado a Manhattan.

—¿Eres el preferido de El Gran Judío?

Pimloe pegó un respingo.

—¿Quién lo dice?

—Patrick Silver.

Pimloe habló con desdén.

—Ese palurdo. Se quedó sin sinagoga, se la quemaron. Odile, Isaac no puede ni firmar sin mí. Ahora soy inspector jefe. Silver es un gilipollas que lleva una pistolera vacía en la tripa.

—No le insultes —dijo ella—. Quizá me case con él.

Odile se retiró al interior de El Enano y dejó a Pimloe con un palmo de narices. Jugeteó con la posibilidad de traspasar el umbral y perseguir a Odile, pero le arredró la visión de Sweeney y Janice en sus trajes a medida. El lugarteniente regresó a la central. Pensaba asaltar el bar al día siguiente con una patrulla de agentes de ojos azules y arrastrar a las dos primas gordas a la calle, para poder estar a solas con Odile. Pimloe era un hombre de Harvard. Convencería a la muchacha para que se quedase con él, la engatusaría con promesas de champán, chocolate y *pommes frites*.

La pequeña *goya* no tenía tiempo que desperdiciar con Herbert el poli. Tenía que quitarse la pasta de la cara. Sweeney le prestó un maletín para meter su camisón. Janice no quiso desearle suerte en el concurso ni darle un beso de despedida. Sweeney la acompañó hasta la puerta y la besó con dulzura.

—No tienes que desvestirte para esos cerdos. Puedes quedarte con Janice y conmigo a jugar al parchís. Estaré en el concurso. Si esos cochinos intentan manosearte, habrá bronca.

Odile caminó hasta el Greenwich Avenue Art Theatre con la maletita de Sweeney. Los muros del teatro estaban empapelados con carteles de muchachas y señoritas núbiles. Las criaturas de las paredes aparecían inmaculadas; todas tenían unos dientes blancos, refulgentes, y ninguna tenía puntos negros en los pezones. Odile se preguntó a cuántos fotógrafos habrían contratado para erradicar los lunares de los carteles (incluso la reina del porno tenía unos cuantos en el culo). Entró para inscribirse.

El director del concurso, Martin Light, se comió con los ojos a Odile. Estaba sentado, en camiseta, y distribuía cartulinas rosas a las concursantes. Dentro del Greenwich, el calor era sofocante. Martin no conseguía que el termostato bajase de treinta y cinco grados. Sostuvo la muñeca de Odile más de medio minuto.

—Nena, la cosecha de este año es infame. Te lo vas a llevar todo, te lo digo yo.

Le guiñó un ojo y la envió al corralito que habían levantado junto al escenario para las participantes en el concurso.

Odile se sentía incomodísima entre aquellas chicas. Todas reían, mascaban chicle y afectaban un ceño que daba fe de su completa determinación de salir a escena sin ropa alguna. A Odile aquello le entristeció. Ninguna podía competir con el ondulado perfecto de sus pechos, ni con la silueta de su espalda y sus piernas.

Odile se puso el camisón y se mantuvo alejada de las chicas, que pululaban envueltas en quimonos, pijamas y batirles, o se recostaban contra la pared sin más atavío que las braguitas del bikini. El aire del corralito se enrareció. El cálido aliento de las muchachas empezó a condensarse en el techo. Cayeron los pijamas. Las bragas volaron por la habitación. A las chicas les volvía locas desnudarse.

Recibieron la visita de Martin Light. El director se abrió paso entre la marea de pezones sudorosos. Se detuvo frente a Odile. Aquella chica seguía en camisón. La visión de la gasa entre tanta carne descolocó a Martin.

—Chiquilla, no puedes perder. Ven a verme después del espectáculo.

Odile hizo ejercicios de estiramiento, siempre en su camisón, para evitar que se le durmieran los brazos y las piernas. Las chicas observaban enfurruñadas la esbeltez de Odile. Empezaban a despreciar sus cuerpos bastos. Todas tenían bultos en el trasero que ningún estiramiento del mundo conseguiría alisar. De no haber sido porque el director llegó para recogerlas, hubieran acabado con Odile, le habrían arrancado las gasas de los hombros y le habrían devorado hasta las uñas.

Martin las sacó del corral y las obligó a avanzar en fila. Sus rodillas chocaban dondequiera que fuesen. A través de las paredes del corral podían oírse gritos y murmullos. La concurrencia estaba animada. Las chicas no podían ver nada. Trastabillando en la oscuridad, entre paredes de papel, no conseguían distinguir ni sillas, ni pasillos, ni la silueta de ningún hombre en concreto.

Martin condujo a las chicas hasta un foso debajo del escenario habitado por un puñado de violinistas y trompetistas. A los pies de las chicas se amontonaban los



amplificadores y las cajas de las trompetas. Nadie podía moverse sin darle una patada a un altavoz. Las chicas tenían que chupetearse unas a otras el pelo o aprender a respirar de otra manera. Martin se quitó la camiseta. Se empolvó el cuello, la calva y los ojos con una sonrisa homicida y se echó una chaqueta sobre el torso desnudo. Las mangas de terciopelo tenían cicatrices. Le faltaba un puño. Martin mantuvo la sonrisa. Forcejeó hasta abrirse paso entre las chicas, apartando peinados, codos y entrepiernas, y trepó al escenario por una escalerilla diminuta y traicionera. Si perdías pie, ya podías decirle adiós al concurso; equivalía a caer sobre los violinistas y abrirse la cabeza.

Martin se contoneó por el escenario con un micrófono inalámbrico mientras Odile rumiaba en el foso. Los violinistas rasgaron sus instrumentos. La saliva de las trompetas alcanzó a Odile en un ojo. La pequeña *goya* empezó a sollozar. Estaba atrapada entre aquellas chicas, atascada entre sus ombligos y sus traseros arrugados. No podía regresar corriendo a El Enano.

Entre sonrisas, las chicas subieron, una por una, las escaleras del Greenwich. Ninguna se cayó. Martin fue gritando sus nombres al público.

—Aquí está, la encantadora Monica, el orgullo de Kips Bay. Cuarenta y seis kilos de peso. ¿Qué me dicen de Monica, señores?

Odile tenía que adivinar la opinión del público desde su puesto en el foso. Oyó muchos abucheos para Laura, de Washington Heights, Tina de Hudson Street, Monica de Kips Bay. Monica no regresó al foso. ¿Qué hacía Martin, escondía a las chicas después de los abucheos y los pataleos, capaces de devorar el sonido de los violines? Las chicas del foso gimoteaban. Los acomodadores tenían que ayudarlas a subir por la escalerilla cuando anunciaban sus nombres (el público se mostraba hosco durante las pausas entre las presentaciones de cada chica).

—Odile, de Jane Street —dijo Martin. Ningún acomodador tuvo que arrastrarla al escenario. Se mareó en las escaleras. Podía ver los cerebros de los violinistas. Se deshizo del camisón y siguió subiendo. Las luces del escenario dieron a su cuerpo un tono azulado, como el de una pasa.

—También conocida como Odette —anunció Martin desde el micrófono, el cuello empolvado y hundido bajo la chaqueta.

Nadie le silbó. El público mugió al ver a Odile. No tuvo que contonearse ni sacudir sus encantos. El balanceo natural de sus pechos bajo la luz color pasa bastó para acallar al auditorio.

Desde la primera fila llegaban algunos gimoteos. Los pañuelos asomaban en los palcos. «Dios mío, Dios, mío, Dios mío».

Martin se agazapó detrás de Odile. La aferró por los tobillos.

—Chiquilla, no te marches ahora. Tienes a todo el teatro enamorado de ti.

Odile rezó para que su liberación llegase pronto. Haría falta todo un ejército de

amigas de El Enano para sacarla del Greenwich Art Theatre. Sweeney no había ido. Odile se quedó petrificada bajo los focos, con Martin asido a sus tobillos. Sólo Zorro podría haberla salvado. Zorro habría ido de asiento en asiento, rajando gargantas, hasta que se hubiese vaciado el auditorio. Pero Zorro no estaba en Estados Unidos.

La pequeña *goya* oyó un grito estentóreo entre el coro de mugidos. Debía de haber un rinoceronte en el local.

—Ponte la ropa.

Vio que una mano agarraba a Martin Light y lo arrojaba al otro extremo del escenario. La mano pertenecía a Patrick Silver. Llevaba a unos cuantos hombres colgados de la espalda. El gigante se los sacudió con un giro del cuello. Tenía sangre en las orejas.

—Jesús —dijo.

San Patricio no quería enfrentarse a un ejército de enamorados. Estaba de luto por Jerónimo.

Al gigante le hubiera gustado estar rezando un responsorio en una banquetta de Reyes de Munster. Pero no podía pasarse todo el día recitando un *kaddish*. Se sentía solo sin Odile. Había deambulado por las calles con botellas de Guinness en los bolsillos del pantalón. Entonces vio la marquesina del Greenwich. Concurso Miss Desnuda. La cabeza no le funcionaba. América Desnuda. Tenía el cerebro anegado en cerveza irlandesa. Entró dando tumbos en el teatro sin pagar entrada. Los acomodadores le golpearon con sus linternas, pero Patrick intentaba fijar la vista en el escenario. Vio a preciosas mujeres feas menear las caderas bajo un haz de luz azulada.

—Debe de ser día de mercado en Kilkenny.

La gente le dijo que se callase.

Se cruzó de brazos y se recostó contra la pared, cansado de tanta carne trémula, hasta que Martin anunció a Odile. San Patricio barrió el pasillo. Avanzó tirando a jóvenes y viejos contra los respaldos de sus asientos. Un conejo le mordió en el culo. Patrick aulló.

—¡Jesús! Se acabó.

Unas uñas le arañaron la nariz. La oreja le ardía. Llegó al foso con cuerpos enteros pegados a la pierna. Tuvo que cascar dos cabezas para levantar el muslo. Se abrió paso entre los violinistas, trepó por la escalerilla, se deshizo de Martin Light y se perdió tras el telón con Odile.

El auditorio en pleno se rebeló contra San Patricio. Los hombres de la orquesta y de los palcos más cercanos saltaron al escenario. De haber podido, habrían matado al gigante para quedarse con Odile. No tenían armas contundentes. Tuvieron que golpearle con hebillas, puños y zapatos. La camisa se desprendió del torso de San Patricio. Sus pantalones cayeron por debajo de las caderas y se quedaron colgando de

sus nalgas. Puños y zapatos rechinaban contra el cráneo de Patrick. Las hebillas grabaron muescas rojas en sus omoplatos. El gigante empezaba a enfadarse.

—Esaú —masculló—, ¿dónde está ahora tu papaíto?

Acunando a Odile bajo una de sus axilas, empezó a pelear. Aplastó ojos y narices y azotó con codos, barbilla y rodilla a los caballeros de Greenwich Avenue. Les había sorprendido una tormenta de septiembre que ninguno sabría describir. Nadie podía acercarse a Patrick Silver. La tormenta que le rodeaba habría lanzado a cualquiera fuera del escenario. A Patrick no le hacía falta siquiera reconfortarse en la memoria de Brian Boru. La bruja de Limerick, a sus ciento noventa años, no era más que un espantajo arrugado. Patrick habría podido destruir el Greenwich Art Theatre con el viento que levantó en escena. No podía restituir a Jerónimo, ni proteger a los Guzmán en Barcelona, ni cantar por Manfred Coen, pero sí podía escapar del corral de Martin con la pequeña *goya*.

Instalada en un sobaco ardiente, con la sangre de Patrick batiendo en su cara, Odile se acostumbró al gigante. No se separó de su pecho. Patrick le gritó al oído:

—Jesús, ¿te casarás conmigo?

La pequeña *goya* pensó que iba a morir. El zumbido en su cabeza afectó a sus mofletes. Pero la sordera fue sólo temporal. El zumbido desapareció. Rió y le mordisqueó la axila.

Moses volvía a ser un comerciante. Había comprado catorce loros. Pájaros adormilados, de hombros pelones y pequeñas estrías en el pico, sin un pedigrí concreto. Papá no hubiera sabido decir si lo que tenía eran guacamayos, cacatúas o aves del Paraíso. Los loros parecían reacios a mover sus pesados sesos. Pero, por un donativo, Papá era capaz de curarlos de su indolencia. Si los turistas dejaban unas cuantas pesetas de Barcelona en el mostrador de su puesto, Moses les susurraba a los pájaros al oído, les rascaba la tripa con un alambre y les sonreía hasta que obtenía algo de vitalidad. Cascaban avellanas con los picos romos, robaban fresas del puño de Papá, daban volteretas en sus jaulas y cantaban roncadas canciones de una sola palabra.

Eran pájaros ingleses. A veces gritaban «¡mea!», o mencionaban a Isaac *el Valiente*. Los loros le debían su exótico plumaje a Moses, que les pintaba las plumas cada dos semanas. Luego los ponía a secar en el retrete exterior que había en el piso que los Guzmán tenían en la calle Reina Amalia, en el Barrio Chino. Topal y Alejandro tenían que acuclillarse cuando los loros volaban sobre sus cabezas.

A Zorro, el retrete externo de Papá le daba risa. Él no estaba dispuesto a bajarse los pantalones cerca de un pájaro que le dijera cuándo podía hacer pis. Zorro no podía apartar de su mente la fontanería de Manhattan. Él se aliviaba en el retrete cubierto de espejos del hotel Presidente, después de dejar diez pesetas en la bandeja del recepcionista. Dentro del Presidente llevaba siempre un traje naranja; se negaba a comprar ropa en las tiendas de caballeros de Paseo de Gracia. Los pañuelos, gemelos, cordones, calcetines y corbatas de Zorro procedían todos de Boston Road.

El Zorro tenía cada mañana la misma tarea. Llevaba a Jorge hasta el puesto de Moses en Las Ramblas, mientras su padre y sus hermanos cargaban con los pájaros. Moses y los chicos se sentaban en su banco y soñaban con Jerónimo. Ensimismados, se olvidaban de levantarles la cartera a los turistas alemanes. De no ser por los pulgares de Zorro, se hubieran muerto de hambre. Incluso los loros dependían de él.

Para Zorro era un trabajo de niños. Con un pañuelo norteamericano cubriéndole la mitad del pecho, paseaba Ramblas arriba Ramblas abajo, tropezando con los turistas que abarrotaban los puestos. Cuando tenía una cartera debajo del pañuelo, se alejaba de los puestos y procuraba evitar los tricornos de la Policía Nacional. A veces llevaba consigo uno de los loros. El loro se acomodaba entonces sobre su hombro, con las garras clavadas en el jersey de verano de Zorro y el pico en sus cabellos.

Si Zorro transigía con las cagadas de loro en la ropa, no era porque necesitase compañía. El loro le ayudaba a robar. Los turistas se maravillaban al ver el plumaje del pájaro soñoliento mientras Zorro iba y venía por sus bolsillos. Podía ganar novecientas pesetas en una hora.

Aquel día, el loro se aferraba a su hombro. Zorro podía oler la pintura de las alas.

Se detuvo en la calle Hospital a tomar un café, bien cargado, y un helado de moka. El pájaro se despabiló lo suficiente para picotear el helado de Zorro.

—Hijoputa —dijo él.

El loro roció a Zorro con helado. Con gusto, Zorro le habría aporreado la cabeza contra los adoquines del Barrio Chino, para luego abofetearle el pico mellado, pero llevaba en los bolsillos prendas robadas y no quería llamar la atención.

Los barceloneses le tomaban por un proxeneta. Habría sido imposible encontrar otro traje naranja en toda Cataluña (se lo había confeccionado un sastre polaco del Bronx). Zorro dejó de chulear cuando murió su hermano. Apenas era un ratero. Si su padre y sus hermanos pudiesen valerse por sí mismos, habría dejado en paz a los turistas. Habría preferido pasear bajo la estatua de Colón en el puerto y almorzar sopa de pescadores en la calle Paradís. Habría posado con el loro en el hombro para turistas alemanes, italianos y suecos, y luego les habría intentado sacar algunas pesetas. Más tarde echaría una meadita en el Presidente o el Ritz, iría a la Barceloneta y se sentaría en el Muelle de los Pescadores, al borde mismo de la ciudad, y tiraría un cordón de sus zapatos al Mediterráneo. La mugre lo haría flotar. En la Barceloneta, los cordones no se ahogan.

—Jerónimo.

Zorro se volvió. El loro picoteaba en sus pensamientos. Clavó la vista en su ojo izquierdo. El ojo tenía una mancha de pintura amarilla.

—No vuelvas a mencionar a mi hermano —dijo Zorro—. Te retorceré el cuello, pedazo de mierda pelada.

Los barceloneses observaban al hombre y al loro.

Zorro terminó el café. El loro le dio un par de tirones en la oreja. Le dio el resto del helado. La moka empezó a llenar las muescas de su pico. Zorro frotó al loro con su pañuelo. Dejaron atrás la calle Hospital y continuaron hacia el mar.

# Notas

[1] En español en el original. <<

[2] En español en el original. <<



[3] En español en el original. <<

[4] En español en el original. <<

[5] En español en el original. <<

[6] En español en el original. <<